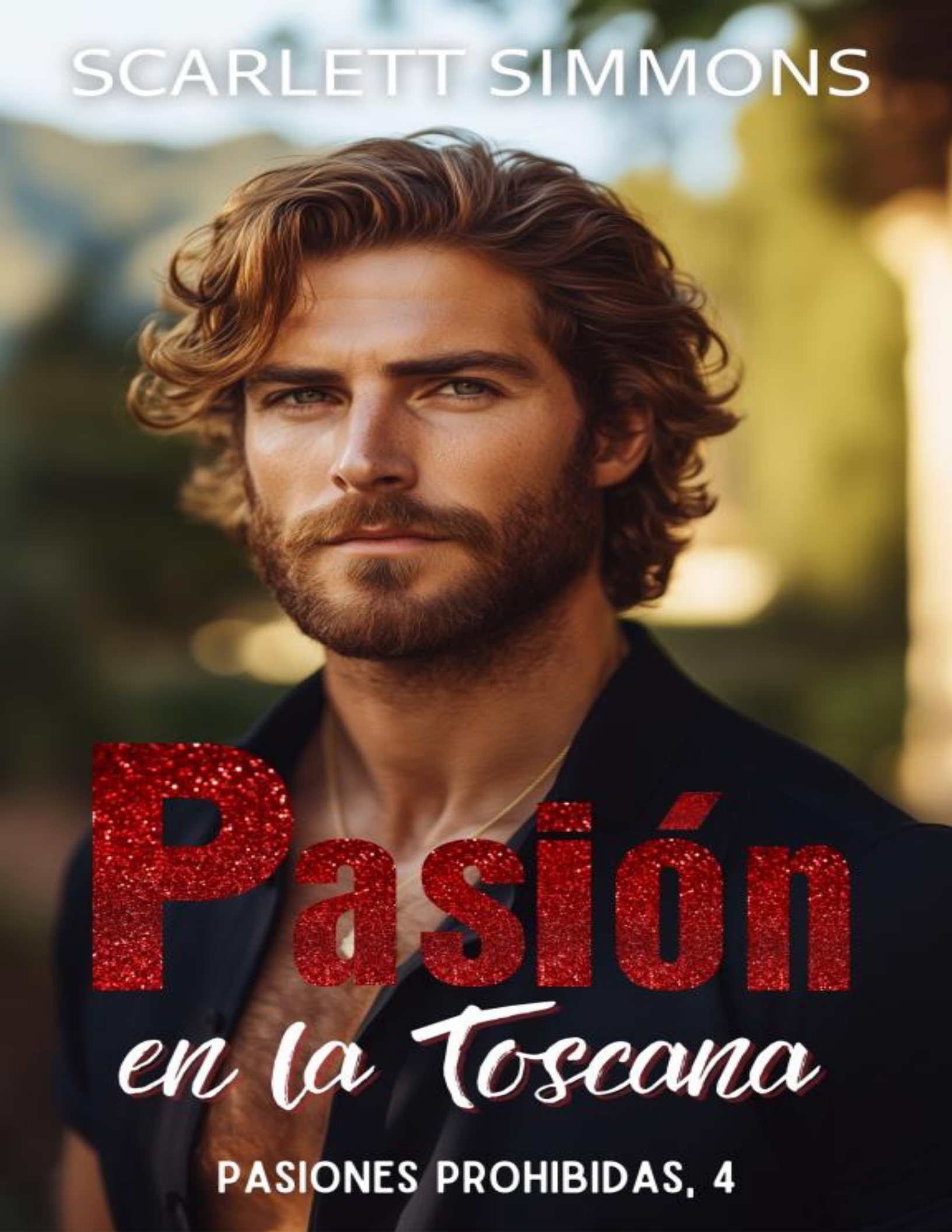
SCARLETT SIMMONS



Pasión en la Toscana

PASIONES PROHIBIDAS, 4

PASIÓN EN LA TOSCANA

Scarlett Simmons

Derechos de autor de @ScarlettSimmons, 2024
Maquetación y cubierta: Scarlett Simmons
Distribuido por Amazon
Registrado en CEDRO
Todos los derechos reservados, solo pertenecen a la autora.
Los hechos, algunos lugares y personajes aquí relatados son ficticios en su totalidad y cualquier semejanza a la realidad se debe a la más pura casualidad.
No se permite la reproducción parcial o total de este libro ni su incorporación a ningún archivo digital ni plataforma de venta sin el consentimiento escrito de su autora. Cualquier infracción de los derechos de autor y propiedad serán constitutivos de delito (art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com o 917021970).

SERIE PASIONES PROHIBIDAS

SCARLETT SIMMONS

En la serie *Pasiones Prohibidas* el amor y la pasión se encuentran en situaciones inusuales, desafiando las normas sociales y llevando a los personajes a explorar los límites de sus deseos. En cada novela, los protagonistas se enfrentan a sus miedos, a su pasado, a las convenciones sociales y familiares o a las circunstancias que los rodean, mientras intentan encontrar el equilibrio entre lo que dicta la razón y lo que exige el corazón. Desde paraísos exóticos hasta encuentros inesperados, cada historia está cargada de romance, intriga, y sensualidad, y en ellas encontrarás una experiencia intensa y cautivadora.

1. **Pasión en Santorini**
2. **Pasión en el Paraíso**
3. **Pasión en Los Angeles**
4. **Pasión en la Toscana**
5. **Pasión en Los Alpes (novela navideña)**

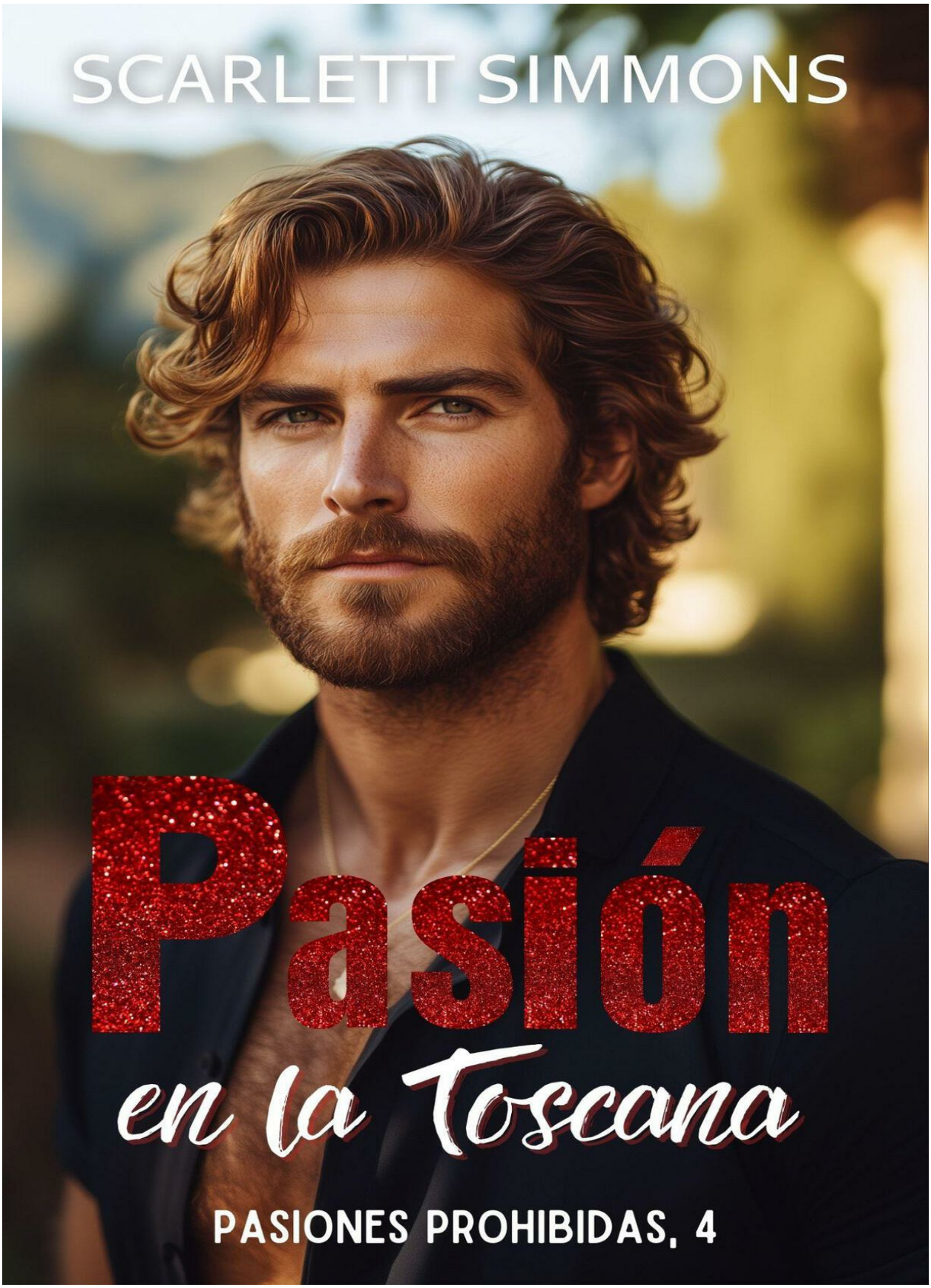
Con *Pasiones Prohibidas* harás un viaje emocional lleno de deseo, secretos, y decisiones que lo cambian todo. Cada libro ofrece una historia independiente, pero todas están unidas por el hilo común de explorar el amor en sus formas más intensas y a menudo, prohibidas. En cada uno disfrutarás de un cliché diferente.

En *Pasión en la Toscana,* Laura es una restauradora de arte que acepta un contrato en la villa renacentista de Mateo Fontana,un rico heredero al que el pasado familiar le pesa. En su trabajo, restaurar unos frescos, Laura encuentra unas pinturas que todos desconocían y que tienen que ver con ese pasado de Matteo. El ex de Laura, de quién ella huye, descubre el secreto y trata de incriminarlos en un robo y expolio de arte. Que Laura y Matteo trabajen juntos les traerá más sorpresas que el descubrimiento del arte.

Todas las novelas de la serie son autoconclusivas e independientes por lo que puedes leer en el orden que desees.

Encuéntralas aquí:




SCARLETT SIMMONS
Pasión
en la Toscana
PASIONES PROHIBIDAS, 4

PASIÓN EN LA TOSCANA

Scarlett Simmons

Pasión en La Toscana
Prólogo
Capítulo 1
Laura
Capítulo 2
Matteo
Capítulo 3
Laura
Capítulo 4
Matteo
Capítulo 5
Laura
Capítulo 6
Matteo
Capítulo 7
Laura
Capítulo 8
Matteo
Capítulo 9
Laura
Capítulo 10
Matteo
Capítulo 11
Laura
Capítulo 12
Matteo
Capítulo 13
Laura
Capítulo 14
Matteo
Capítulo 15
Laura
Capítulo 16
Matteo
Capítulo 17
Laura
Capítulo 18
Matteo
Capítulo 19
Laura
Epílogo
Matteo

PRÓLOGO

—¿De verdad crees que puedes devolverle la vida? —La voz de Matteo me toma por sorpresa, llevándose con sus palabras el feliz silencio que había llenado la sala durante horas.

Levanto la vista del fresco de la pared, con el pincel suspendido en el aire. Él está apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados, observándome con el gesto de curiosidad y escepticismo que parece no abandonar nunca su rostro.

—No estoy devolviéndole la vida. Eso sería imposible —respondo molesta, apartando el pincel con cuidado y con una sonrisa sarcástica en mi cara—. Estoy revelando lo que siempre ha estado ahí. Bajo las capas de polvo, las grietas... Hay algo que sigue intacto y que espera a ser revelado, a que lo podamos ver de nuevo.

Matteo entra en la sala y se acerca a la pintura con pasos lentos, como si temiera que un movimiento brusco pudiera romper el frágil equilibrio que he creado con mi trabajo. Aún puedo sentir su mirada sobre mí, aunque él finge estar más interesado en el fresco. Odio que me cuestionen quienes no tienen ni idea de arte.

—¿Y tú? —se dirige a mí, sin apartar la vista de la pintura—. Todavía me intriga que una mujer como tú haya aceptado este trabajo. Me pregunto qué esperabas encontrar aquí.

Su desconfianza me desarma un poco. No es la primera vez que me lo preguntan, pero viniendo de él, mi incomodidad es aún mayor. Respiro hondo antes de responder.

—Paz, supongo. —La palabra me sale antes de que pueda detenerla. Matteo se vuelve hacia mí con una ceja levantada, y una leve sonrisa curva sus labios. Sin querer, de forma automática, le devuelvo la sonrisa, aunque con algo más de timidez e incertidumbre.

—Paz —repite, como si masticara la palabra en su boca. Se aleja un paso y se cruza de brazos de nuevo—. Buena suerte con eso. Esta villa tiene la extraña habilidad de hacerte encontrar de todo menos la paz.

Le lanzo una mirada de curiosidad, pero él ya ha desviado la vista, y el gesto serio, que parece una máscara que lleva con total comodidad, vuelve a su rostro. Me doy cuenta de que cada palabra que dice está cargada de un trasfondo que no termino de comprender, pero que me gustaría desentrañar.

—¿Es eso lo que te pasa a ti? —pregunto con tono cordial y despreocupado, para intentar acercarme a esa barrera invisible que acaba de levantar.

—Tal vez. —Sus ojos se encuentran con los míos durante un segundo que parece más largo de lo debido, como si la verdad estuviera a punto de salir, pero la contuviera en el último

momento. Matteo rompe el contacto visual y vuelve a mirar la pintura—. O quizá es que no todos los secretos deben ser revelados.

—Pero los mejores, aunque parezcan profundos, pueden estar justo debajo de la superficie —respondo, a punto de cruzar una línea que me hace medir mis palabras para mantener el equilibrio entre la conversación cordial y la creciente tensión que flota entre nosotros.

Matteo me mira en silencio un momento antes de hablar de nuevo, esta vez con un tono más delicado, casi íntimo. La dulzura de su mirada es difícil de disimular, por más que quiera mostrarse frío y distante conmigo.

—Ten cuidado, Laura. No todo lo que se desentierra es para bien.

Sus palabras me atraviesan como una advertencia. Pero no puedo evitarlo. Hay algo en esta villa, en él, que me atrae, algo que me gustaría comprender, aunque aún no sepa cómo ni, en realidad, deba importarme. No estoy aquí para meterme en la vida de nadie ni para que se metan en la mía.

El silencio vuelve a instalarse entre nosotros, pero esta vez es diferente. Más tenso y lleno de intriga. Me quedo observando la pintura, las pinceladas delicadas que lentamente están revelando la historia que una vez estuvo oculta por el descuido y el paso del tiempo. Matteo se aparta, pero siento su presencia más cerca que nunca, aunque haya aumentado la distancia entre nosotros.

Y entonces, justo cuando estoy a punto de sumergirme de nuevo en mi trabajo, lo escucho. Apenas un susurro, como un eco distante. No de Matteo, sino de la pintura misma. Una voz que ha estado esperando siglos para ser escuchada de nuevo.

—¿Lo oyes? —pregunto en voz baja, sin apartar los ojos del fresco que tengo ante mí.

—¿El qué? —Matteo se detiene, mirándome con una mezcla de sorpresa y confusión.

—Es como si esta pintura estuviera viva, esperando a contar su historia. —Mis palabras suenan extrañas, incluso para mí. Pero no puedo negar la sensación que me envuelve, como si estuviera a punto de descubrir algo importante, algo que ha estado oculto bajo capas de polvo, tiempo y silencio.

Matteo se queda quieto, observándome de nuevo, pero esta vez hay algo diferente en su mirada. Algo que es difícil de descifrar para mí, pero que me hace sentir que, tal vez, no soy la única en busca de respuestas en este lugar. Las que yo busco están ocultas en los frescos que he venido a restaurar. Es mi trabajo hacer que las pinturas hablen. Pero, ¿y Matteo? ¿Qué respuesta busca él? Un hombre que lo tiene todo y que parece sacado de una revista de modas, ¿qué quiere saber?

Descanso la vista mirando por el gran ventanal que tengo a un lado, y me embriago del paisaje que rodea a la finca de Matteo. El sol ha empezado a bajar, trayendo a la habitación una variedad de tonalidades que mi ojo de restauradora de arte trata de atrapar. La villa parece suspirar bajo la luz del atardecer, como si cada uno de los tesoros que habitan en ella guardaran un gran secreto. Sé que estoy aquí para quitar capas a las pinturas y acercarlas a su estado original. Y como cada vez que me ocupo de un trabajo así, me pregunto si esas pinturas murales, testigo de grandes y pequeños secretos, desean destaparlos o guardarlos para siempre con su

silencio en forma de polvo.

CAPÍTULO 1

Laura

—No lo pienses más, Laura. Esto es una locura.

Las palabras de Claudia, mi mejor amiga, aún resuenan en mi mente mientras el coche avanza por el sinuoso camino de grava que lleva a la villa. La he llamado antes de salir de casa para decirle que había aceptado un trabajo, sin especificarle dónde, hacía ya unos días y que me marchaba. Su incredulidad me ha desconcertado hasta el punto de volver a plantearme si mi decisión ha sido la correcta. ¿Acaso es tan irracional querer poner kilómetros de distancia entre mi vida anterior y este nuevo comienzo? Después de todo lo que ha pasado, necesito espacio. Y la Toscana, con su aire cálido y tranquilo, me pareció que era el lugar perfecto para perderme y, de alguna manera, encontrarme de nuevo.

La villa aparece ante mí, tan majestuosa como había imaginado al ver las imágenes en Google Earth. Es un lugar que parece estar suspendido en el tiempo, con sus muros de piedra cubiertos de hiedra y ventanas altas que reflejan el sol de la tarde. Nunca había visto un lugar tan bello y, a la vez, tan intimidante. Es como si me advirtiera de que aquí nada va a ser fácil, que no me deje engañar por el entorno tan calmado, o quizá es mi propia mente que se muere de miedo ante la incertidumbre de lo que me espera.

Respiro hondo, estaciono el coche junto a la entrada y bajo lentamente. El aire está lleno del aroma de los olivos y de la tierra cálida que siento bajo mis pies. El silencio es casi absoluto, interrumpido solo por el suave murmullo de la brisa. Es justo lo que necesito. Un lugar donde el ruido de mis pensamientos pueda disiparse, donde pueda empezar a reconstruir las piezas de mi vida sin la presión constante de la gente de mi entorno.

Al final, la decisión de aceptar el trabajo no ha sido tan difícil. Restaurar frescos en una villa renacentista es el tipo de proyecto que cualquiera en mi campo sueña con hacer. Y a mí, después de la ruptura con Teo y el caos de los últimos meses, me parece la oportunidad perfecta para desconectar de todo lo demás. Por eso, cuando me ofrecieron vivir en la villa durante el proceso, no lo dudé. Si vivir rodeada de arte, en un entorno tan bello como este, puede darme algo de paz mental, entonces no tengo nada que perder. Sí, para una restauradora de arte, vivir rodeada de él es un sueño hecho realidad.

Me acerco a la puerta de la villa y levanto la mano para llamar, pero antes de que pueda tocar el timbre, oculto tras una aldaba, la pesada puerta se abre con un leve chirrido. Un hombre aparece en el umbral, alto, imponente, con el porte y la elegancia de alguien que está acostumbrado a obtener lo que quiere sin necesidad de pedirlo. Debe ser el dueño, Matteo Fontana, el hombre que me contrató, aunque hasta ahora solo habíamos intercambiado correos

formales a través de su asistente.

—Señorita Rossi, me alegro de que haya llegado a tiempo. —Su voz es grave, controlada, y su marcado acento italiano le añade un aire de misterio que no esperaba. Me observa con unos ojos oscuros y penetrantes que me hacen sentir como si estuviera siendo evaluada en cada detalle. Es guapo, de una manera intensa y un poco intimidante, con una barba bien recortada y el cabello rizado salpicado de incipientes canas en las sienes que le dan un aire de madurez, aunque sé que no llega a los cuarenta.

—Señor Fontana —respondo, con aparente calma, mientras le devuelvo la mirada—. Gracias por recibirme. Espero estar a la altura de lo que espera del proyecto.

Matteo Fontana asiente brevemente y se aparta para dejarme pasar. La villa por dentro es aún más impresionante que por fuera: techos altos, suelos de mármol, y una sensación de grandeza que sobrepasa el simple lujo. Sin embargo, hay un aire de abandono, como si todo aquí hubiera quedado atrapado en una especie de letargo debido en parte al tiempo que llevaba cerrada hasta que Fontana la heredó.

—La villa ha pertenecido a mi familia durante generaciones —me informa mientras caminamos por un largo pasillo, por el que nuestros pasos resuenan en el suelo de mármol—. Pero después de la muerte de mi padre, las cosas cambiaron. Durante el tiempo que la herencia estuvo paralizada por problemas familiares, varios organismos públicos vinieron a meter las narices sin permiso. Ahora el patrimonio nacional nos obliga a que ciertas áreas de la villa deban ser restauradas bajo la amenaza de expropiarla completa para uso público. Y aunque no estoy de acuerdo en que sea necesario, acepté las condiciones. No seré yo el que pierda el legado familiar. De ahí que usted esté aquí.

Su tono es frío, casi distante, y refleja un hondo rencor. No hay emoción alguna cuando habla de la villa o de su historia. Algo en su manera de decirlo me hace pensar que este lugar, que debería estar lleno de recuerdos, no es más que una carga para él.

—Entiendo. —Intento sonar profesional, pero la verdad es que estoy empezando a sentirme un poco fuera de lugar. ¿Cómo es posible que alguien pueda sentirse indiferente ante un lugar tan impresionante? Para mí, la restauración de estos frescos es un privilegio, algo similar a lo que siempre soñé hacer y para lo que me formé. Pero para él, parece ser solo otro problema que debe resolver.

Antes de que pueda decir algo más, llegamos a una gran sala, y allí está. El fresco ocupa toda la pared. Observo que está deteriorado por el tiempo, pero aún es hermoso a su manera. Me detengo frente a él, incapaz de resistir la sensación de maravilla que siempre me invade cuando me encuentro ante una obra de arte tan antigua. Puedo ver los detalles aún ocultos bajo la capa de polvo y desgaste, las pinceladas delicadas que alguna vez dieron vida a esta escena.

—Es impresionante —digo casi en un susurro, más para mí que para él.

El señor Fontana se cruza de brazos, observándome desde la distancia.

—Es solo una pared. Pero entiendo que usted vea algo más.

Me vuelvo hacia él, sorprendida por su franqueza.

—El arte es una manera de contar historias. Historias que tal vez no estamos preparados para escuchar, pero que están ahí, esperando a ser desveladas. Nuestros antepasados nos hablan gracias a obras como esta. Es…, es emocionante e increíble.

Él me mira con una mezcla de curiosidad y desdén, como si mis palabras le resultaran demasiado idealistas o necias. Pero no dice nada más. En lugar de eso, se gira hacia la puerta.

—Se instalará en la habitación que hemos preparado para usted —dice, volviendo a su tono cortés y algo distante—. Mañana comenzará con su trabajo. Si necesita algo, hable con mi asistente o con la señora Moretti, que es la encargada de la casa y que vendrá en unos minutos a enseñarle la zona residencial. Espérela en esta sala a que la recoja, por favor. Yo la veré en el desayuno, aunque no suelo estar aquí la mayor parte del tiempo. Vivo en Florencia.

Y con esas palabras se despide, sale de la sala y me deja sola con el fresco y una sensación de que, a pesar de todo, he tomado la decisión correcta al venir aquí. Estoy segura de que este lugar, con todas sus cicatrices, tiene algo que ofrecerme. Y aunque Matteo Fontana prefiera mantener las cosas tal como están, yo estoy aquí para hacer lo contrario: restaurar, revelar y, tal vez, incluso sanar.

CAPÍTULO 2

Matteo

Las primeras impresiones son importantes. Siempre lo he sabido. Pero mientras observo a la joven restauradora que camina a mi lado por el pasillo de la villa, tengo la extraña sensación de que mi juicio está nublado. Laura Rossi... El apellido sugiere una conexión italiana, aunque sé que es americana; además, hay algo en su porte y en la manera en la que habla que me hace pensar en alguien que ha pasado más tiempo fuera de este país que dentro. Aunque joven y guapa, es evidente que lleva algo en su interior que trata de ocultar. ¿Qué clase de mujer decide abandonarlo todo para perderse en una villa alejada de la civilización?

No puedo evitar desconfiar. Quizás porque la vida me ha enseñado que las apariencias son engañosas. Me han traicionado antes y me he vuelto experto en mantener las distancias. Pero no puedo negar que hay algo en Laura que me intriga, algo que la distingue de las otras personas que han pasado por esta casa. Me esfuerzo por mantenerme en mis propios términos, sin dejar que esa sensación de intriga me lleve más allá de lo estrictamente profesional.

Cuando la dejo sola en la sala, sucumbo a la tentación de darle un último vistazo. La veo quieta de pie frente al fresco, absorta en la obra, como si intentara descifrar un secreto que yo mismo ya he dejado de buscar hace mucho tiempo. Para ella, todo es belleza y misterio. Para mí, no es más que una pared vieja y deteriorada, otro vestigio del legado familiar que no he pedido ni deseado.

Me aparto, intentando quitarme de la cabeza la imagen de Laura Rossi, y me dirijo a mi despacho. He heredado esta villa junto con todas las complicaciones que conlleva, y aunque la vida me ha dado todo lo que podría desear, nunca me ha preparado para este tipo de responsabilidades. Mi abuelo amaba este lugar, lo cuidaba como si fuera un templo. Yo nunca lo entendí. Para mí, la villa es una cárcel, un símbolo de todo lo que he intentado dejar atrás, a pesar de que de niño fui muy feliz aquí. Imagino que en mi pesar ha influido mi padre que abandonó el lugar y por eso el inspector del ministerio de cultura lo encontró tan descuidado. Pero ahora, gracias a las leyes de patrimonio, estoy obligado a restaurar estas salas, como si pudiera devolverle la vida a algo que ya está muerto.

La villa, igual que el pasado de mi familia, es un recuerdo que preferiría olvidar.

La mañana me encuentra desvelado en la cama mirando al artesonado del alto techo. He estado despierto durante horas, incapaz de encontrar descanso. Mi mente ha estado ocupada con los negocios y con las inevitables complicaciones que esta restauración presiento que va a traerme. Aunque tengo más confianza en mi equipo de asesores que en las autoridades de patrimonio, tengo la incómoda sensación de que me he visto forzado a participar en una farsa.

¿Para qué rehabilitar lo que está destinado a caer con el tiempo? Tal vez sea mi perspectiva cínica, pero veo la restauración como una metáfora de todo lo que en mi vida he tratado de mantener intacto. Todo en vano.

Laura llega al comedor para desayunar con la puntualidad que esperaba de alguien que lleva años en el extranjero. Su ropa es sencilla, profesional, pero no puede ocultar su atractivo. La joven parece fuera de lugar en este entorno anticuado y, a la vez, parece haberse adaptado más rápido de lo que supuse. Me pregunto si es consciente del contraste que representa frente a las paredes descoloridas y los techos altos propios de una villa renacentista.

—Señor Fontana —saluda con una leve inclinación de la cabeza cuando se sienta frente a mí —. Buenos días.

—Señorita Rossi —respondo, con voz neutral, casi fría, pero con los buenos modales que me enseñaron—. Espero que su habitación haya sido de su agrado.

—Es perfecta, gracias —responde, sin demasiadas formalidades. Aprecio la brevedad en sus palabras. No soy un hombre que tolere las largas conversaciones triviales, y parece que ella lo ha notado.

Dejo el periódico a un lado y cruzo las manos sobre la mesa.

—Hoy quiero repasar con usted el alcance del proyecto. Como ya sabe, estamos obligados a restaurar varias salas de la villa, y aunque personalmente no creo que sea necesario, me han dicho que usted es muy buena en lo que hace. ¿Es cierto?

Su expresión no cambia apenas, pero es suficiente para que me dé cuenta de que la he pillado por sorpresa. No es algo que esperaba escuchar a primera hora de la mañana, al menos no de una manera tan directa. Ella sonríe, pero no es una sonrisa plena, sino una contenida, calculada.

—Espero estar a la altura de las expectativas, señor Fontana. Mi carrera me ha llevado por diferentes proyectos de restauración, y tengo la confianza de que podré con este también.

—Ya veremos —respondo, sin darle una respuesta clara. Es mejor que no piense que esto es un trato fácil.

—¿Ha trabajado alguna vez en Italia? —pregunto, más por curiosidad que por necesidad de saber, ya que su recomendación viene directamente de la universidad de Roma, donde estaba en un proyecto de investigación de cierta importancia. Prefiero que me lo cuente ella.

—Estuve un tiempo en Florencia, durante mis estudios, pero la mayor parte de mi carrera la he pasado en Roma —responde con tranquilidad, aunque noto algo de rigidez en su tono. Me pregunto si hay algo más detrás de esa respuesta.

—Roma... —murmuro, más para mí que para ella. —Su apellido es italiano, pero su acento no lo es. ¿Es usted americana?

—Nací y crecí en los Estados Unidos, pero mis raíces son italianas. —Su respuesta es precisa, casi fría. No está interesada en hablar de su pasado, eso queda claro. Me pregunto qué es lo que está tratando de ocultar. Y aunque podría insistir, decido dejarlo estar... por ahora.

Asiento y vuelvo al tema que realmente importa.

—Bien. Como le dije, las autoridades han impuesto ciertas condiciones en cuanto a las áreas que deben ser restauradas. Quiero que trabaje de manera eficiente. Le proporcionaré todo lo que necesite, pero prefiero que este proceso se lleve a cabo con la menor intervención posible de mi parte. No tengo interés en los detalles, señorita Rossi. Mi único objetivo es cumplir con las obligaciones legales y que el proyecto termine lo más pronto posible y cierren el expediente.

Laura me mira directamente a los ojos, con una expresión que no muestra rastro de duda ni titubeo. Me gusta eso. No hay lugar para sentimentalismos en este tipo de trabajo.

—Entiendo, señor Fontana. Haré lo necesario para que la restauración cumpla con los requisitos, pero también para que la villa recupere el gran valor histórico que tiene. No estoy aquí solo para cumplir con las leyes, sino para devolverle algo de su grandeza.

Sus palabras me sorprenden. No esperaba que mostrara tanto entusiasmo por algo que considero irrelevante. Pero algo en su voz me indica que está convencida de lo que dice. Escucharla me hace sentir una leve admiración por su dedicación, aunque no lo demuestre.

—Pida lo que necesite y hable con mi asistente. Le daremos el informe de las autoridades durante la mañana y espero que me pueda decir algo sobre su diagnóstico y plazos lo antes posible. —Me levanto de la mesa, dejando claro que la conversación ha terminado—. Ahora, si me disculpa, tengo otros asuntos que atender. Nos veremos más tarde, señorita Rossi.

Ella asiente y se levanta también, recogiéndose el cabello castaño en un moño rápido. Aunque su gesto es sencillo, hay algo en su elegancia que me altera. Me marcho de la sala sin mirar atrás, pero una sensación persiste en mi interior. Laura Rossi no es lo que parece. Estoy seguro de ello.

La mañana transcurre frenética en mi despacho, agobiado por varios asuntos que deseo resolver antes de irme unos días. Uno de ellos es dejar organizado todo lo que tenga que ver con el edifico y su restauradora. Me sigue inquietando saber qué la ha traído aquí realmente. No es común que una mujer joven y hermosa decida enterrar su vida en un proyecto tan aislado como este, y mucho menos en una villa olvidada en el corazón de la Toscana, aunque solo sea de manera temporal. ¿Ocultará algo? ¿Tanto ama el arte para que haga este sacrificio?

Me alejo del portátil que tengo sobre la mesa y miro por la ventana hacia los jardines de la villa. El sol baña las colinas cercanas, y el paisaje es de una belleza que nunca he sabido apreciar del todo. Lo que a otros les maravilla, para mí es lo normal. Además, también es posible que sea porque ahora asocio este lugar con el peso de las responsabilidades que me han impuesto. Mi abuelo amaba este lugar, pero yo... para mí es una especie de cuerda que me ata al pasado.

Vuelvo a concentrarme en el trabajo que tengo delante, cuando un suave golpe en la puerta interrumpe mis pensamientos. Es la señora Moretti, la encargada de la villa, que me trae los cuadrantes de la semana del personal y se sienta para comentar conmigo las necesidades y programa de los próximos días, como hacemos cada lunes. En diez minutos lo resolvemos y ella se retira con la misma discreción de siempre.

La soledad de la villa nunca me había molestado antes. De hecho, me gustaba disfrutar de ella como quien se complace por sufrir un castigo. Por eso ahora me inquieta que una persona extraña viva aquí. Tal vez sea simplemente el hecho de tener a alguien nuevo en la villa que no conoce la historia de este lugar, ni los fantasmas que lo habitan. O tal vez sea ella misma, es

decir, Laura con su aire profesional y su determinación por restaurar no solo los frescos, sino también lo que sea que haya perdido en su propia vida. Porque estoy seguro de que se aleja de algo, aunque no me lo haya dicho. Lo veo en su actitud y en su mirada que se oscureció cuando le hice preguntas más personales. Aunque sé que lo único importante es que haga bien su trabajo, sea como sea su vida más allá de esta villa.

Decido que es mejor mantener las distancias. Laura está aquí por un propósito concreto, y no puede distraerse. Cuando antes acabe, antes me dejará solo con mis heridas y mi vida que, aunque anodina y triste, es la mía. La villa será restaurada, se cumplirá con la ley, y después, todo volverá a la normalidad. O al menos, eso es lo que espero.

No deseo que nada cambie. Cuando acabe la restauración decidiré qué hacer con la villa y con el resto de mi vida. No puedo dejar que la expropien, porque es el legado de mi abuelo y por mí mismo, ya que vivo de mi patrimonio; no puedo venderla porque en la herencia se me prohíbe al menos hasta que cumpla los sesenta años. Solo me dejaron dos opciones: explotarla como bien turístico-cultural o vivir en ella. Tengo de margen lo que dure la restauración de los frescos para tomar una decisión. Hasta entonces, esperaré.

CAPÍTULO 3

Laura

El desayuno con Matteo Fontana es tan frío como esperaba, pero hay algo en su comportamiento que no deja de intrigarme. Nos sentamos frente a frente, separados por una mesa que parece interminable. Él está concentrado en su periódico, pero noto cómo me observa por encima de las páginas cada cierto tiempo. El comedor es grande y silencioso, y la tensión, que sin duda hay en el ambiente, parece llenar el aire de algo artificial e incómodo al que no sé si me podré acostumbrar. Si es borde conmigo porque en el fondo no desea restaurar los frescos, ¿para qué ha llamado a la universidad solicitando a alguien con mi perfil?, ¿o soy yo la que le incomoda?

—Señor Fontana —llamo su atención, decidida a romper el hielo—. He estado revisando los primeros detalles de la restauración, y el fresco está en peor estado de lo que había imaginado. Aunque tengo confianza en el trabajo que puedo hacer, necesitaré tiempo para evaluar adecuadamente los daños y los recursos que me harán falta.

Matteo dobla lentamente el periódico, dejando escapar un suspiro por lo bajo. Me observa un momento antes de responder, con una expresión indescifrable para mí.

—Confío en su criterio, señorita Rossi. Carlo, mi asistente, llegará hoy con los informes completos del inspector. Revíselo todo y prepáreme un diagnóstico preliminar para esta noche, con los plazos y el presupuesto de lo que necesite.

No hay emoción en su voz, y aunque su confianza en mi trabajo debería tranquilizarme, hay algo en su tono que me hace pensar que lo que realmente quiere es que todo termine lo antes posible. Aun así, asiento.

—Lo haré, señor Fontana.

Sus ojos se mantienen fijos en mí un instante más, y por un momento me parece ver una chispa de, ¿ilusión? No, no puede ser. Lamentablemente, tan rápido como aparece, se desvanece, y él se levanta de la mesa, rompiendo el contacto visual. Se despide con un breve gesto antes de salir de la sala, dejándome con mis pensamientos. Sé que no he venido a hacer amigos, pero, ya que trabajo sola, agradecería un poco de camaradería por su parte o la de quien sea que viva aquí.

Después de desayunar, me dirijo directamente al fresco. Ya he pasado tiempo con él por la mañana examinándolo, pero ahora me dispongo a trabajar en serio. La luz que entra por las ventanas es perfecta para examinar los detalles y las áreas dañadas. Me dejo absorber por los colores, las texturas... y empiezo a planificar cómo devolverle la vida a esta obra que ha resistido el paso del tiempo. Utilizo mi *tablet* para tomar medidas, hacer fotos y subir algunas a una

aplicación que usamos los restauradores y que analiza varios parámetros en unos segundos. Algo que hace años nos llevaba días. Este *software* me ayuda a identificar las áreas más deterioradas y a hacer una estimación del tiempo y los materiales que necesitaré para llevar a cabo la restauración. El fresco, aunque desgastado, tiene un potencial inmenso. Puedo ver los colores apagados que aún conservan la elegancia de su creación original.

Mientras trabajo, me recojo el pelo en un moño rápido, con un lápiz de dibujo sostenido entre los mechones sueltos. Llevo puesto un pantalón amplio y cómodo, ideal para moverme sin restricciones, y una camiseta sencilla. De mi cinturón de trabajo cuelgan pequeñas herramientas de precisión, una especie de uniforme improvisado de restauradora que me ayuda a tener todo a mano mientras trabajo. No es glamuroso, pero es práctico.

Me siento en el suelo de la sala, cruzando las piernas mientras reviso algunas de las fotos en la *tablet*. Podría trabajar en la enorme mesa del centro de la sala, pero prefiero estar cerca del fresco, casi como si pudiera sentir la energía de la obra a través del suelo. Estoy completamente absorta en mi trabajo cuando un suave golpe en la puerta me saca de mi concentración.

—Señorita Rossi, le he traído el almuerzo —dice la señora Moretti con un tono amable y servicial.

Levanto la vista, agradecida por la interrupción. La señora Moretti, que no tendrá más de sesenta años, deja la bandeja sobre la mesa y se retira con una sonrisa. Es una mujer afable, con el cabello canoso recogido en un moño bajo y un porte firme. Ella es la única persona que he visto en la villa, aparte de Matteo. Me pregunto si vivirá alguien más aquí.

El almuerzo consiste en una ensalada fresca de tomates, mozzarella y albahaca, acompañada de una porción de pan rústico. Delicioso. Mientras como, me permito mirar a mi alrededor. La sala en la que estoy trabajando es una de las más impresionantes de la villa. Los techos altos están adornados con molduras elaboradas, y las ventanas en arco dejan entrar la luz de manera perfecta. A pesar de todo, hay algo en esta casa que me parece desolador, como si, a pesar de su belleza, estuviera condenada a estar vacía.

Mientras estoy agachada frente al mural, escucho un débil sonido detrás de mí. Al girarme, me encuentro con un hombre que me ofrece una sonrisa cordial.

—Señorita Rossi, soy Carlo Mattera, el asistente del señor Fontana. —Me tiende una carpeta llena de documentos—. Aquí tiene los informes del inspector de patrimonio.

Le devuelvo la sonrisa mientras tomo los papeles.

—Gracias. Puede llamarme Laura. Enseguida los examino.

Carlo se queda un momento más, mirando alrededor. Después, fija la vista en mí y se aclara la garganta.

—Bien, si necesita algo más, no dude en avisarme. Aquí tiene mi número de teléfono y mi dirección *mail* ya la conoce —dice al entregarme una tarjeta de visita—. Estoy a su disposición.

—Gracias…, otra vez —sonrío. Antes de que se vaya, le pregunto una de las cuestiones que me intrigan desde que llegue—. ¿Usted también vive aquí?

—Bueno, no todos los días. Yo…, tengo mi familia, ¿sabe? Solo me quedo una par de días si

el señor me necesita. El resto, trabajo en su despacho en la ciudad.

—Bien, gracias. Es una casa muy grande para estar tan vacía.

—Sí, ahora sí. En otros tiempos estaba lleva de vida. Y ahora, si me disculpa, debo irme. Nos vemos pronto.

Le sonrío en agradecimiento y, tras una breve despedida, Carlo se retira. Me siento en el suelo, apoyando la espalda contra la pared opuesta al fresco mientras reviso los informes. Los números, los plazos y las recomendaciones comienzan a tomar forma en mi mente. Esto va a ser un trabajo largo y minucioso, pero estoy más que dispuesta a dedicarme a ello.

Al caer la tarde, preparo una lista detallada de los materiales que necesitaré y la llevo al despacho del señor Fontana. Golpeo suavemente la puerta y espero su respuesta.

—Adelante.

Entro y me encuentro con Matteo, inclinado sobre su escritorio, y Carlo que me ha abierto la puerta. Matteo levanta la vista cuando entro, y aunque su expresión es seria, hay un leve brillo de curiosidad en sus ojos.

—Señor Fontana, aquí tiene mi evaluación inicial —digo, tendiéndole mi *tablet* con la lista de lo que necesitaré y los plazos estimados.

Él la toma y revisa mis notas en silencio durante unos minutos. Al terminar, asiente.

—Parece que tiene todo bajo control. —Su voz suena más neutra esta vez, casi como si estuviera permitiéndose relajarse un poco en mi presencia—. ¿Cuánto tiempo cree que tomará todo el proceso?

—De cuatro a seis meses, como mínimo —respondo con firmeza—. Quiero asegurarme de que todo se haga correctamente.

Matteo deja mi *tablet* sobre la mesa y cruza los brazos, observándome con esa intensidad que siempre le acompaña.

—No me malinterprete, señorita Rossi. Quiero que el trabajo se haga bien, pero tampoco me gustaría que se alargue más de lo necesario.

Lo dice sin ánimo de ofender, pero no puedo evitar sentir una ligera presión. Aun así, mantengo el tipo como una profesional.

—Lo entiendo. Haré todo lo posible para que los plazos se respeten.

Matteo se queda en silencio, mirándome durante lo que parece una eternidad. El silencio entre nosotros es incómodo, y su presencia me intimida. Me empiezo a poner nerviosa, miro de reojo a Carlo que parece una estatua y, por fin, asiente con un leve gesto.

—Muy bien. Confío en su criterio. Cualquier cosa que necesite, háblelo con Carlo o conmigo. ¿Puede enviarle todo esto por *mail*?

—Ya lo he hecho, señor… Fontana.

¡Uf! Lo de señor me ha salido del alma porque me he sentido como si estuviera en una

academia militar. He añadido el apellido justo a tiempo para que no lo pareciera. Necesito aire fresco, este ambiente me empieza a agobiar.

Nos despedimos con un asentimiento mutuo, y al salir de su despacho, siento un peso liberado de mis hombros. No ha sido una conversación agradable, de hecho, hay algo en Matteo que me mantiene alerta, que me atrae de alguna manera extraña. Es tan enigmático que me lo podría plantear como un reto, aunque no debería importarme su vida. Algo así como en las excavaciones en las que hice prácticas en El Cairo, donde tratábamos de resolver jeroglíficos, solo por diversión. Las horas en la villa pueden ser eternas cuando no trabaje, así que, un reto así me tendrá distraía…

Mi horario de trabajo ha terminado y decido que es un buen momento para relajarme. Cojo un libro y me dirijo al jardín, buscando una zona fresca y tranquila donde poder despejar mi mente. Me encuentro un rincón encantador bajo un árbol frondoso, ideal para sentarme y abrir mi libro, dispuesta a perderme entre sus páginas. Sin embargo, mi mente sigue divagando, incapaz de concentrarse.

Al cabo de unos minutos, cierro el libro y me levanto. Pasear me ayudará a despejarme. Camino lentamente por los senderos de la maravillosa finca que rodea la villa, admirando la belleza de los árboles y de las flores a mi paso. El sol ya está descendiendo en el horizonte, y los últimos rayos de luz bañan el paisaje con un resplandor cálido y relajante.

El aire fresco me envuelve en cuanto me alejo de la villa. Es como si todo el peso del día se desvaneciera de repente. El jardín es amplio y majestuoso, con setos perfectamente recortados y flores en pleno esplendor que llenan el aire de fragancia. Camino por los senderos de grava que separan los viñedos del jardín, dejándome llevar por la serenidad del lugar. A lo lejos, las colinas toscanas se extienden en suaves ondulaciones, y el cielo es de un azul profundo que parece extenderse hasta el infinito.

Me maravillo ante la belleza de la finca. Los árboles altos crean sombras alargadas en el césped, y un pequeño estanque en el centro del jardín refleja la luz del sol de una manera que hace que todo parezca brillar. Es un lugar idílico, y por un momento, olvido mis preocupaciones. Me permito disfrutar de la paz que emana de este lugar, algo que hace tiempo que no sentía por culpa de… Mejor dejar ese tema. He venido para olvidar.

Me dejo llevar por la tranquilidad del lugar, perdida en mi propio mundo. Mientras paseo, mis pensamientos vuelven a Matteo. Es difícil reconciliar la imagen que tengo de él con este entorno tan hermoso. Hay algo en él que no encaja. Su actitud distante, casi fría, no se corresponde con la belleza de este lugar. Parece como si, a pesar de estar rodeado de toda esta magnificencia, él se mantuviera apartado, aislado en su propio mundo.

La verdad es que el señor Fontana no se parece en nada a lo que había imaginado. No sé exactamente qué esperaba encontrar cuando acepté este trabajo, pero no era a un hombre como él. Matteo Fontana tiene algo taciturno y melancólico, como si llevara una carga que lo aplasta poco a poco. Su manera de hablar es fría, calculada, e incluso resulta algo huraño. Sin embargo, es imposible ignorar su presencia. Incluso en su silencio, ocupa el espacio con una intensidad que me desconcierta. Su porte es impecable y esa leve rigidez en los hombros denota alguien acostumbrado a llevar el peso del mundo sobre sus hombros. Su rostro anguloso es de una

belleza que me impresionó nada más verle la primera vez. No encaja. No con ese físico que podría pertenecer perfectamente a un protagonista de una película de acción o de una revista de moda. Su cabello castaño rojizo es rizado, y lleva una barba perfectamente recortada. Pero lo más impactante son sus ojos... Unos ojos oscuros que me traspasan la piel, pero que al mismo tiempo se niegan a mostrar lo que realmente ven. Es guapo, hasta decir basta, pero no hay calidez ni cercanía en él.

Me detengo cerca del estanque y miro hacia la villa. Las ventanas oscuras parecen observarme desde la distancia, y por un momento, me siento expuesta, como si alguien estuviera vigilando cada uno de mis movimientos. Sacudo la cabeza, quitándome esa idea absurda de la mente. Pero entonces, veo algo que me hace dudar. Una figura en una de las ventanas. Es Matteo, observándome desde arriba. Mi corazón se acelera un poco, y un escalofrío recorre mi espalda.

No estoy segura de por qué me inquieta tanto su mirada. No es como tuviera un comportamiento fuera de lo común, pero hay algo en la forma en que me observa que me hace sentir vulnerable. ¿Será buena idea estar casi sola en esta casa tan grande? Desde que llegué, solo he visto a la señora Moretti, a Carlo y a Matteo. ¿Es que no hay nadie más? La villa es enorme, y me pregunto cómo puede mantenerse en pie con tan poco personal.

Decido que esta noche cerraré con llave la puerta de mi habitación. No es que tenga miedo, pero la sensación de estar tan sola en una casa tan grande me resulta extraña. Mientras regreso a la villa, me hago la promesa de mantener las distancias con Matteo. No puedo permitirme distracciones, y algo me dice que involucrarme demasiado con él solo complicaría mi vida, aunque no tenga nadie más con quien hablar en todo el día. Me pregunto si estaré segura aquí, en esta casa tan grande y llena de sombras.

Entro en la villa y subo las escaleras hacia mi habitación. Necesito una ducha y un poco de tiempo para relajarme antes de cenar. Me pregunto si Matteo siempre ha sido así, tan distante y reservado, o si es la villa la que lo ha convertido en lo que es. De cualquier manera, sé que tengo que concentrarme en mi trabajo. Estoy aquí para restaurar los frescos, no para desentrañar los misterios de Matteo Fontana. Y para recuperar mi paz, no para perturbarla.

CAPÍTULO 4

Matteo

Han pasado tres semanas desde la última vez que fui a la villa. Tres semanas intentando mantenerme alejado, esquivando cualquier excusa que me obligara a volver. No debería ser tan difícil, me digo una y otra vez. La villa necesita de mi supervisión y debo ir más a menudo, aunque nunca me sienta verdaderamente en paz allí. Y ahora, solo con pensar en que tengo que volver, me desestabilizo.

Y todo por culpa de ella. De Laura Rossi.

Cierro los ojos, intentando borrar su imagen de mi mente, pero es inútil. Aparece, como siempre, en los momentos menos oportunos. La manera en que su cabello cae desordenado cuando trabaja, la forma en que me mira, como si nada pudiera perturbar su calma, mientras yo, a su lado, siento que mi control se resquebraja. Y eso no me lo puedo permitir. He pasado años construyendo muros a mi alrededor, protegiéndome de emociones que no me sirven de nada. Pero Laura... Laura ha llegado a romper esa barrera sin siquiera darse cuenta.

No quiero ir a la villa estando ella porque me siento débil a su lado. Vulnerable. No sé qué hacer con este deseo que me arde en el pecho cada vez que la veo, ni con la sensación de nerviosismo que me envuelve cuando pienso en ella. En su presencia me bloqueo, me provoca sensaciones que preferiría no sentir. Tal vez es porque, durante demasiado tiempo, he sido un hombre que ha evitado las complicaciones, alguien que ha mantenido las emociones bajo llave. Y ahora, ella ha llegado a agitar algo en mí que ni siquiera sabía que estaba allí. Me muestro frío porque no sé qué otra cosa hacer para controlarme.

Me convenzo de que evitarla es lo mejor, pero tres semanas sin supervisar la restauración no es aceptable. Sé que debería haber ido antes, pero la idea de estar en la misma habitación que Laura me ha hecho posponer mi visita. No puedo permitir que esto continúe así. Necesito ir y hacer lo que me corresponde. Nada más. No debería ser tan difícil.

El camino hacia la villa se extiende ante mí, los cipreses me acompañan en fila como fieles guardianes del pasado. Siento el corazón latir más rápido a medida que me acerco, aunque intento ignorarlo. No es por ella, me repito sin mucha convicción, es por el trabajo y por las preocupaciones. Nada más.

Al llegar, me detengo frente a la entrada de la villa y respiro hondo. El aire fresco de la Toscana no calma la tensión que se ha instalado entre mis hombros. Bajo del coche y me dirijo al interior, sabiendo que la encontraré allí, trabajando en el fresco, como siempre.

La villa me recibe con su familiar mezcla de grandeza y decadencia. La siento ajena, en cierto

modo, todavía no he llegado a sentir que me pertenece. Y ahora, con Laura aquí, parece más ajena que nunca. Pero hoy no puedo evitarlo. Necesito hablar con ella de la restauración, aunque cada fibra de mi ser me diga que me aleje.

La encuentro en el gran salón, tal como lo esperaba. Está inclinada sobre el fresco, con las manos moviéndose con destreza sobre la superficie. La luz del atardecer la envuelve en un baile de luces y sombras, dándole un aspecto casi irreal. Me detengo en el umbral, incapaz de avanzar, atrapado entre la necesidad de hablarle y el deseo de dar media vuelta y largarme de nuevo para que mi corazón vuelva a latir a su ritmo habitual.

—Señor Fontana —su voz interrumpe mis pensamientos. Apenas se gira lo suficiente para que pueda apreciar cómo su cuerpo se tensa ligeramente. ¿Será que mi presencia también la afecta?

—Laura, buenas tardes —respondo, mientras camino hacia ella, recordándome que debo estar en calma.

Ella deja sus herramientas y se vuelve hacia mí. Nuestras miradas se encuentran de una manera que me deja desarmado. Su expresión es tranquila, aunque en sus ojos veo que tiene muchas preguntas. Bajo la mirada a su boca de labios rosados y bien delineados que humedece uno contra otro antes de hablar.

—No lo veía desde hace tiempo —comenta, con tono amable y neutral. Si le molesta que no haya aparecido por aquí en las últimas semanas, lo disimula.

—He tenido muchos asuntos que atender en la ciudad, además, vivo en Florencia, no aquí —aseguro, aunque no sea toda la verdad.

Laura asiente, pero hay algo en la forma en que me mira que me dice que no está conforme. Me siento observado, evaluado, como si ella supiera exactamente por qué he estado evitándola. Aunque también puede ser que ni se haya dado cuenta y sean imaginaciones mías, que me siento expuesto y no sé por qué.

—¿Cómo va el fresco? —pregunto, recuperando el control de la conversación.

—Avanzando —responde con un ligero encogimiento de hombros—. Aunque, necesito más información para no hacer nada indebido.

Eso capta mi atención.

—¿A qué te refieres con más información? ¿Hay algo que deba saber que no esté bien?

Laura se seca las manos con un paño antes de acercarse a mí. Me quedo absorto en la blancura de su piel y los largos dedos que aprieta en un puño para darse fuerza. Hay una tensión en sus movimientos que me hace darme cuenta de que lo que está a punto de decirme no es algo trivial.

—Siento que estos muros guardan más de lo que aparentan. Como si hubieran sido intervenidos varias veces antes de mi llegada, y no de la mejor manera. Ya le dije que la pintura me habla, son muchas horas con ellas, aunque parezca que esté loca. —Hace una pausa, como si estuviera midiendo sus palabras—. Necesito saber más sobre la historia de la villa, más allá de lo que ya me ha contado.

Mis ojos se clavan en los suyos. Lo último que quiero es adentrarme en las historias oscuras de mi familia, en los rumores y las leyendas que rodean este lugar. Pero me parece que Laura no se detendrá hasta descubrirlo todo.

—Mi abuelo adoraba esta villa —comienzo, dejando escapar un suspiro. Me siento vulnerable, pero hay algo en la mirada de Laura que me impulsa a seguir—. Para él, era un refugio, un santuario. Recuerdo los veranos con él que eran maravillosos. Nos veníamos los primos unos tres meses y lo pasábamos en grande. Pero con el tiempo, las cosas cambiaron. Cuando mi padre heredó la villa, empezaron a surgir rumores sobre mi abuelo y su implicación en el robo de unas pinturas durante la guerra. La casa fue registrada, varias veces, pero nunca encontraron nada. Aun así, la villa se fue convirtiendo en una carga para mi padre, y él decidió abandonarla poco a poco.

Laura me escucha en silencio, pero no es un silencio incómodo. Es como si estuviera absorbiendo cada palabra, procesando la historia que le cuento y colocando las piezas en un puzle imaginario, mientras sus ojos siguen clavados en los míos. Hay una conexión creciente, algo que se enreda entre nosotros cada vez que hablamos, aunque trate de evitarlo.

—Eso podría explicar algunas cosas —murmura. Puedo ver la inquietud en su expresión, como si supiera que esto es solo la punta del iceberg, aunque no lo expresa—. Aun así, siento que hay algo más. La villa tiene secretos, señor Fontana. Y quiero descubrirlos, si usted me lo permite.

Sus palabras me golpean más fuerte de lo que esperaba. Siempre pensé que hay cosas que la villa guarda, cosas que tal vez deberían quedarse ocultas y que mi padre ignoró abandonándola. Pero también intuyo que Laura debe ser una mujer muy persistente, y que no se detendrá hasta llegar al fondo de todo. Y, de alguna manera, eso me preocupa.

—¿Tienes algo que contarme? —pregunto, con el tono más controlado que puedo.

Laura se gira, como si de repente tuviera algo que ocultar. Recoge su *tablet* y la revisa distraídamente, pero mi mirada se fija en la pantalla. Allí, entre las líneas de texto, veo algo que me llama la atención: «¿Qué pasó con las pinturas desaparecidas en la Segunda Guerra Mundial?».

La sangre me late en las sienes. Me acerco un paso más, sin poder contener la pregunta que brota de mis labios.

—¿Qué significa eso? —mi voz sale baja y tan tensa que delata mi malestar. Laura levanta la mirada, sorprendida—. ¿De qué va todo esto?

CAPÍTULO 5

Laura

Las tres semanas que he estado trabajando sin ver a Matteo me han tenido confusa. Por un lado, agradezco la soledad para trabajar a mi ritmo, aunque a veces necesito hablar con alguien, sobre todo cuando acabo mi jornada. Aunque el retiro me ayuda a apartarme de Teo y eso me está sanando. Por otra parte, mi cuerpo vibra cuando pienso en Matteo y lo hago más de lo que quisiera. Cada trazo que hago o fragmento que descubro, pienso en qué dirá cuando lo vea. Y no solo eso. También repaso mentalmente sus contornos como si de una escultura se tratara. Es un hombre de medidas perfectas, o eso me lo parece como estudiosa del arte. Ni el David de Miguel Ángel era tan proporcionado. ¿Estará en Florencia con su pareja y por eso no viene a la villa? Las dudas me consumen, y más cuando descubro que hay una falsa pared en el muro. Algo muy extraño, aunque en la época en la que se construyó es probable que la usaran para ocultar algo. También es posible que fueran corredores camuflados para que los o las amantes pudiera entrar y salir del edificio sin ser vistos. Busco en mi *tablet* información sobre la villa y descubro noticias que no conocía y que abren una línea de investigación interesante.

Parece que lo haya invocado con el pensamiento, porque la figura de Matteo aparece en el umbral, y mis manos se congelan en el fresco. Aunque intento actuar con normalidad, me cuesta no mirarlo más tiempo del que debería. Está vestido de manera impecable, como siempre, con una camisa blanca que contrasta con su piel ligeramente bronceada. La tela se ajusta a su pecho de una manera que hace que mi mirada se detenga más de la cuenta. El pantalón gris oscuro que lleva resalta la longitud de sus piernas, y sus zapatos bien pulidos muestran que, a pesar de todo, sigue siendo un hombre de ciudad, de control y elegancia. No puedo negar que su aspecto me atrae de una manera que no debería teniendo en cuenta que trabajo para él.

Me esfuerzo en volver a concentrarme en mi tarea, aunque siento su mirada fija en mí. Me doy cuenta de que también él ha estado evitando venir a la villa, y sospecho que su ausencia tiene más que ver conmigo que con la villa en sí. Aunque no ha dicho nada al respecto, cada vez que estamos en la misma habitación, hay una especie de corriente invisible que nos conecta, algo que me deja intranquila y, al mismo tiempo, ansiosa por saber más.

—Señor Fontana —saludo mientras me limpio las manos con un paño.

—Laura, buenas tardes —responde con una leve inclinación de cabeza. Su voz, profunda y modulada, siempre consigue desestabilizarme un poco.

Nos miramos a los ojos y veo en ellos una mezcla de cansancio y curiosidad contenida. Me atrae no solo su físico, sino también esa barrera emocional que parece mantener a todos a raya, como si fuera un secreto que guarda celosamente. Y a las historiadoras de arte nos atraen los

secretos como la miel a las abejas.

Le pido que me cuente la historia de la villa y lo hace de manera sucinta y con desconfianza porque no sabe la razón de mi pregunta. Cuando acaba, le comunico lo que he descubierto.

—Hay algo que necesito mostrarle —le digo, sin poder apartar la vista de él. Mi tono suena más firme de lo que me siento porque no sé cómo se va a tomar mis descubrimientos. He pensado que quizá los conoce, pero que por alguna razón me los ha ocultado, así que debo ir con cautela.

—¿En el fresco? —pregunta, arqueando una ceja. Parece ligeramente intrigado, aunque intento no analizarlo demasiado.

—Creo que hay un falso muro detrás del fresco —respondo, sintiendo cómo su atención se intensifica al instante. Noto que mi respiración se acelera, pero me esfuerzo en mantener la calma profesional—. Hay algo que no cuadra con la estructura. La pared no tiene el grosor adecuado, y siento que podría haber un espacio oculto.

Matteo se acerca, su presencia física es más evidente a medida que recorta la distancia entre nosotros. No es solo su altura lo que me impacta, sino la energía que emana, ese aire de autoridad mezclado con algo más oscuro y varonil que me hace titubear.

—¿Un falso muro? —repite, con el ceño ligeramente fruncido.

—Sí. Necesito que me muestre a dónde da esta pared. Puede que algo importante esté escondido detrás —le explico.

Matteo parece dudar un momento, pero después asiente y me guía hacia la sala contigua. Sus pasos son firmes y decididos, y lo sigo en silencio, tratando de no dejarme llevar por la cercanía que siento mientras caminamos uno al lado del otro. Al llegar a la otra sala, él se detiene y me indica la pared que conecta con la del fresco.

Me acerco a ella y empiezo a golpear suavemente con los nudillos en diferentes puntos, sintiendo las vibraciones a través de la piedra. Matteo me observa con atención, y puedo notar cómo sus ojos siguen cada uno de mis movimientos. En el silencio, la pared me habla y logro escuchar algo disonante. Me detengo en un punto en particular. Aquí. El sonido es diferente, más hueco.

—¿Escucha eso? —pregunto, girándome hacia él. Matteo se acerca aún más, quedándose a mi lado, tan cerca que puedo sentir el calor que emana de su cuerpo. Su mirada se entrecierra, y veo cómo su atención se concentra en mis manos, mientras golpeo de nuevo el muro.

—¿Crees que hay un espacio detrás? —pregunta, en voz baja y grave. El aire que emana me envuelve de una manera que me hace sentir un escalofrío recorrer mi espalda.

—Sí. No es solo un muro. Hay un espacio entre las paredes, estoy segura —susurro.

Matteo da un paso adelante y levanta la mano para tocar el lugar que le indico. Nuestras manos se rozan, y el contacto es como un pequeño choque eléctrico. Me quedo inmóvil, con el corazón latiendo más deprisa, y siento la conexión que se enciende entre nosotros. Ambos nos quedamos callados, y diría que agitados. El tiempo parece detenerse en ese momento, y siento el deseo de acercarme más a él, pero me contengo, consciente de que no debo y de que él puede no

desearlo.

Matteo también retira la mano. Me parece ver que su mandíbula se tensa como si estuviera luchando contra la misma atracción que yo siento.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta, con voz ligeramente ronca.

Tomo aire antes de hablar.

—Creo que deberíamos hacer una cata, abrir un pequeño boquete para comprobar si realmente hay un espacio detrás. Si está de acuerdo, puedo llamar a alguien para que me ayude.

Matteo asiente.

—No hace falta. Llamemos al señor Moretti. Él es el encargado de las reparaciones en la villa. Si hay algo oculto, habrá que saber qué es y para qué harían esta falsa pared. Mejor que esta información no salga de aquí, de momento.

Minutos después, el señor Moretti llega. No lo había conocido antes, pero su aspecto robusto y sus manos curtidas me inspiran confianza. Se acerca a la pared con las herramientas necesarias y, después de nuestras indicaciones, comienza a trabajar con paciencia y precisión. Matteo y yo observamos en silencio, casi conteniendo la respiración.

El sonido de la piedra al romperse llena el espacio, y mi corazón late con fuerza mientras veo cómo el boquete va tomando forma. Finalmente, el señor Moretti se aparta y me cede el lugar.

—Aquí tiene, señorita Rossi —dice con una sonrisa amable.

Tomo una linterna y me inclino hacia el boquete, metiendo la mano para explorar el espacio oscuro detrás de la pared. El aire se ha vuelto denso y huele a polvo antiguo, pero algo me dice que estoy a punto de descubrir algo importante. Siento la misma emoción que en las primeras excavaciones en las que colaboré durante la carrera.

Matteo se inclina a mi lado, tan cerca que siento el roce de su brazo contra el mío. Esa cercanía me desconcentra, pero no me aparto. Es una extraña mezcla de tensión y expectativa la que me invade mientras ilumino el interior del hueco con la linterna. No veo nada al principio, solo oscuridad y escombros.

Despido al señor Moretti, agradeciéndole su ayuda, y cuando la puerta se cierra detrás de él, el silencio regresa a la sala. Matteo y yo estamos solos de nuevo.

—Tenemos que hablar —digo, intentando mantener mi voz firme, aunque por dentro me siento nerviosa. Matteo se gira hacia mí, y por un momento nuestros ojos se encuentran de una manera que me deja sin aliento. Su mirada intensa me desarma por completo; en ella percibo una mezcla de curiosidad y algo más profundo que me inquieta.

—¿Sobre qué exactamente? —pregunta, en voz baja, como si no estuviéramos solos y quisiera contar un secreto.

Trago saliva antes de responder, sabiendo que lo que estamos a punto de desvelar cambiará toda la idea del proyecto. Pero, más que eso, siento que el simple hecho de estar tan cerca de él me está llevando a un lugar al que no sé si quiero ir.

CAPÍTULO 6

Matteo

El salón de la villa parece más pequeño de lo habitual. Tal vez sea por la presencia de Vittorio, mi primo y abogado, y Carlo, que llenan el espacio con sus voces graves mientras discuten las opciones legales. O tal vez sea por ella, por Laura, sentada en una silla junto a la ventana, con su mirada fija en mí con esa mezcla de curiosidad y desconfianza. He evitado mirarla durante gran parte de la reunión, concentrándome en las palabras técnicas de mi primo y mi asistente, pero cada vez que lo hago, siento una punzada en el estómago. Una sensación incómoda y, al mismo tiempo, irresistible.

El sol de la tarde se filtra por las cortinas de lino, que arroja sombras suaves sobre los muebles antiguos, e ilumina a Laura con un resplandor cálido. Lleva una blusa de lino, en un tono crema, que apenas roza su piel. Los pantalones de trabajo son amplios, cómodos, pero no ocultan la perfección de su figura. Lleva el pelo recogido en un moño que parece haberse deshecho un poco tras horas de trabajo, y algunos mechones caen sobre su rostro, lo que le da un aspecto aún más etéreo. Es imposible no notar su belleza, pero también hay algo en ella que me turba. No ha querido imponerse en ningún momento haciendo gala de una muy buena educación y solo explica lo que implicaría cualquier tipo de hallazgo en la villa.

La reunión es más complicada de lo que esperaba. Carlo, mi asistente, ha estado repasando los riesgos legales si abrimos el muro más de lo permitido por Patrimonio sin los permisos necesarios. Vittorio, con su acostumbrada despreocupación, ha sugerido seguir adelante, ignorando las posibles consecuencias. Yo sé que no podemos actuar tan a la ligera, pero la posibilidad de descubrir algo tras esa pared no deja de dar vueltas en mi cabeza.

—Si pedimos permiso, pondremos a los de Patrimonio sobre aviso —dice Carlo, mientras ajusta sus gafas con un gesto mecánico—. Si vienen a investigar, podríamos perder el control de lo que ocurra dentro del edificio.

—Entonces no pedimos permiso —interviene Vittorio, con esa sonrisa que siempre me pone en alerta—. Abrimos lo justo para que Laura pueda echar un vistazo. No necesitamos más.

—Sabes que eso nos pone en una posición muy precaria —le respondo, cruzándome de brazos. Estoy tratando de mantener la calma, pero la insistencia de Vittorio me incomoda—. Si Patrimonio sospecha algo, podrían requisar parte de la villa.

—Y si no hacemos nada, podríamos dejar pasar la oportunidad de nuestras vidas —replica Vittorio, encogiéndose de hombros—. No siempre se encuentran paredes ocultas en villas como esta.

Laura permanece en silencio, observándonos con esos ojos analíticos que parecen captar todo. Emana buena energía, y siento una chispa de emoción contenida. Sé que este proyecto la intriga tanto como a nosotros, si no más. Finalmente, decido que tenemos que arriesgarnos.

—De acuerdo —digo, mirando a Carlo—. Abrimos un poco más, pero con cuidado. Nadie debe enterarse. No quiero llamar la atención de Patrimonio hasta que tengamos algo sólido. Y todo bajo el más absoluto secreto.

Carlo asiente, guardando los documentos que hemos revisado. Es un hombre meticuloso y responsable, y sé que no está completamente de acuerdo con esta decisión, pero confía en mi juicio. Se despide con una inclinación de cabeza, recogiendo su maletín antes de salir del salón.

Laura se levanta y anuncia que va a subir a ducharse antes de la cena. Esta noche dormimos los cuatro en la villa para seguir trabajando al día siguiente. Cuando se marcha, Vittorio y yo nos quedamos solos. Él se sirve una copa de vino con su habitual aire despreocupado y me lanza una mirada que ya conozco demasiado bien.

—Entonces, primo —empieza, tomando un sorbo del vino—. Esa restauradora es interesante, ¿no?

No estoy de humor para sus insinuaciones. El día ha sido largo, y la tensión que he estado sintiendo últimamente no parece disiparse.

—Es buena en su trabajo, sí —respondo, con la intención de no seguir la conversación por ese camino.

—Venga, Matteo, no me hagas esto —dice Vittorio, con una sonrisa pícara—. La chica está bastante bien. ¿Sabes si está disponible? Debe estarlo. Nadie se retira de la civilización tanto tiempo sola por muy interesante que sea el trabajo. No me digas que no lo has pensado. Es una pena, una chica tan guapa que esté aquí, tan sola…

—Deberías dejar de hablar así —replico, con un tono más cortante de lo que pretendía.

Vittorio levanta las manos en señal de rendición, pero sigue con su actitud burlona.

—No te pongas tan serio. Solo digo que no parece estar comprometida, ¿no? ¿Tiene novio? Porque si no, tal vez debería invitarla a salir algún día, ¿qué te parece? Tendrá tiempo libre, ¿no?

Siento un calor subir por mi pecho. La sola idea de que Vittorio vea a Laura como una posible conquista me enerva. No sé por qué, no tengo ningún derecho sobre ella, pero la reacción es instintiva.

—Vittorio, no lo hagas —le advierto, intentando mantener la compostura—. Laura está aquí para trabajar, no para tus jueguitos. Y no, no tengo ni idea de si tiene pareja, no lo indicaba en su curriculum.

Él me observa con curiosidad, con una ceja arqueada y una sonrisa que me irrita aún más.

—Vaya, ¿por qué tanta protección? —pregunta con sorna—. No pensé que te importara tanto. A menos que seas tú el que está interesado...

Niego con la cabeza, pero mi mandíbula se tensa. Vittorio siempre ha sido bueno para sacarme de quicio.

—No es nada de eso —respondo, con los dientes apretados—. Simplemente déjala tranquila. Está aquí para trabajar y su vida privada es solo suya. No te metas. La necesito centrada.

Vittorio se ríe entre dientes y se sirve más vino.

—Está bien, está bien. Pero ya me contarás qué hay detrás de toda esa seriedad. No todas las mujeres son como... ya sabes.

Sus palabras me golpean más fuerte de lo que esperaba. *Ella*. La mujer que me traicionó, que me hizo desconfiar de cualquier tipo de relación profunda. Durante años he mantenido esa herida oculta, construyendo una barrera que nadie ha logrado cruzar. Vittorio sabe que no me gusta hablar del tema, pero aun así lo menciona.

—Vittorio, basta ya —le increpo, con dureza en mi voz

Él asiente, sabiendo que ha tocado un nervio sensible. Se retira, tras apurar el vino que le queda en la copa, y me deja solo en el salón. El silencio regresa, pero mi mente sigue agitada. La cena es dentro de poco, y Laura bajará en cualquier momento.

Cuando ella aparece nuevamente, fresca tras su ducha, con un sencillo vestido que resalta la belleza que suele ocultar bajo la ropa ancha de trabajo, siento una punzada de algo más profundo que la mera admiración. Nos sentamos todos a cenar, pero la tensión sigue ahí, latente, en cada mirada que intercambiamos.

La conversación es trivial, pero mi mente sigue dando vueltas. No puedo dejar de pensar en lo que Vittorio ha dicho, en cómo me he convertido en alguien tan cauteloso, tan cerrado a la posibilidad de sentir algo por alguien más. Pero Laura... ella es diferente. Su presencia me inquieta, y al mismo tiempo, me atrae de una manera que estoy a tiempo de controlar. Pero no, no voy a dejar que me vuelvan a hacer daño. Si no amo, nadie me lo podrá hacer.

CAPÍTULO 7

Laura

El desayuno es tranquilo, pero la tensión entre Matteo y Vittorio sigue en el aire. No sé qué ocurrió entre ellos después de la reunión de anoche, pero noto que Matteo está más serio de lo habitual. Aun así, hay algo en su mirada que parece cambiar cuando me observa. No me atrevo a preguntarle. Después de todo, no es mi asunto, aunque no puedo negar que me intriga.

Nos sentamos a la mesa en el comedor. Vittorio se inclina hacia atrás en su silla, relajado como siempre, mientras Matteo mantiene una postura rígida y distante, concentrado en su taza de café. Moretti ya está afuera, preparando las herramientas necesarias para abrir el boquete que hemos identificado en la pared. Carlo se ha ido a Florencia temprano esta mañana, así que hoy seremos solo nosotros tres, trabajando para desvelar los secretos que oculta esta villa.

Mientras bebemos café, el ambiente se carga de expectación. Estoy emocionada a la vez que asustada y siento ansiedad por lo que podríamos encontrar detrás de esa pared. Aunque el trabajo de restauración en sí mismo es apasionante, esto va más allá. Algo me dice que estamos a punto de descubrir algo importante.

Matteo se levanta de la mesa, ajustándose la ropa. Lleva una camisa gris que le sienta impecablemente, con las mangas arremangadas hasta los codos. La tela suave se ciñe a su pecho y a sus brazos, y aunque intento no fijarme, no puedo evitar que mis ojos lo sigan. Hay algo en él que me atrae de una manera que no puedo explicar. Es una mezcla de fuerza y vulnerabilidad que me hace querer acercarme, pero sé que es mejor mantener la distancia.

—¿Estás lista para empezar? —me pregunta, con ese tono bajo y calmado que siempre usa conmigo, aunque hay una especie de nerviosismo apenas perceptible en su voz.

—Sí, por supuesto —respondo, tratando de contener mis nervios que se me han anudado al estómago. Si luego no hay nada dentro, habré hecho el ridículo.

Nos dirigimos a la sala contigua a la del fresco. Moretti ya ha comenzado a trabajar en la pared, golpeando con cuidado la piedra para hacer un boquete lo suficientemente grande como para que pueda entrar. Matteo y yo lo observamos en silencio, envueltos en una tensión tan espesa que se puede masticar. No sé si es por el trabajo que estamos haciendo o por la creciente atracción que siento hacia él, pero cada vez que nuestros ojos se encuentran, algo en mi interior se agita.

Cuando acaba, Moretti se aparta, dejando el boquete abierto. Es un espacio estrecho, pero lo suficientemente grande como para que yo pueda colarme dentro.

—Bien, ya está listo —dice Moretti, limpiándose las manos en su delantal—. Señorita Rossi,

puede entrar cuando quiera.

Me agacho y enciendo la linterna. Siento a Matteo acercarse detrás de mí, demasiado cerca. El calor de su cuerpo parece irradiarse hacia mí, y aunque trato de concentrarme en lo que estoy haciendo, no puedo ignorar su presencia. Me preparo para entrar en el hueco, apoyándome en la pared para estabilizarme. Siento su mano en mi espalda, ayudándome con un toque firme pero cuidadoso. El contacto me hace estremecerme, y no puedo evitar pensar en lo diferente que es esta proximidad comparada con las otras veces que hemos estado juntos en la villa.

—Ten cuidado —dice, con la voz tan baja que apenas puedo escucharla.

Asiento, incapaz de hablar. Me introduzco en el hueco con cuidado, usando la linterna para explorar el espacio. Siento los latidos de mi corazón en el pecho más fuertes de lo habitual. El aire es denso y pesado, y huele a polvo antiguo. Es un espacio más grande de lo que imaginaba. Mis pies tocan algo sólido, y cuando bajo la luz, veo lo que parecen ser cajas de madera y algunos objetos que están cubiertos por mantos de tela.

Con el corazón acelerado, saco mi teléfono y tomo algunas fotos. Las imágenes son borrosas debido a la oscuridad, pero sirven para documentar lo que estamos encontrando. Intento agacharme para ver mejor, pero el espacio es limitado y mis movimientos se vuelven torpes.

—¿Todo bien ahí dentro? —pregunta Matteo desde fuera, con un tono un poco más tenso de lo habitual en él.

—Sí, creo que... —Empiezo a decir, pero justo cuando intento moverme, pierdo el equilibrio y caigo hacia adelante, golpeando una de las cajas con el pie. Me sostengo en el borde del muro, pero Matteo ya está metiendo las manos para ayudarme a salir.

Sus manos grandes y firmes me envuelven los brazos y me sostienen mientras trato de recomponerme. Al salir, pierdo el equilibrio y caemos al suelo, uno sobre el otro, en una maraña de brazos y piernas. Mi respiración está acelerada, y por un segundo, me quedo mirando sus ojos, incapaz de moverme. Siento su cuerpo debajo del mío, el calor que emana de él, y mi corazón late con tanta fuerza que temo que pueda escucharlo.

—Vaya, vaya —escucho la risa de Vittorio detrás de nosotros. Su tono burlón rompe el momento—. No sabía que este trabajo fuera tan intenso.

Matteo y yo nos apartamos rápidamente, ambos sofocados. Me siento y arreglo mi cabello desordenado, mientras él se incorpora con una expresión indescifrable en el rostro. Aunque no dice nada, noto un leve sonrojo en sus mejillas, lo que solo hace que mi propio rubor aumente.

—No ha sido nada —respondo, de manera despreocupada, aunque mi voz traiciona el nerviosismo que siento.

Matteo extiende su brazo para ayudarme a levantarme, y cuando nuestras manos se tocan, la electricidad vuelve a recorrer mi cuerpo. Nos miramos un segundo más antes de soltar nuestras manos, ambos tratando de actuar como si nada hubiera pasado.

Tras la confusión, subo a darme una ducha para quitarme el polvo del hueco. Bajo enseguida y los encuentro esperándome para comer algo de almuerzo en el jardín. Nos sentamos bajo un árbol frondoso que nos ofrece sombra, y aunque intento concentrarme en la comida, mi mente

sigue volviendo al momento en que Matteo y yo estuvimos tan cerca. Siento que mis emociones están fuera de control, pero trato de disimularlo lo mejor que puedo. No puedo permitirme distraerme de lo que realmente importa.

Después de comer, saco mi *tablet* y me concentro en las fotos que tomé dentro del hueco. A medida que examino las imágenes, utilizo un *software* especial que me ayuda a mejorar la calidad de las fotos, revelando detalles que a simple vista no había notado. Matteo se sienta a mi lado, observando en silencio mientras trabajo. Nuestras rodillas se rozan de vez en cuando, y aunque intentamos mantener la concentración, la tensión que siento sigue siendo abrumadora y me pregunto si él también la siente.

—Mira esto —le digo, señalando una de las fotos.

El *software* ha resaltado un detalle en una de las cajas. Parece una inscripción, algo tallado en la madera. A medida que acerco la imagen, las letras se hacen más claras.

—Es latín —susurra Matteo, inclinándose hacia mí para ver mejor—. *Tempus veritatis.*

—El tiempo de la verdad —traduzco, sin apartar la vista de la pantalla.

Está muy claro que hay algo escondido en esas cajas, algo que ha estado oculto durante años, y que está relacionado con el pasado de la villa. La emoción me invade de nuevo, pero también un temor latente. ¿Qué es lo que hemos encontrado realmente?

Matteo se recuesta en el respaldo de la silla, con la mirada fija en las colinas a lo lejos, mientras parece reflexionar.

—Lo que hemos encontrado... —empieza a decir, con la voz más tranquila—, podría significar muchas cosas.

Asiento, sabiendo que tiene razón. Este descubrimiento no es solo sobre arte, es sobre la verdad que la villa ha estado ocultando durante tanto tiempo. Y aunque no sé a dónde nos llevará todo esto, sé que no será fácil.

—¿Y cómo vamos a sacar las cajas sin romper toda la pared? —pregunta Vittorio—. Necesitamos un plan que nos favorezca. Lo que hay ahí dentro, al menos de momento, te pertenece, Matteo. ¿Qué quieres hacer?

—¿Seguro que no podemos abrir más sin afectar a los frescos del otro lado?

—Las cajas son grandes. Va a ser complicado —añado.

—Siempre podemos abrir y volver a cerrar.

—Muy fácil, primo, pero si viene una inspección verá que es ladrillo nuevo.

—Creo que…, —digo acariciándome la barbilla mientras pienso—, podría entrar de nuevo y abrir las más pequeñas. Lo que necesito es una linterna más potente para ver mejor.

—Veré si Moretti tiene alguna. Entonces, ¿mañana vuelves a entrar?, ¿estás segura?

—Totalmente —afirmo.

—Bien, será sin mí —nos informa Vittorio—. Me marcho ya. Mañana me espera un día duro

en los juzgados. Mantenedme informado.

Vittorio se levanta tras despedirse y nos deja solos en ese maravilloso paraje con dos misterios por descubrir: lo que oculta la doble pared y lo que ocurre entre nosotros.

CAPÍTULO 8

Matteo

Hoy me he vestido de manera muy diferente a lo que es habitual en mí. Llevo unos pantalones cargo oscuros y una camiseta de algodón ajustada, listo para un día de trabajo físico que requiere algo más práctico. He decidido acompañar a Laura en la exploración de lo que encontramos ayer, aunque no entraré en el hueco. Ese es su terreno y yo vigilaré y ayudaré desde fuera.

Cuando bajo a desayunar, me dice la señora Moretti que Laura ya está trabajando. Tomo algo con prisa y acudo a la sala donde la encuentro preparándose. Laura está de pie, ajustándose un pañuelo en la cabeza que le proteja el pelo y para mantenerlo apartado. Viste unos pantalones amplios y cómodos, junto a una camiseta gris ajustada que resalta sutilmente su figura. Cuando nota que he llegado, nuestras miradas se encuentran, y veo un destello de sorpresa en sus ojos cuando observa, imagino que sorprendida, mi inusual atuendo. Quizás no esperaba verme así, con un aspecto más relajado y menos formal.

—Buenos días —dice, con una sonrisa tímida, mientras sigue atándose el pañuelo.

—Buenos días —respondo, inclinando ligeramente la cabeza. Aunque trato de ser lo más natural posible, noto que mi voz es más grave de lo habitual.

La tensión entre nosotros sigue en el aire, pero no digo nada. Solo observo cómo se ajusta las herramientas de trabajo alrededor de la cintura y prepara la linterna que Moretti nos ha dejado.

—Lista. Ha llegado el momento —dice Laura con convencimiento, mientras se agacha para pasar por el estrecho hueco.

Me quedo de pie, a su lado, observándola mientras se introduce en el espacio que Moretti dejó preparado la tarde anterior, dispuesto a ayudar en cuanto lo necesite. Una vez dentro del angosto espacio, le paso la linterna ya encendida, proyectando haces de luz que bailan sobre las paredes mientras ella avanza. Mi cuerpo se tensa de manera instintiva. Una sensación de ansiedad y nerviosismo me atraviesa el pecho como una lanza, mientras la veo desaparecer en la oscuridad del hueco.

—Ten cuidado —le advierto como si no lo supiera ya.

Ella asiente sin mirarme, completamente concentrada en su tarea. Me quedo esperando, de pie, a la entrada del hueco, con las manos apoyadas en los muslos y la mente en mil lugares a la vez. Cada segundo que pasa me parece eterno. Mi corazón late más rápido, y me doy cuenta de que estoy más preocupado por ella que por lo que vaya a encontrar. No es normal que me sienta así. Estoy acostumbrado a mantener el control en todo momento, pero con Laura, parece que todo ese control se desmorona.

Dentro del hueco, escucho cómo se mueve con cautela. El espacio es reducido, y puedo oír sus suaves respiraciones mientras trabaja con cuidado. La luz de la linterna parpadea, proyectando sombras en la pared frente a mí. Intento mantenerme calmado, pero cada sonido que proviene del hueco me pone en alerta.

—Aquí hay algo —dice de repente, con la voz amortiguada por la distancia y el eco en las paredes.

Mis músculos se tensan al escucharla. Mi cuerpo se inclina ligeramente hacia la abertura, como si pudiera ver mejor lo que ella está descubriendo, pero sé que no puedo. Estoy atrapado fuera, esperando. Me paso una mano por el pelo y doy un paso atrás, intentando controlar la impaciencia que empieza a apoderarse de mí.

—¿Qué es? —pregunto, con aparente calma, aunque seguro que mi voz revela mi ansiedad.

—Todo está embalado como si fueran cuadros. En el suelo hay... una caja más pequeña —responde Laura, y puedo escuchar cómo mueve algo en el interior. Los ruidos son suaves y el eco rebota en el espacio cerrado—. De las grandes hay varias…, no sé cuantas, pero más de diez seguro, todas cubiertas con telas. Algunas parecen estar selladas.

La escucho maniobrar entre los objetos y examinar cada uno con cuidado. El silencio pesa, pero me esfuerzo por mantener la calma, aunque cada segundo que pasa sin verla me hace sentir más inquieto.

—¿Estás bien?

—Sí. Voy a revisar más de cerca —afirma.

Su linterna ilumina de manera intermitente las sombras que se filtran por el hueco, y en ese instante siento una punzada de preocupación. Sé que Laura es experta en su campo, que puede manejar estas situaciones con profesionalidad, pero no puedo evitar sentir un extraño instinto de protección hacia ella.

—Cuidado con la estructura —le recuerdo, casi como un reflejo.

—Lo sé, voy con cuidado —me responde. En su tono creo apreciar con una leve sonrisa, aunque no la vea.

Unos segundos después, el sonido de la madera crujiente llena el aire, seguido de un susurro de sorpresa por parte de Laura.

—Matteo, creo que he encontrado algo importante —dice, con la voz más tensa, pero también más emocionada, y yo me alegro de que por fin me tutee y me llame por mi nombre.

—¿Qué es? —pregunto de nuevo, inclinado hacia el hueco, deseando poder estar dentro para ver lo que ha descubierto.

—Junto a la caja pequeña hay un sobre grande precintado en plástico. Parecen documentos —me informa. Escucho cómo su respiración se agita mientras lucha por extraerlo con cuidado—. El sobre tiene sellos que parecen oficiales, estoy casi segura. Deberíamos verlos con calma.

El aire se vuelve más tenso a mi alrededor mientras escucho cómo Laura lucha por sostener el documento con cuidado, evitando dañar cualquier detalle importante. Mis ojos están fijos en la

entrada del hueco, esperando verla salir con el hallazgo.

—Voy a salir con él y lo examinamos —anuncia finalmente, y me preparo para ayudarla.

Extiendo mis manos hacia ella cuando sus pies empiezan a asomarse por la abertura. La tomo de los brazos para estabilizarla mientras sale del hueco, el calor de su cuerpo se traslada a mis manos. Cuando finalmente sale por completo, nuestros cuerpos quedan peligrosamente cerca, como si estuviéramos en un espacio demasiado pequeño para los dos y no en una inmensa sala.

Nuestras miradas se encuentran, y el tiempo parece detenerse de nuevo. Mi respiración se vuelve irregular al notar su piel cubierta de polvo, y a pesar de eso, no puedo evitar sentir una atracción intensa por ella. Su pecho sube y baja, sus mejillas están sonrosadas y puedo sentir el calor que emana de su cuerpo mientras todavía la sujeto por los brazos.

El silencio entre nosotros es tenso, cargado de una energía que lo embadurna todo. Laura parpadea, y por un instante, parece que ninguno de los dos sabe qué hacer o qué decir. Me esfuerzo por alejarme, soltar sus brazos, pero algo en mi interior me pide que me quede cerca.

—Gracias... —susurra Laura, con una voz apenas audible, pero llena de significado.

La tensión no desaparece, solo se transforma en algo más profundo. Siento que si me quedo un segundo más, perderé el control que he mantenido durante tanto tiempo. Así que me aparto bruscamente, como si algo en mí se negara a seguir explorando lo que está surgiendo entre nosotros.

—Vamos al jardín —digo, con la voz más áspera de lo que pretendía—. Debemos revisar ese documento con calma y allí estaremos más frescos.

Laura asiente, todavía recuperándose del momento, y juntos nos dirigimos al jardín, donde el sol brilla con suavidad sobre la hierba y los árboles nos ofrecen una sombra acogedora. Por el camino le he pedido a la señora Moretti que nos saque un refrigerio, imagino que Laura debe estar sedienta. Nos sentamos bajo el mismo árbol frondoso de siempre, y Laura saca con cuidado el documento del hueco que lo protegía.

Abre el sobre que, por suerte, no está franqueado, con manos temblorosas, y saca un documento viejo, cuidadosamente preservado. Al acercarlo a la luz del día, vemos que está mecanografiado y lleva la firma del mismísimo rey Víctor Manuel III, con los sellos correspondientes. Data de 1943. Mis ojos recorren las palabras mientras intento leerlas, pero la emoción me hace ir tan deprisa que no me estoy enterando de casi nada.

—Es un documento oficial —susurra Laura—. Tiene sellos... sellos antiguos, de la última época de la Segunda Guerra Mundial, cuando Mussolini perdió el poder y el rey firmo un armisticio con los aliados. Parece... una especie de registro de propiedad... o una orden de confiscación.

—¿De pinturas? —pregunto, inclinándome hacia ella.

—Sí, parece que sí —Laura examina con más detalle las líneas de texto, y veo una preciosa expresión en su rostro que pone cuando está completamente concentrada en las palabras—. Habla de una colección que se ocultó para protegerla durante la guerra, cuando luchábamos unos contra otros en Italia. Hay nombres... algunos de los artistas son italianos... y de otros países

europeos.

Siento cómo la gravedad de lo que hemos encontrado cae sobre mis hombros. Este documento podría ser la clave para descubrir lo que mi abuelo ocultó durante tantos años, algo que siempre estuvo presente en las leyendas de la villa, pero nunca en hechos concretos.

—Entonces, no era un ladrón. Esto cambia todo —digo, en voz baja, casi para mí mismo.

—¿Un ladrón?

—No sé si has leído sobre esto, supongo que sí, pero durante años se acusó a mi abuelo de haber robado unas pinturas y ahora resulta que…, que solo las guardaba.

Nos quedamos en silencio de nuevo, esta vez no por la tensión entre nosotros, sino por la magnitud de lo que acabamos de descubrir. No se trata solo de restaurar la villa, sino de desenterrar un secreto que podría tener repercusiones mucho más grandes de lo que habíamos previsto.

Laura me mira con seriedad, y en sus ojos veo el reflejo de la emoción y la preocupación.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —pregunta—. ¿Deberíamos dar parte?

No tengo una respuesta inmediata, pero sé que lo que hemos encontrado es solo el principio de algo mucho más grande. Nos espera un camino largo y lleno de preguntas sin respuesta, pero al menos, no estoy solo en esto. Laura está aquí conmigo, y habrá que comunicarlo a Vittorio para que se haga cargo de la parte legal antes de dar parte.

Miro a Laura y mi sonrisa la envuelve de una manera que se sonroja. Eso, me digo a mí mismo, debe ser bueno. Mejor que todos los descubrimientos de pinturas del mundo.

CAPÍTULO 9

Laura

Despertar sabiendo que hoy viajaré a Roma con Matteo me tiene los nervios a flor de piel. El hecho de ir juntos en su coche, compartiendo las tres horas de trayecto que dura, me inquieta casi más que volver a Roma, ciudad de la que salí huyendo y a la que no deseo volver, al menos de momento. Por supuesto, voy porque el motivo del viaje es de vital importancia: hablar con mi antiguo profesor y mentor en la Universidad sobre los documentos que encontramos ayer. Aun así, no puedo evitar sentir un nudo en el estómago, y no solo por la emoción de lo que podríamos descubrir, sino porque me afecta estar cerca de él y por el miedo de encontrarme con Teo por los pasillos de la universidad.

Después de tomar una ducha rápida y prepararme, opto por un *look* sencillo y cómodo para viajar. Me pongo unos vaqueros y una camisa blanca que acompaño con una chaqueta roja. Lo combino con mis Old Star también rojas y me recojo el pelo en un moño suelto, dejando que algunos mechones caigan de manera natural sobre mi rostro. Meto una muda, por si acaso, en mi mochila junto con mi *tablet*, me maquillo ligeramente, solo lo justo para sentirme presentable, y me echo un último vistazo al espejo antes de salir de mi habitación.

Cuando bajo, encuentro a Matteo esperando en la entrada de la villa, con su mirada fija en el teléfono móvil mientras gestiona algunos asuntos de última hora. Está vestido con unos pantalones chinos color beige y una camisa azul claro que le sienta demasiado bien. Se ha remangado las mangas hasta los codos, y su aspecto es informal pero pulcro, como siempre. Lo observo durante un segundo más de la cuenta antes de que levante la vista y me dedique una sonrisa que hace que el nudo en mi estómago se apriete aún más.

—¿Lista? —pregunta, guardando el móvil en el bolsillo trasero de sus pantalones y por su expresión sé que le gusta lo que ve.

—Lista —respondo, aunque no estoy del todo segura de que lo esté. Los nervios revolotean en mi interior mientras cruzo el umbral para dirigirme al coche que Matteo ha aparcado justo frente a la villa.

Es un Maserati Levante, un SUV de lujo que me intimida tanto como el hombre que lo conduce. Matteo me abre la puerta del copiloto, con una amabilidad que no esperaba, y yo subo con cuidado, intentando disimular el temblor de mis manos. Mientras me ajusto el cinturón, noto que él me observa de reojo, como si estuviera evaluando algo que no alcanza a decir en voz alta.

—Es cómodo, te prometo que ni notarás el viaje —dice con una sonrisa que me relaja un poco.

—Me fío de ti —respondo, sin saber muy bien por qué esa frase me hace sentir una calidez inesperada.

Matteo arranca el coche, y en cuanto salimos del camino de grava de la villa para adentrarnos en las carreteras toscanas, el silencio entre nosotros es cómodo, pero cargado de cierta tensión. No hablamos mucho durante los primeros minutos del trayecto, y yo aprovecho para mirar por la ventana, tratando de distraerme con el paisaje, aunque en el fondo no puedo dejar de pensar en lo que va a suceder cuando lleguemos a Roma. No es solo el misterio que rodea a los documentos, sino también la posibilidad de ver a Teo en la universidad. Mi relación con él fue complicada, y la idea de un reencuentro me genera más ansiedad de la que quisiera, ya que salí sin decirle nada y desde entonces no he encendido mi viejo móvil. Solo Claudia y mis padres saben dónde estoy y son los únicos de mi entorno que tienen mi nuevo número de teléfono.

El calor del sol que entra por la ventana y el suave ronroneo del motor me hacen sentir una extraña somnolencia. Sin darme cuenta, el cansancio acumulado de los últimos días me vence, y poco a poco me voy quedando dormida.

Me despierto cuando estamos entrando en Roma, el paisaje urbano y la energía de la ciudad desfilan por la ventana. Matteo me lanza una mirada rápida mientras maniobra el coche por las calles estrechas, y por un segundo, el contacto visual me deja sin palabras. Aún me siento vulnerable después del descubrimiento de las cajas ocultas en la villa. El peso de todo lo que hemos encontrado, y lo que podría significar, está sobre nosotros.

—Estamos llegando —dice Matteo, con esa voz grave y calmada que parece siempre tener el control de la situación.

—Siento haberme quedado dormida.

—No te preocupes. Lo necesitabas, sin duda.

Asiento mientras intento despejarme del todo. Nos dirigimos directamente a la universidad, donde el profesor Rinaldi ya nos está esperando. Caminar por esos pasillos tan familiares me causa una mezcla de nostalgia y ansiedad, aunque intento mantener el tipo delante de Matteo. No quiero pensar en lo que me empujó a dejar Roma de esa manera, pero aquí estoy, de frente a mi pasado, mientras busco respuestas sobre la historia oculta de la villa.

El profesor Rinaldi es una figura impresionante. Nos recibe en su despacho, un lugar abarrotado de libros y documentos antiguos que huelen a papel viejo y tinta. Me hace sentir en casa y, al mismo tiempo, nerviosa por lo que vamos a desvelar.

Después de que Matteo le explique el hallazgo, el profesor examina el documento con una concentración absoluta. Mientras él lo revisa, no puedo evitar echarle una mirada a Matteo. Está más serio de lo habitual, pero noto en su expresión algo de alivio. Imagino que, para él, esto podría ser un punto de inflexión, algo que cambie la oscura historia familiar que ha cargado durante tanto tiempo.

—Este documento es crucial —reconoce el profesor Rinaldi, alzando la vista hacia nosotros con una leve sonrisa—. Habla de una serie de pinturas que fueron ocultadas durante la Segunda Guerra Mundial para evitar su confiscación por los alemanes, tras la separación de Italia en dos. Este tipo de registro es muy raro, porque la mayoría de las veces, las obras se perdían, eran

robadas o destruidas. En este caso, parece que quien estaba a cargo de la villa, probablemente su abuelo, señor Fontana, fue el encargado de protegerlas.

Matteo permanece en silencio, asintiendo lentamente mientras el profesor continúa.

—Lo que es sorprendente es que se ha sabido muy poco de esta colección. Se creía que las pinturas habían desaparecido para siempre, que fueron robadas, y este documento sugiere lo contrario. Si estas obras siguen existiendo, estamos hablando de un hallazgo increíble —añade el profesor con entusiasmo, sin poder ocultar la emoción en su voz.

Observo a Matteo, que parece procesar todo lo que está escuchando. Por fin, se permite un respiro profundo, como si por primera vez en mucho tiempo, algo dentro de él hubiera hecho *clic*.

—Así que mi abuelo no era un ladrón, como le acusaban —murmura Matteo, con un tono más reflexivo que eufórico.

—Al contrario —responde Rinaldi—. Si todo esto se confirma, su abuelo fue un salvador, alguien que arriesgó mucho para preservar el arte de la nación.

El alivio en el rostro de Matteo es evidente, pero también puedo ver que sigue preocupado. La magnitud de lo que estamos descubriendo es demasiado grande, y él no se deja llevar fácilmente por el entusiasmo. El profesor Rinaldi promete que ayudará a llevar todo el proceso con confidencialidad, y eso parece tranquilizarlo un poco.

—Si les parece bien, podemos vernos mañana y les comento lo que haya podido averiguar hoy.

Nos despedimos hasta el día siguiente y a mí se me hace un nudo en el estómago. ¿Dónde voy a dormir?

Cuando salimos de la universidad, Matteo se queda en silencio mientras camina a mi lado. Siento que algo no encaja en su cabeza, pero prefiero no preguntar. Él tampoco me dice nada sobre lo que está pensando, pero su expresión es una mezcla de alivio y preocupación. Me pregunto si confía realmente en lo que el profesor nos ha dicho, o si todavía tiene dudas.

—¿Está todo bien? —le pregunto de manera ambigua, rompiendo el hielo.

—Sí, solo trato de atar cabos entre mis recuerdos y lo que nos ha contado el profesor Rinaldi. Bueno, mañana sabremos más. Menos mal que he reservado una habitación en un hotel por si acaso la reunión se alargaba —me informa, mirando al horizonte con una leve sombra en sus ojos.

—¡Qué previsor! —le alabo bromeando, pero en realidad con una preocupación añadida que me corroe por dentro. No quiero regresar a mi casa, donde sé que está Teo. Aún no estoy lista para ese enfrentamiento, aunque sé que no podré evitarlo eternamente. Sin embargo, tampoco quiero contárselo a Matteo o hacerlo sentir incómodo. Tendré que improvisar.

—¿Te llevo a alguna parte? No te he preguntado, pero imagino que querrás ir a tu casa, ya que estás aquí.

—Sí, claro —afirmo a media voz cuando llegamos al coche que nos esperaba en el

aparcamiento de la universidad.

—Aunque, si no tienes que ver a nadie, podríamos cenar juntos.

Su propuesta me sorprende. Imaginaba que alguien como él tendría compromisos en la capital. Le pido que me deje en la puerta de su hotel y que ya iré caminando, sin especificar a donde.

Llegamos hasta el exclusivo Hotel Eden, cerca de Via Veneto y de la plaza de España, y me quedo sin palabras. Había pasado por delante varias veces, pero nunca me había fijado en el lujo que derrocha. Miro hacia arriba y veo una terraza desde la que estoy segura de que las vistas deben ser alucinantes. Trato de quitarme la cara de boba que seguro he puesto para despedirme de Matteo e irme hacia no sé dónde.

Me siento en una cafetería para hacer tiempo mientras le doy vueltas a todo. Está claro que no puedo ir a casa para no encontrarme con Teo y a ningún otro sitio de amigos o familia porque podría enterarse, además de que no quiero hablar de ese tema. Ni siquiera Claudia me puede ayudar esta noche, ya que tendría que explicar qué hago en Roma y el asunto de las pinturas es confidencial. No me queda más remedio que alojarme en algún hotel que no tendrá ni de lejos el lujo del de Matteo.

Tomada la decisión, me levanto y me doy un paseo callejeando por la zona. Entro en algunas tiendas, solo por matar el tiempo, con el peligro que eso tiene de pecar. Y peco. Hay un vestido maravilloso al que no le puedo quitar la vista. Me lo pruebo convencida de que una vez puesto no me va a gustar, pero me encanta y decido que ya no me lo quito, es ideal para la cena con Matteo y así, al verme con ropa diferente, pensará que he ido a mi supuesta casa.

Llego puntual a la puerta del hotel donde hemos quedado para ir a cenar, con mi vestido nuevo y la mochila, que no pega nada, a mi espalda.

—Estás preciosa —me dice Matteo nada más verme, saltándose todo el protocolo de jefe, y me halaga más que si viniera de cualquier otro porque ya me he dado cuenta de lo que le cuesta expresar sus emociones.

El restaurante que ha elegido es encantador. Está escondido en una callejuela del Trastevere, con mesas cubiertas de manteles blancos, velas y flores frescas. El ambiente es íntimo, y la luz tenue que nos envuelve me transmite una calidez que me relaja.

Durante la cena, hablamos de todo menos de las pinturas y la villa. Matteo me cuenta sobre su infancia en Florencia, sus veranos en la villa antes de que todo cambiara, y sobre su vida familiar. Yo le hablo de mi vida en Estados Unidos y cómo llegué a Roma para estudiar arte. Hablamos de nuestras familias, de los lugares en los que hemos vivido, de los pequeños detalles que forman quiénes somos.

Es sorprendente lo fácil que es hablar con él cuando la conversación no gira en torno a secretos o tensiones. Me sorprende descubrir que tenemos muchas cosas en común, como la pasión por viajar y por las culturas antiguas. Pero también me doy cuenta de que hay muchas cosas que no me cuenta. Matteo es un hombre reservado, pero esa noche siento que, al menos un poco, me está dejando entrar en su mundo.

Mientras bebemos el último sorbo de vino, noto que nuestras miradas se cruzan más de lo habitual, pero no hay palabras que expliquen lo que está ocurriendo entre nosotros. La tensión está ahí, pero es sutil, como una corriente que nos envuelve, pero que ninguno de los dos se atreve a explorar. Trabajo para él, así que cualquier tipo de acercamiento está fuera de lugar.

Al terminar la cena, decidimos caminar un poco por las calles empedradas de Roma, disfrutando del aire fresco de la noche. El Trastevere es uno de mis lugares favoritos, y aunque he estado aquí mil veces, esta vez es diferente. Matteo camina a mi lado, en silencio, y yo disfruto del momento, sintiéndome más conectada con él de lo que hubiera imaginado.

Cuando llegamos al hotel, nos detenemos frente a la entrada, y él me ofrece llevarme hasta mi casa, pero rechazo la oferta con una sonrisa.

—No te preocupes, tomaré un taxi —le digo, aunque en realidad no tenga intención de hacerlo.

Matteo asiente, y por su mirada creo que duda, como si supiera que algo no encaja. Nos despedimos, pero en lugar de tomar un taxi, decido caminar un poco más, buscando un lugar tranquilo donde sentarme a pensar. Encuentro un banco en una pequeña plaza y me siento, saco el móvil y repaso mi agenda por si hay alguien a quien llamar. Mi mente está nublada, y la ansiedad vuelve a aparecer. No quiero volver a mi casa, no quiero enfrentarme a Teo, pero tampoco quiero preocupar a Matteo.

Me meto en Internet para buscar alguna habitación libre en los hoteles cercanos más económicos, cada vez más nerviosa, cuando, de repente, escucho una voz familiar detrás de mí.

—¿Estás bien? ¿Hay algún problema?

La voz de Matteo me llega como un soplo de aire fresco que me provoca un escalofrío. ¿Qué le digo? Al levantar la vista, lo veo ahí, de pie frente a mí, con las manos en los bolsillos y esa mirada que parece verlo todo. No sé qué decir, estoy bloqueada, pero sé que él está esperando una respuesta.

CAPÍTULO 10

Matteo

Cuando Laura me contó durante la cena que aceptó el trabajo en la villa huyendo de su ex, aunque no me dio detalles de lo que pasó, me sentí conmovido de una manera que no esperaba. Verla tan vulnerable, tan llena de emociones contenidas, me hizo querer protegerla de todo lo que la rodeaba, incluso de ese pasado que la perseguía. Cuando nos despedimos frente al hotel, decido seguirla porque estoy preocupado. La veo pasar de largo de la parada de taxis y caminar hacia la plaza. Pero no es solo por eso, sino por un detalle que me tenía intrigado toda la noche. Ese pequeño detalle es el de que lleva su mochila siempre a cuestas, como si no hubiera pasado por su casa a dejarla, como si algo la obligara a seguir llevándola consigo. Ese detalle es lo que me hace dudar, lo que ha encendido la chispa de mi inquietud y me lleva a observarla con más atención cuando nos despedimos.

Está allí, en la plaza, sentada en un banco, mirando su móvil con expresión nerviosa. Su belleza es indiscutible, pero en ese momento, es su fragilidad lo que más me llama la atención. Está tratando de ocultar algo, de protegerse de algo, y yo no puedo quedarme al margen.

Me acerco a ella en silencio, y cuando levanta la vista, veo el sobresalto en sus ojos. Es como si no esperara verme allí, como si su plan hubiera sido improvisar una solución que no involucrara a nadie más.

—¿Estás bien? ¿Hay algún problema? —pregunto con suavidad, intentando no parecer intrusivo, aunque sé que lo estoy siendo.

Laura me mira durante unos segundos, como si estuviera debatiendo internamente qué decirme. Finalmente, deja escapar un suspiro y niega con la cabeza.

—No… bueno, sí. Es complicado —admite en voz baja, y calla como si quisiera elegir qué palabras darme.

Me siento junto a ella en el banco que ocupa en la plaza, bajo las luces tenues de las farolas que iluminan las calles empedradas de Roma. Hay algo en esa noche que hace que todo parezca más íntimo, más personal. Le pregunto con delicadeza qué está pasando y, aunque al principio duda, acaba contándome su historia. Me habla de Teo, su ex, a quien había dejado tras descubrirlo en una situación muy comprometida con una alumna en su despacho. Supongo que por respeto a mí no me dice con todas las palabras que se estaba tirando a la chica, pero lo imagino. Me explica cómo salió de Roma de manera impulsiva, sin mirar atrás, y cómo todo eso la ha dejado en una situación emocional difícil. Por eso aceptó el trabajo en la villa; necesitaba escapar, encontrar algo que la desconectara de todo lo que había vivido las últimas semanas.

Mientras la escucho, siento por ella una mezcla de empatía y admiración. Laura ha sido lo suficientemente fuerte como para romper con todo y buscar una nueva vida. Sin embargo, también me doy cuenta de lo mucho que le ha afectado esa traición, cómo ha dejado cicatrices profundas en su alma. Verla así, tan vulnerable y abierta conmigo, me hace sentir una conexión aún más fuerte de lo que ya estaba empezando a sentir.

—Entiendo por qué no querías volver a tu casa —le digo, intentando ofrecerle algún tipo de consuelo—. No te preocupes. Te quedas en el hotel.

Ella me mira, agradecida por mis palabras, pero también veo en sus ojos una sombra de preocupación.

—No, ni hablar. Buscaré otro tipo de hotel —murmura.

Niego con la cabeza y sonrío.

—No lo vas a hacer. Y, de hecho, estás en Roma por trabajo y me corresponde pagar la estancia. Si no te dije nada es porque asumí que irías a tu casa, pero en estas circunstancias es un viaje de trabajo y como tal, me corresponde asumir los gastos. Te quedas en el hotel esta noche. Vamos a encontrar una solución para que estés cómoda.

Nos dirigimos de nuevo al hotel, y al llegar a la recepción, pido una habitación para ella.

—No nos quedan ninguna, señor Fontana, el hotel está al completo. Lo siento.

Las palabras de la recepcionista me rompen. ¿Qué hacemos ahora?

—No hay habitaciones disponibles, Laura, pero puedes quedarte en mi suite. Es muy grande, y tiene dos estancias. Puedes dormir en la habitación y yo en la salita. Así no tendrás que preocuparte por buscar dónde quedarte —le digo, intentando sonar lo más tranquilo y natural posible.

Laura me mira con una mezcla de sorpresa y duda. Es evidente que no se siente cómoda, pero creo que es mejor que enfrentarse a su ex. Tras dudarlo unos segundos, asiente.

—De acuerdo, pero insisto en pagarte mi parte —dice, con una sonrisa tímida.

—Ni lo pienses —replico—. Ya te he dicho que este viaje corre de mi cuenta. Estamos aquí por trabajo, no tienes que preocuparte por nada.

Antes de subir, pido en recepción que preparen el sofá de la sala como cama y me alegro de que no le den importancia a mi solicitud. Una virtud de este tipo de hoteles de alto *standing* es que nunca preguntan ni ponen cara de sorpresa por más extraña que sea la petición del huésped.

Cuando llegamos a la habitación, le muestro el lugar con un gesto, tratando de que se sienta lo más cómoda posible. La suite es enorme, lujosa, con un estilo moderno que contrasta con el encanto antiguo de la ciudad que nos rodea. Laura se mueve con cautela, como si no quisiera invadir mi espacio, y yo intento relajar el ambiente.

—¿Cómo te sientes? —le pregunto, al notarla aún un poco nerviosa.

—Me siento… mejor, gracias —admite con una sonrisa cohibida que me desarma por completo.

—Me alegro de que sea así. Tómate todo el tiempo que necesites, si quieres ir al baño…, lo que necesites. Yo espero. Si lo prefieres, bajo al bar y subo dentro de un rato.

—Oh, qué considerado —sonríe—. No hace falta. Me he criado con dos hermanos.

Laura se va al baño a refrescarse y sale al cabo de diez minutos durante los que me ha dado tiempo a ponerme ropa cómoda. Se ha puesto un albornoz que, aunque es más largo de lo que imaginé al verlo colgado en el baño, revela sus preciosas piernas. Durante todo este tiempo en la villa, la he visto siempre vestida con ropa de trabajo, amplia y cómoda, o bien en situaciones más formales, como durante nuestra cena. Pero ahora, verla con esa prenda sencilla, suelta, casi desnuda, me deja sin aliento y me cuesta reaccionar.

Es hermosa, sí, pero más allá de eso, emana una sensualidad natural en ella que no me pasa desapercibida. Me cuesta mantener la naturalidad mientras hablamos, pero mi sensatez me recuerda que no debo dejarme llevar por esa atracción que crece cada vez que la veo.

Nos sentamos en el pequeño salón de la suite, y aunque intentamos mantener la conversación en las cuestiones que nos ha hecho el profesor, siento una tensión que debo atajar antes de que pierda la cordura. No sé qué tiene esta mujer que está revolucionando mis cimientos. Cada vez que nuestras miradas se encuentran, algo en el aire cambia, como si las palabras ya no fueran suficientes para expresar lo que estamos sintiendo.

La incomodidad que presiento en Laura no es la habitual de los primeros días, en lo que yo no era más que un jefe algo peculiar. Hoy hay algo más en el ambiente que nos envuelve y a lo que no quiero poner nombre. La miro con cautela, y cuanto más la observo, más difícil me resulta mantener las distancias. Siento una atracción por ella que me ha sorprendido, no me lo esperaba a estas alturas de mi vida, y cada vez que estamos juntos, esa atracción crece. Intento mantenerme bajo control, pero es como si Laura tuviera una especie de imán que me atrae hacia ella, a pesar de todas las barreras que me he impuesto.

Ella también parece nerviosa, su respiración se vuelve más rápida cada vez que nuestras miradas se cruzan, y sus manos juguetean con los pliegues del albornoz como si buscara algo en lo que concentrarse para no pensar en la situación que estamos viviendo.

—Gracias por todo esto, Matteo. No sé cómo habría hecho sin tu ayuda esta noche —dice de repente, cambiando de tema.

—No tienes que agradecerme nada —respondo, con una sonrisa—. Mientras sigamos con este proyecto, estoy aquí para lo que necesites.

Observo sus labios cuando me habla y en lo único que pienso es en besarlos. Pero me contengo. No es el momento ni el lugar para dejarme llevar por esos impulsos. Laura, además, está pasando por mucho, y lo último que necesita es complicar las cosas aún más, con un tipo como yo.

Es el momento de despedirnos para ir a dormir. Ella se retira a la habitación, tras discutir porque no quería dejarme a mí el sofá, y yo me quedo en la salita, acompañado de mi erección. No veo más solución que darme una ducha fría.

Me quedo despierto un buen rato, pensando en todo lo que ha pasado ese día, en lo que hemos

descubierto y en lo que he aprendido sobre Laura. No puedo quitarme de la cabeza la imagen de ella con ese albornoz, y esa mezcla de fortaleza y vulnerabilidad que la hace tan especial.

Quiero pensar que esto es solo una atracción superficial, y que terminará cuando acabemos con la restauración, pero algo en mi interior me dice que no. Lo que estoy empezando a sentir por Laura va mucho más allá de lo físico, y aunque me asusto solo con pensarlo, también me intriga. No tengo ni idea de lo que va a pasar a partir de ahora, pero una cosa sí tengo clara y es que Laura ha entrado en mi vida de una manera especial y nueva, y de alguna manera, eso me hace plantearme muchas cosas sobre mí mismo y la vida que llevo frente a la que deseo. Debo ser precavido y acabar con esto cuando antes. No soy hombre para ella ni quiero ser su consuelo ante lo que le acaba de ocurrir.

CAPÍTULO 11

Laura

Matteo se ha colado en mis sueños y en mi desvelo. Cada vez que cerraba los ojos, veía su imagen y saber que está al otro lado de la puerta… Lo he sentido cada minuto, tan cerca, tan accesible como si no existiera esa pared entre nuestras habitaciones. La idea de tenerlo tan próximo me inquieta de una manera nueva, diferente, que me hace sentir vulnerable, pero también viva.

El amanecer trae consigo una extraña calma, y aunque sé que hoy tenemos otra reunión con el profesor Rinaldi, no es eso lo que pasa por mi cabeza. Lo que realmente me tiene en tensión es la manera en que Matteo está empezando a ocupar cada uno de mis pensamientos. Anoche, cuando lo vi relajarse, casi a punto de sonreír, sentí que algo en mí se desmoronaba. Me gusta, debo reconocerlo, y eso es peligroso. No puedo permitir que eso ocurra, no ahora cuando mi corazón está herido y él no es más que mi jefe.

Me preparo rápidamente, mientras trato de distraerme para acallar esos pensamientos que me agobian, y me visto con la ropa de ayer, ya que no traje maleta, con mis vaqueros ajustados y una camiseta que metí en mi mochila. Menos mal que lo hice. Al salir del baño veo abierta la puerta que comunica con la habitación de Mateo; me asomo y no está. Miro el móvil y veo un mensaje en el que me dice que me espera en la sala de desayunos. Cuando bajo, lo veo en el vestíbulo del hotel. Matteo está de pie, con las manos en los bolsillos, observando por una ventana mientras la luz suave del día cae sobre su perfil e ilumina sus rizos. Lleva una camisa azul oscuro, perfectamente planchada, que resalta su perfecta complexión. Y aunque parece tranquilo, hay algo en su postura que me dice que está tan perturbado como yo.

—Buenos días —me dice con tono grave, pero hoy hay una calidez que no había notado antes —. ¿Desayunamos? Estaba a punto de entrar.

—Buenos días. Vamos —respondo sonriendo, con una fragilidad en mi voz que delata mi vacilación.

Nos dirigimos a la universidad sin hablar mucho, pero el silencio no es incómodo. Es como si ambos supiéramos que hay algo flotando en el aire, algo que ninguno de los dos está listo para afrontar aún. Me esfuerzo por concentrarme en el día que tenemos por delante, en la reunión con el profesor, pero la proximidad de Matteo, el recuerdo de su cercanía anoche, hace que sea difícil mantener la calma.

Cuando llegamos a la universidad, el profesor Rinaldi nos está esperando en su despacho, rodeado de sus libros y documentos, con ese aire de erudito que siempre lo acompaña. Nos

recibe con una sonrisa amistosa y nos invita a sentarnos.

—Bueno, Laura, señor Fontana, tengo noticias interesantes sobre los documentos que trajeron ayer —empieza el profesor, y veo como sus ojos brillan con entusiasmo—. He estado revisando los registros que me dieron y lo que encontramos es algo realmente excepcional. Estas obras que estaban ocultas en la villa podrían ser una de las colecciones perdidas más importantes de la Segunda Guerra Mundial. Muchas de ellas se consideraban destruidas o robadas durante la contienda, pero este documento sugiere que, en realidad, estaban siendo protegidas.

Matteo se inclina hacia adelante, claramente interesado, pero también hay algo en su rostro que revela el peso que este hallazgo tiene sobre él. No es solo una historia de arte, es la reputación de su abuelo lo que está en juego.

—Así que mi abuelo, Tomasso Fontana, no era un ladrón —dice Matteo en voz baja, más para sí mismo que para nosotros.

—Al contrario, como le dije ayer, ha sido el salvador de estas obras. Según los registros, las pinturas fueron trasladadas a la villa para mantenerlas a salvo hasta que la guerra terminara. Lo que sucedió después es más confuso. Parece que hubo registros que se perdieron, y por eso la historia oficial siempre fue difusa. Pero ahora, con este documento, tenemos pruebas de que su abuelo estaba implicado en un esfuerzo mucho más noble —explica el profesor, entusiasmado.

Matteo asiente lentamente, procesando la información. Puedo ver la mezcla de alivio y sorpresa en su rostro, como si una parte de él hubiera esperado siempre que esta verdad saliera a la luz.

—¿Qué deberíamos hacer ahora? —Esa es la pregunta que todos nos hacemos, aunque sea Matteo el que la formula.

El profesor se queda en silencio unos segundos antes de responder.

—Mi consejo es que sigamos investigando antes de hacer nada oficial. Necesitamos tener un inventario completo de lo que hay en la villa, asegurarnos de que entendemos el alcance de lo que tenemos entre manos. Solo entonces podremos dar parte a las autoridades competentes. Lo último que queremos es crear una situación en la que pierdan el control sobre el proceso.

Matteo asiente de nuevo, claramente de acuerdo. Yo, sin embargo, no puedo evitar sentirme abrumada por la magnitud de todo esto. Sabíamos que el hallazgo era importante, pero ahora parece que hemos desenterrado algo mucho más grande de lo que esperábamos.

Al salir de la universidad, el aire fresco me da una sensación de alivio. Pero esa calma dura poco. Cuando giro la esquina, lo veo. Teo. Está allí, como una sombra del pasado, con esa sonrisa cínica que siempre ha sabido usar en su favor.

—Laura —dice, con un tono que parece amable, pero que yo sé que está lleno de veneno—. Cuánto tiempo, cariño.

Me quedo paralizada, sin saber qué decir. La presencia de Matteo a mi lado me da fuerzas, pero el dolor que me causó Teo regresa de golpe, como una herida que todavía no se ha cerrado.

—Teo, no es el momento —respondo, tratando de mantener la calma.

—¿No es el momento? —se ríe, con tono burlón—. ¿Es que ahora vas por ahí con millonarios para arreglar tu carrera después de destruir la mía?

Sus palabras me golpean como una bofetada. Siento la ira crecer dentro de mí, y antes de darme cuenta, las palabras salen solas.

—¿Mi culpa? —repito, llena de rabia—. ¿Destruir tu carrera? Tú mismo te encargaste de hacerlo cuando me robaste mi trabajo, cuando te apropiaste de mi investigación y la presentaste como tuya. Y no olvidemos lo que encontré cuando fui a pedirte explicaciones… No soy yo la que debería sentirse culpable, Teo. Eres tú.

Mi ex me mira con los ojos entrecerrados, intentando mantener el control, pero puedo ver cómo mi respuesta lo afecta. Durante un segundo, parece que va a decir algo más, pero se contiene, se da media vuelta y se va, dejándome con una mezcla de rabia y alivio.

Matteo no dice nada mientras caminamos hacia su coche, pero noto que me observa de reojo, preocupado. Agradezco que no me presione para hablar, porque en este momento no puedo ni pensar con claridad.

—Vamos a comer algo —sugiere, rompiendo el silencio—. Hay un lugar tranquilo cerca. Necesitas relajarte después de todo esto.

Asiento, sabiendo que tiene razón. No puedo quedarme atrapada en lo que acaba de pasar. Necesito un respiro, algo que me haga desconectar, aunque sea por un rato hasta que mis pensamientos se calmen.

El restaurante es encantador, escondido entre las callejuelas del centro de Roma. Tiene un pequeño jardín lleno de flores, y la atmósfera es acogedora, perfecta para despejar la mente. Nos sentamos en una mesa apartada, rodeados de plantas que nos dan una sensación de intimidad.

Mientras esperamos la comida, finalmente decido hablar.

—Gracias por traerme aquí —comento, sincera—. Lo necesitaba.

Matteo me mira, y en su expresión veo una mezcla de comprensión y algo más, algo que me inquieta.

—No tienes que darme las gracias. Después de lo que pasó, creo que era lo mínimo que podía hacer.

Nos traen la comida, pero apenas puedo concentrarme en los sabores. Mi pensamiento sigue volviendo a Teo, a todo lo que pasó entre nosotros. Finalmente, decido contarle lo que ayer callé.

—Teo… me lo robó todo. Robó mi trabajo, mi confianza, mi paz. Se aprovechó de mí desde el principio, solo quería mi investigación para poder presentarla como suya. Cuando lo tuve claro, con pruebas en la mano, fui a pedirle explicaciones y lo encontré… —mi voz se quiebra por un momento—. Lo encontré con una alumna en su despacho. Me sentí tan estúpida, tan traicionada. Y después de todo, me culpan a mí por lo que pasó.

Matteo permanece en silencio, escuchando cada palabra. Su expresión es seria, pero hay algo en sus ojos que me reconforta, una especie de protección que no esperaba.

—Lo siento, Laura. Siento que hayas tenido que pasar por eso. Pero estás aquí, estás

empezando de nuevo. Y eso dice mucho de ti —me asegura, con una sinceridad que me conmueve.

Nos quedamos en silencio durante unos segundos, solo disfrutando del jardín y de la calma que, poco a poco, vuelve a mí. Pero mientras lo observo, me doy cuenta de que lo que siento por Matteo no es solo gratitud. Hay algo más, algo que no puedo seguir negando. Y aunque me asusta, siento la certeza que estoy ante el comienzo de algo nuevo.

CAPÍTULO 12

Matteo

El aire fresco de la mañana entra por las ventanas abiertas de la villa. En el exterior, los primeros sonidos del día empiezan a mezclarse con el susurro de los árboles cuando los mueve el viento. He salido al jardín temprano, incapaz de quedarme quieto en la habitación. Mi cabeza sigue dándole vueltas a todo lo que pasó ayer en Roma, y a las consecuencias que va a tener. La verdad es que esto se nos está yendo de las manos.

Las pinturas, la acusación de robo de mi abuelo… Cada paso que damos parece conducirnos a una situación más complicada. Y luego está Laura. Algo en ella ha cambiado, está más tensa, más distante. Anoche, durante la cena, la vi relajarse un poco, pero sigue guardando algo dentro que no me deja estar tranquilo. Lo que le ha pasado con Teo debe ser muy gordo para que esté así, a pesar de saber que en mi casa está a salvo.

Vuelvo a entrar en la villa y me dirijo a mi despacho, donde está previsto que tengamos la reunión con Carlo y Vittorio que organicé ayer durante el viaje de vuelta. Cuando llego, Laura ya está allí, revisando papeles, como siempre. La veo mordiéndose ligeramente el labio inferior mientras pasa las páginas con una mirada concentrada, aunque puedo percibir el cansancio en sus ojos. Lleva un sencillo jersey azul claro y unos vaqueros, pero incluso con esa sencillez, hay algo en ella que me atrae como un imán.

—¿Todo listo? —pregunto, con tono despreocupado, mientras me siento frente a ella.

Laura levanta la vista, asiente y suspira ligeramente antes de hablar.

—He revisado los documentos otra vez y el informe sobre el alcance de la protección de la villa. Pero el problema sigue siendo el mismo. No podemos abrir esa pared sin que Patrimonio lo sepa, y si nos pillan sin permiso, las consecuencias serán graves. Podrían incluso requisar la villa.

Su voz es clara, pero el tono revela la preocupación que ambos compartimos. Asiento, mientras apoyo los codos sobre la mesa, entrelazando los dedos. No quiero precipitarme, pero cada día que pasa sin sacar esas pinturas es un día perdido. Si las dejamos ahí mucho más tiempo y la información sale de aquí, podríamos perderlo todo.

Justo en ese momento, la puerta se abre y entran Vittorio y Carlo, hablando en voz baja entre ellos. Vittorio lleva un traje gris impecable, que acompaña a su actitud relajada, pero profesional, mientras que Carlo, con una camisa blanca y la *tablet* en la mano, parece más tenso, como si ya supiera que la situación es delicada.

—Bueno, estamos todos —dice Vittorio, mientras toma asiento y no se me escapa la mirada que le lanza a Laura—. ¿Por dónde empezamos?

—El problema sigue siendo la pared —explico, cruzando los brazos—. No podemos romperla sin que Patrimonio lo sepa, pero no podemos dejar las pinturas ahí. Cada vez estamos más expuestos.

Carlo asiente, pero su ceño fruncido revela sus dudas.

—Lo que tenemos aquí es una trampa, Matteo. Si rompemos la pared, aunque lo hagamos de manera discreta, y Patrimonio lo descubre después, las consecuencias podrían ser catastróficas. No solo podrían requisar la villa, sino también acusarte de esconder información.

—Y si no hacemos nada, perderemos la oportunidad de recuperar una de las colecciones más valiosas de la historia del país —añade Vittorio, cruzando una pierna sobre la otra con su habitual confianza—. Esto no es solo un asunto legal, Carlo. Estamos hablando de una herencia que tiene un valor incalculable.

La habitación se llena de un silencio tenso. Sé que ambos tienen razón. Por un lado, está la ley y lo que podría pasar si nos descubren; por otro, está el legado de mi familia. Necesito encontrar una manera de proteger ambas cosas, pero cada opción parece más arriesgada que la anterior.

Laura toma la palabra. Su voz es firme, aunque noto el leve temblor en sus dedos cuando ajusta los documentos sobre la mesa.

—Debemos centrarnos en lo que ya tenemos. Si seguimos investigando con cuidado, podemos documentar todo antes de hacer cualquier movimiento. No debemos precipitarnos. Además, aún no hemos terminado de revisar el documento que encontramos. Podría darnos más pistas sobre cómo proceder sin llamar demasiado la atención.

Vittorio la mira con aprobación, mientras que Carlo parece pensativo.

—Lo que dice Laura tiene sentido. Si logramos hacer un inventario completo y reunir suficiente información, podemos plantear un plan más sólido. Algo que nos dé una justificación legal antes de involucrar a Patrimonio —dice Carlo, aunque su tono aún refleja preocupación.

Asiento, pese a qué el peso de la responsabilidad sigue aplastándome. No tenemos mucho tiempo, pero tampoco podemos apresurarnos. Debemos ser meticulosos, y eso significa que la paciencia será nuestra única aliada por ahora.

—De acuerdo —concluyo tras escucharlos a todos—. Vamos a seguir revisando los documentos y haciendo el inventario. Pero no podemos esperar mucho más. Si descubrimos que hay una forma de abrir esa pared sin que lo descubran, lo haremos. No quiero perder esta oportunidad.

La reunión termina con un plan, pero no con una solución definitiva. Cuando todos se han ido, me quedo solo en el salón con Laura. La inquietud sigue en el aire, no solo por las pinturas, sino porque creo que mi relación con ella empieza a ser diferente. La miro de reojo, y me doy cuenta de que ella también me está observando. Nuestras miradas se cruzan por un instante, y una punzada me atraviesa el pecho. Me cuesta mantener el control cada vez que estamos tan cerca.

—Va a salir bien, ¿verdad? —pregunta Laura, con voz trémula, cargada de incertidumbre.

Me acerco a ella y coloco una mano en su hombro. El contacto, aunque breve, hace que algo dentro de mí se agite.

—Lo vamos a conseguir —le aseguro, a pesar de que mis dudas son enormes.

Laura asiente y me dedica una pequeña sonrisa, pero veo la incertidumbre en sus ojos. Sé que está preocupada por más de lo que quiere admitir delante de mí, y me duele no poder hacer más por ella.

Dos días después, Carlo llega a la villa con una expresión que no presagia nada bueno. Trae en la mano una carta que me extiende con rapidez. Al abrirla, el contenido me deja sin palabras.

—¿Qué es esto? ¿Es una broma? —pregunto, aunque sé que no lo es.

Laura se levanta de la silla y se acerca, mirando la carta sobre mi hombro.

—¿Qué pone? —pregunta, con voz tensa.

—Es una notificación oficial de la policía —respondo—. Nos acusan de robo y expropiación ilegal. Alguien ha informado sobre la existencia de las pinturas y nos ha denunciado.

Laura palidece, y veo cómo su cuerpo se tensa al leer las palabras en el papel. La primera persona que viene a mi mente es el profesor Rinaldi, porque es el único al que se lo hemos dicho, pero no quiero creer que él esté involucrado en esto. Decidimos llamarlo de inmediato para aclarar la situación.

—Esto es una locura —dice Laura mientras marca el número del profesor—. Él nos prometió que todo se mantendría en secreto.

El teléfono suena una, dos, tres veces. Por fin, el profesor contesta, y lo ponemos en altavoz.

—Profesor, hemos recibido una notificación de la policía. Nos acusan de robo —explica Laura, sin rodeos—. ¿Qué está pasando?

Rinaldi parece realmente sorprendido.

—No sé de qué me estáis hablando —responde con voz preocupada—. No he dicho nada a nadie. Todo lo que hemos discutido sigue siendo confidencial.

El silencio que sigue es incómodo. Laura y yo intercambiamos una mirada tensa.

—Profesor, ¿está seguro de que nadie más en la universidad sabe lo que estamos investigando? —insisto, con tono más firme.

—Absolutamente —responde, tajante—. Si ha llegado esa notificación, alguien más está moviendo los hilos, y no soy yo. Os lo aseguro.

Cuelgo el teléfono con más preguntas que respuestas. Alguien nos está vigilando, alguien está intentando adelantarse a nosotros, y no sabemos quién es ni por qué lo hace.

Laura se sienta en el borde de una mesa, con las manos temblorosas, mientras pasa los dedos por su cabello, claramente frustrada.

—¿Qué hacemos ahora? —me pregunta con inquietud.

Me acerco y, sin pensarlo mucho, coloco una mano sobre las suyas. El simple gesto hace que ambos levantemos la mirada. El contacto es breve, pero intenso, y puedo ver el reflejo de mis propias dudas en sus ojos.

—Vamos a encontrar una solución —le digo, con más determinación esta vez—. No sé quién está detrás de esto, pero no van a conseguir lo que quieren. Confía en mí.

Laura respira hondo y asiente, aunque sé que, al igual que yo, está llena de incertidumbre.

—Vamos a hacer una lista completa de todo lo que encontremos —añade ella, intentando aferrarse a lo práctico—. No podemos hacer nada hasta saber exactamente qué es lo que se esconde entre esas dos paredes.

—De acuerdo —le respondo, sin haber retirado aún mi mano de la suya.

Cuando la reunión finalmente termina, Vittorio y Carlo se despiden. Quedamos en continuar con el plan de revisar los documentos y elaborar un inventario a partir de lo que digan los papeles antes de abrir las cajas. Y dejamos las decisiones importantes para los próximos días.

Al salir, Vittorio me hace un gesto para que me acerque y me dice al oído, en voz casi inaudible:

—¿Confías en ella? Esta denuncia no será cosa suya, ¿verdad?

—Sí, confío en ella. No creo que tenga nada que ver. Está tan involucrada como nosotros —aseguro, aunque mi primo acaba de sembrar una nueva inquietud en mí.

—Bueno, por si acaso ve con cuidado, Matteo.

Me despido y regreso al interior del despacho donde Laura sigue mirado los documentos que ya ha analizado varias veces. Al final se los va a aprender de memoria.

—¿Cómo te sientes? —le pregunto una vez que estamos solos de nuevo.

—Confusa. Y agotada —admite, pasándose una mano por el cabello suelto—. Todo esto está siendo mucho más complicado de lo que esperaba. Y lo de la acusación… Me está poniendo nerviosa. Por cierto…

—¿Qué pasa? —Su tono me ha preocupado.

—Pues…, bueno, yo vine aquí para restaurar un fresco. Esto que ha pasado…, no sé. No es asunto mío. Quiero decir, que si quieres rescindir el contrato y llamarme cuando esté todo solucionado, no pasa nada. Me voy y ya lo restauraré.

—Entiendo. —Su confesión me ha cogido tan de sorpresa que no sé ni qué decir—. La verdad, me gustaría que nos ayudaras. Si necesitas un contrato nuevo… Lo hablamos con Vittorio.

Laura sonríe y eso me tranquiliza. Sin embargo, ella sigue nerviosa, mordiéndose la uña del dedo meñique. Noto la tensión en su cuerpo, y no puedo evitar querer hacer algo para aliviarla. Pero en lugar de acercarme más, decido darle el espacio que parece necesitar.

—Vamos a salir un rato —le propongo—. No podemos seguir encerrados aquí, con todo este lío sobre nosotros. Ven, te llevaré a un lugar tranquilo.

Laura me mira, algo sorprendida por mi oferta, pero después de unos segundos, asiente.

Salimos de la villa y nos dirigimos a una pequeña *trattoria* escondida entre las colinas

toscanas. Es un lugar que conozco bien, que siempre me ha servido como refugio cuando necesito distraerme fuera de mi entorno. El ambiente es cálido, íntimo, con mesas de madera y manteles de lino blanco. La luz suave de las velas ilumina el espacio, y desde la terraza se puede ver todo el valle extendiéndose bajo nosotros.

Nos sentamos en una mesa apartada, bajo la sombra de una parra, y solo por estar ahí ya me siento más tranquilo.

—Gracias por traerme aquí —dice Laura, sonriendo, mientras juega con su copa de vino.

—No tienes que agradecerme nada. Necesitábamos un respiro.

Ella asiente, pero la tensión en su rostro no desaparece del todo.

—Matteo, ¿crees que esto se puede resolver? —pregunta, mirándome directamente a los ojos. Por primera vez, veo en ella una fragilidad que no había mostrado antes. No es solo el cansancio, es algo más profundo, algo que me hace querer acercarme aún más.

—Sí, Laura, se resolverá. Encontraremos la manera —le respondo con convicción, aunque también estoy lidiando con mis propias dudas.

Seguimos hablando, pero la conversación cambia de rumbo. Nos dejamos llevar por la belleza del lugar, por la tranquilidad del entorno. Y aunque ambos sabemos que hay demasiadas cosas por resolver, durante la comida todo eso queda en segundo plano.

Mientras el calor del mediodía cede y el sol se esconde detrás de las colinas, siento que algo está cambiando entre nosotros. Laura se relaja más, su risa se vuelve más frecuente, y nuestras miradas se cruzan de una manera distinta.

No sé cómo describirlo. Pero siento que, de alguna manera, la mujer que está sentada frente a mí, ha llegado para revolucionar mi mundo. Y aún no sé con qué consecuencias.

CAPÍTULO 13

Laura

El almuerzo en la *trattoria* ha supuesto un respiro inesperado en medio de toda la confusión que envuelve este proyecto. Y ahora, mientras caminamos de vuelta a la villa, la sensación de que algo ha cambiado entre nosotros no me abandona. Estar con Matteo en un ambiente tan sencillo y normal, alejado de la presión que hemos vivido en los últimos días, me ha dado una nueva perspectiva sobre él. Me desconcierta. Me atrae.

El paisaje a nuestro alrededor es una obra de arte en sí misma. Las colinas de la Toscana se extienden como un océano verde y dorado, bañadas por la luz suave del atardecer. Los cipreses que bordean el camino se mecen con la brisa ligera, y las sombras alargadas de los árboles crean un mosaico en el suelo. La villa, a lo lejos, parece un refugio antiguo, cargado de secretos que el tiempo ha tratado de enterrar.

Me siento pequeña, pero en el buen sentido, como si la inmensidad de este lugar pudiera absorber todas las preocupaciones que llevo dentro. Sin embargo, aunque el paisaje es idílico, no consigue hacerme olvidar los problemas. Bajo la ventanilla del coche para observar el horizonte, e inhalo profundamente el aire fresco. Matteo también me observa de reojo, sin decir nada. No necesitamos hablar, porque el silencio aquí no es incómodo, es como un espacio seguro donde puedo procesar todo lo que está ocurriendo.

—Este lugar es precioso —murmuro, más para mí misma que para él.

Matteo asiente, mirando hacia el mismo horizonte que yo y que se abre conforme el coche avanza por la carretera. Siento su preocupación que se refleja en el gesto serio que tiene. Aunque compartimos muchas horas en la villa, hay algo en él que sigue siendo un misterio, y me intriga. Me pregunto si alguna vez logrará abrirse más, si llegaré a ver lo que realmente hay detrás de su aspecto serio y contenido.

—¿Te sientes mejor? —me pregunta después de un rato, sin apartar la vista de la carretera.

—Sí. Mucho mejor —respondo, con una sonrisa sincera—. No me di cuenta de cuánto necesitaba desconectar. Gracias.

Matteo me mira entonces, y noto que sus ojos oscuros brillan con la luz suave del atardecer. Hay una calma en este momento que me invade y me reconforta, como si todo lo que no está ahora con nosotros hubiera desaparecido. Las preocupaciones, las pinturas, incluso el pasado que me persigue. Todo se desvanece bajo esa mirada que parece entenderme sin necesidad de palabras.

Llegamos a la villa cuando el sol ya empieza a caer detrás de las colinas. El edificio se alza imponente, con su fachada renacentista que a estas horas de la tarde adquiere un tono ámbar por

el efecto del sol. A pesar de todo lo que ha pasado, estar aquí, en un lugar tan lleno de historia y belleza, me llena de satisfacción.

Entramos al salón principal, y el ambiente cambia inmediatamente. El buen rollo que sentía en el exterior se disipa, reemplazado por la tensión que ha marcado los últimos días. Siento la incertidumbre del trabajo que aún queda por hacer, y aunque el momento con Matteo ha sido agradable, sé que aún hay demasiados cabos sueltos que resolver.

Justo cuando estoy a punto de decir algo, suena el teléfono de Matteo. Al ver el número en la pantalla, levanta una ceja, sorprendido.

—Es Rinaldi —anuncia, mirándome mientras acepta la llamada y activa el altavoz.

—Matteo, Laura —la voz del profesor suena más grave de lo habitual—, he estado dándole vueltas a lo que hablamos, y creo que lo mejor será que sea yo quien solicite un permiso a Patrimonio. Presentaré una petición para investigar la villa, pero sin dar detalles sobre lo que hemos encontrado. De ese modo, podremos proceder con mayor discreción y, al mismo tiempo, tener una base legal sólida para continuar.

Me quedo en silencio, procesando sus palabras. Tiene sentido. Si él pide el permiso como una simple investigación histórica de su departamento, sin mencionar las pinturas, podríamos seguir adelante sin que nadie sospeche de lo que realmente estamos haciendo. Pero hay un riesgo que no puedo obviar.

—¿Qué seguridad tenemos? —pregunta Matteo, adelantándose a mis pensamientos—. Si alguien llega a enterarse de la verdadera razón de la investigación, podríamos tener problemas. No quiero poner en peligro la villa ni lo que hemos descubierto.

—Entiendo tu preocupación —responde el profesor—, pero no podemos hacer mucho más sin levantar sospechas. Si intentamos sacar las pinturas sin un permiso oficial, podríamos enfrentarnos a una investigación más seria. Con este permiso, al menos, tendremos una cobertura legal. Todo se presentará como una investigación histórica de rutina de las muchas que se hacen en esa zona.

Matteo se frota la barbilla, pensativo, mientras me lanza una mirada rápida. Sé que está considerando todas las posibilidades, evaluando los riesgos, como siempre hace.

—No sé si es la mejor, pero parece la única opción viable —acepta—. Pero quiero estar seguro de que lo controlamos todo nosotros. Nada de sorpresas.

Rinaldi asiente al otro lado de la línea, aunque su voz se nota algo tensa.

—De acuerdo. Yo mismo me encargaré de presentar la solicitud. No os preocupéis, todo se hará bajo los términos que hemos acordado.

Cuelgan la llamada, y el silencio vuelve a apoderarse del salón. Ambos sabemos que esto no es una solución definitiva, pero al menos es un paso hacia adelante.

—¿Qué piensas? —me pregunta Matteo, mirándome con curiosidad.

—Creo que es lo más prudente —respondo, encogiéndome de hombros—. No tenemos muchas opciones, y si Rinaldi puede mantener esto bajo control, deberíamos confiar en él.

Aunque… —dudo un momento, pero finalmente lo digo—. Entiendo que te preocupe que nos traicione. También a mí me inquieta, pero no veo otra salida. Durante el tiempo que he trabajado con él me ha parecido una persona honesta.

Matteo asiente, pero su mirada se oscurece. Sé que no está completamente convencido, y la duda lo corroe. Su sentido de la responsabilidad, mezclado con la desconfianza natural hacia las autoridades, lo hacen más cauteloso. Y, francamente, no lo culpo. Hemos llegado demasiado lejos para arriesgarlo todo por un paso en falso.

—Bueno, si Rinaldi cumple con lo que dice, tendremos tiempo para preparar el inventario completo y saber exactamente qué tenemos —añade, más para sí mismo que para mí.

Al día siguiente, la luz de la mañana entra suavemente por las ventanas de la villa, pero no consigue calmar la agitación que siento dentro. A pesar de la serenidad del paisaje y la calma que se respira en este lugar, mis pensamientos están centrados en Matteo. Sentada en la terraza, mientras el sol apenas comienza a teñir el horizonte, me sorprendo recordando el roce de su mano sobre la mía ayer. El gesto fue breve, pero la sensación persiste, como una chispa que se ha quedado grabada en mi piel. El aire fresco trae consigo el aroma de las flores del jardín, pero lo que realmente me envuelve es la proximidad de Matteo, su presencia en cada rincón de esta villa. Cierro los ojos, dejándome llevar por esa extraña mezcla de incertidumbre y deseo que crece cada vez que estamos juntos. Y regresa la pregunta que me asalta desde hace días, «¿Matteo siente lo mismo que yo?». ¿Será posible que entre nosotros esté surgiendo algo más que la tensión por las pinturas? Pero antes de que pueda encontrar una respuesta, escucho sus pasos acercándose. Y mi corazón late con fuerza.

—¿Estás bien? —la voz de Matteo me sobresalta ligeramente. Lo veo de pie, a unos pasos de mí, con una taza de café en la mano y la mirada seria, pero cálida, que me traspasa la piel.

Asiento, sonriendo levemente.

—Sí, disfrutando de la calma de este paisaje. Eres un afortunado.

Matteo se sienta a mi lado, en silencio. No dice nada más, pero su presencia es suficiente. La villa, con todo su peso y su misterio, parece menos intimidante cuando él está cerca.

La tranquilidad dura poco, porque apenas unos minutos después, Carlo llega con un sobre en la mano. Su expresión ya nos dice que algo ha pasado.

—Es la notificación que estábamos esperando —dice, entregando el sobre a Matteo—. Patrimonio ha aceptado la solicitud del profesor Rinaldi. Tenemos vía libre para investigar.

Nos miramos en silencio, asimilando la noticia. Es el permiso que necesitábamos, y pensar en que todo lo que hemos descubierto está a punto de salir a la luz me pone nerviosa.

Matteo asiente, guarda la carta en el sobre y nos mira a ambos con determinación.

—Entonces, ya no hay vuelta atrás.

Siento un nudo formarse en mi estómago. El riesgo es mayor de lo que pensábamos, pero también lo es la recompensa. Y mientras el futuro se despliega frente a nosotros, me doy cuenta de que estoy más involucrada en esto de lo que jamás hubiera imaginado.

Y no solo en las pinturas.

CAPÍTULO 14

Matteo

Los días han pasado con una extraña sensación de normalidad, aunque estamos muy lejos de que todo esté bien. El trabajo en la villa avanza poco a poco, pero a buen ritmo. Con la ayuda de Moretti y varios empleados de la finca, hemos comenzado a romper la pared con extremo cuidado y solo lo suficiente como para poder sacar las cajas sin dañar nada. Cada golpe sobre los ladrillos resuena en el aire, y aunque se trabaja con delicadeza, la tensión nos tiene a todos en vilo. Cada momento cuenta.

Laura y Carlo se ocupan de abrir las cajas y catalogar cada pieza en el inventario. Me sorprende la dedicación de Laura, su meticulosidad para examinar cada documento, cada pintura. Me quedo absorto observando cómo sus ojos recorren cada trazo de las obras y el cuidado con que las trata, siempre usando unos guantes blancos que apenas rozan los lienzos. Está concentrada en su tarea, y yo me descubro observándola, fascinado. Me siento cada vez más atraído por ella, aunque no me permito ponerle nombre a lo que me ocurre, porque ni yo mismo lo tengo claro.

Esta mañana, cuando la vi inclinarse sobre una de las pinturas, con sus dedos rozando con delicadeza el borde de un lienzo cubierto de polvo y acercando la lupa para ver los detalles, algo dentro de mí se removió. No es solo el arte lo que ella está restaurando. Hay algo en su mirada, en la concentración con la que trabaja, que me hace pensar en restauraciones más profundas, en heridas que aún no están completamente curadas. La suya y, tal vez, la mía.

Cada día que pasa siento que entre nosotros hay algo, una conexión, un entendimiento que va más allá del trabajo. Aunque trato de mantener las distancias, es difícil cuando ella está tan cerca. Y lo peor es que, cuanto más trato de evitarlo, más presente está en mi cabeza.

Durante estos días, he viajado bastante a Florencia para atender mis otros asuntos de trabajo. Es una obligación que no puedo eludir, aunque lo último que quiero es apartarme de lo que estamos haciendo en la villa. Hoy es uno de esos días en los que tengo que reunirme con mi primo y abogado, Vittorio, que llega, como siempre, con un entusiasmo desbordante y actitud despreocupada, aunque sé que en el fondo está tan preocupado como yo por todo lo que ocurre en la villa.

Nos vemos en mi despacho en Florencia al final de la mañana. Apenas dan la una cuando Vittorio llega acompañado de un amigo suyo, un policía llamado Fabrizio. Juntos entran en la oficina con una expresión seria que no presagia nada bueno. Me siento en mi escritorio, tras darles la mano, mientras que ellos se acomodan frente a mí.

—Matteo —empieza Fabrizio, con el tono grave de quien tiene malas noticias—. He venido porque necesitas saberlo cuanto antes. Vittorio me avisó de la denuncia que alguien puso contra

tu familia en Roma y he investigado por vosotros. La denuncia la ha presentado Teo Cipriani.

El nombre de Teo me golpea como un puñetazo. Mis manos se tensan sobre los brazos del sillón, pero mantengo la calma. Sabía que Teo no nos dejaría en paz tan fácilmente, pero no esperaba que fuera tan lejos.

—¿De qué se nos acusa exactamente? —pregunto, tratando de que mi voz no refleje la rabia que está empezando a invadirme.

—Está denunciando que habéis ocultado las pinturas de manera ilegal y que estáis realizando excavaciones sin el permiso necesario de Patrimonio. Ha hecho que parezca una cuestión de expolio —explica Fabrizio, mirando a Vittorio y a mí, consciente de la gravedad del asunto.

La sangre me hierve. ¿Expolio? ¿Eso es lo que pretende? Está jugando con fuego, y sabe perfectamente cómo manipular la situación para hacernos parecer culpables. La idea de que mi familia sea acusada de algo tan grave como el expolio de arte me pone al borde del abismo.

—Teo está tratando de utilizar esta situación para su propio beneficio —digo en voz baja, mirando a Vittorio, que asiente.

—Ese bastardo no va a parar hasta que consiga hundirnos —añade Vittorio, con la mandíbula tensa.

Fabrizio nos mira a ambos con preocupación, pero también con una cierta complicidad. Él sabe cómo funcionan las cosas en este mundo, y sabe que Teo está buscando algo diferente a la justicia.

—¿Qué sugieres que hagamos? —le pregunto a Fabrizio, sabiendo que es quien mejor puede orientarnos en este punto.

—Lo primero es asegurarnos de que todo lo que estáis haciendo en la villa sea completamente legal. Sé que tenéis el permiso que Patrimonio ha otorgado a la universidad, pero con la denuncia de Teo, deberíais ser más cautelosos. También es importante que no haya filtraciones de información —responde, mirándome a los ojos con seriedad—. Por ahora, lo mejor es actuar con discreción y evitar que esto llegue a la prensa.

Asiento, aunque sé que la discreción es algo que va a ser complicado mantener. Sobre todo, si Teo sigue moviendo los hilos desde las sombras. ¿Habrá avisado a la prensa? Después de esto, lo veo capaz de cualquier cosa.

Salgo de la oficina con una sensación de urgencia en el pecho. Necesito regresar a la villa cuanto antes y hablar con Laura. Ella tiene que saber lo que está pasando. Mientras Vittorio se queda en Florencia para cerrar algunos asuntos, yo tomo el coche y me dirijo de vuelta a la villa.

Al llegar, noto una extraña quietud en el aire. Hay algo que no está bien. Aparco el coche rápidamente y veo que hay otro junto a la entrada que no conozco. Me dirijo a la puerta principal, donde lo primero que veo es a la señora Moretti, que sale con cara de preocupación.

—¿Todo bien, señora Moretti? —le pregunto mientras me acerco.

Ella me mira con los ojos muy abiertos y señala hacia la entrada.

—Señor Fontana, han llegado tres hombres preguntando por Laura. No me ha gustado su

actitud. Acaban de entrar en este momento.

Pienso en que debe de ser Teo y mi corazón me da un vuelco. Sin pensarlo dos veces, me dirijo hacia el interior de la villa. Al llegar a la sala de las pinturas, lo primero que veo es a Teo, de pie en medio del gran salón, acompañado por dos hombres trajeados que parecen más guardaespaldas que otra cosa. Teo me ve y esboza una sonrisa burlona.

—Señor Fontana, qué sorpresa verle aquí tan pronto. Solo venía a hacer una visita a nuestra querida Laura —dice con un tono cínico que me irrita profundamente.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí, Teo? Esto es propiedad privada, no puedes entrar —le espeto, manteniendo la voz firme, aunque por dentro estoy a punto de estallar—. No tienes nada que hacer en esta casa.

Teo se encoge de hombros, como si lo que acabo de decirle no tuviera importancia.

—Oh, pero claro que tengo algo que hacer aquí. Después de todo, tengo interés en que esto no se convierta en un escándalo —dice, mirando a su alrededor como si fuera el dueño del lugar—. Pero eso depende de ti, Fontana. Y de Laura, por supuesto.

En ese momento, Laura y Carlo aparecen avisamos por la señora Moretti, claramente sorprendidos por el alboroto. Laura se queda de piedra al ver a Teo, su rostro refleja tanta confusión como miedo. Teo, al verla, adopta una expresión aún más cínica y se acerca a ella con pasos lentos y seguros.

—Laura, cariño —dice con cercanía, como si le hablara a una amiga—, cuánto tiempo sin verte. Me sorprende que no me hayas invitado antes a ver todo esto. Es maravilloso.

Laura retrocede instintivamente, pero Teo sigue avanzando hacia ella, con la mirada cargada de una amenaza apenas disimulada.

—¿Qué quieres, Teo? —pregunta ella, con la voz temblorosa.

—Solo quiero asegurarme de que todo está en orden —responde, con una sonrisa forzada que no se refleja en su mirada—. Después de todo, tú me debes una. ¿No te parece? Por haberme denunciado, por haber hundido mi carrera. Quizá sea el momento de que me devuelvas el favor.

La tensión en el aire es insoportable. Doy un paso adelante, interponiéndome entre Teo y Laura.

—No te atrevas a acercarte más —le advierto rudamente.

Teo me mira con una calma inquietante.

—No seas tan dramático, Fontana. No estoy aquí para pelearme contigo. Solo quiero justicia y resarcir lo que me han quitado.

—¿Qué te han quitado, Teo? —pregunto, ya harto de sus juegos.

—Mis proyectos y mi mujer. A cambio, para devolverme la reputación, quiero se sepa la verdad —responde, alzando una ceja—. Que todo el mundo sepa que la familia Fontana ha sido, durante generaciones, una familia de ladrones. Y que Laura, mi querida Laura, está metida hasta el fondo en este expolio. Así se sabrá como es en realidad y que la investigación que dice que es

suya, es totalmente mía.

Laura da un paso atrás, claramente afectada por sus palabras. Yo, en cambio, siento que la rabia me consume por dentro.

—Te vas a largar de aquí ahora mismo —le ordeno, con la voz más firme que he tenido nunca —. Y si intentas hacer algo en nuestra contra, te arrepentirás.

Teo me mira durante unos segundos, como evaluando si realmente tengo el valor para cumplir mi amenaza. Luego, sonríe de nuevo, pero esta vez hay algo más frío en su expresión.

—Nos veremos pronto, Matteo —dice, antes de volverse hacia los hombres que lo acompañan —. Vámonos.

Lo veo salir de la villa con sus secuaces, y solo cuando se han ido siento que puedo respirar de nuevo. Laura sigue quieta, paralizada por el *shock* de lo que acaba de pasar. Me acerco a ella con cautela, sin saber exactamente qué decir.

—¿Estás bien? —pregunto en voz baja reprimiendo acercarme más para pasar mi brazo por sus hombros, que es lo que me apetece en realidad. Consolarla con gestos y no solo con palabras.

Ella asiente, pero puedo ver que está lejos de estar bien. Carlo también la observa, preocupado.

—Esto no ha terminado —murmura Laura, con los ojos llenos de miedo y también algo ausentes. Parece que busca una salida—. Teo no se va a detener.

—No, no lo hará —respondo—. Pero tampoco vamos a dejar que se salga con la suya, sobre todo porque todo lo que dice es mentira.

Mientras las palabras salen de mi boca, me doy cuenta de que ya no se trata solo de las pinturas. No puedo permitir que Teo le haga más daño a Laura. Y, aunque aún no sé cómo, haré todo lo que esté en mi mano para protegerla.

CAPÍTULO 15

Laura

El aire aún parece cargado después de la salida de Teo. No es solo la tensión que ha dejado tras de sí, sino el eco de sus palabras, sus insinuaciones y las amenazas veladas que me ha lanzado como dardos. Me quedo ahí, en medio del salón, con la mirada perdida, incapaz de procesar lo que acaba de pasar. Los años que pasé con él, creyendo todas sus mentiras, me pesan ahora como una losa de la que me cuesta desprenderme. Me ha hecho sentir pequeña y vulnerable. Otra vez.

Siento la presencia de Matteo cerca, pero no soy capaz de levantar la vista. Mi mente sigue dándole vueltas a todo lo que ha pasado. Me invade una sensación de asfixia, como si el aire en la villa se hubiera vuelto irrespirable desde que Teo entró por esa puerta. Quiero escapar, dejar de pensar, pero mis pies parecen pegados al suelo.

—Laura… —La voz de Matteo es cálida, como si no quisiera romper el delicado equilibrio que pende de un hilo entre nosotros—. ¿Estás bien?

No lo estoy. Pero tampoco quiero decírselo a él. Las palabras no me salen, y lo único que puedo hacer es asentir con la cabeza. Matteo se queda a mi lado, y me transmite calidez y protección con su presencia cercana, aunque sé que no puede hacer desaparecer lo que Teo ha dejado en mí. Es como si su sombra aún estuviera aquí, recorriendo cada rincón de la villa.

—No tiene derecho a hacer esto —murmura Matteo, con una dureza en la voz que rara vez le he escuchado—. No tiene ningún derecho.

Levanto la mirada y lo veo tenso, con los puños cerrados a los costados. La rabia contenida en su rostro refleja lo que siento dentro, y es en ese momento cuando algo cambia en mí. Matteo no es solo mi jefe, ni el hombre con el que comparto esta investigación. Él está aquí, de pie a mi lado, dispuesto a protegerme. Y esa idea, por alguna razón, me reconforta más que cualquier frase de ánimo.

—Teo siempre ha sabido cómo manipular las cosas —confieso al fin, tratando de calmar mi propia voz—. Lo hizo conmigo durante años, y lo está haciendo ahora con todo esto. Necesita ganar en algo y enterarse de lo de las pinturas le ha venido de lujo para vengarse de mí. Quiere destruirme y lo que lamento es que te afecte.

Matteo me mira a los ojos, con expresión grave, y siento cómo sus palabras me atraviesan.

—¿Por qué está tan enfadado contigo? —pregunta. No es solo curiosidad, es preocupación real, ya que parece que sus amenazas responde a una venganza demasiado grande.

—Porque destapé sus mentiras y lo denuncié —le respondo, más rápido de lo que hubiera querido—. Destrocé su reputación porque se basaba en un gran engaño. No fue solo lo que

descubrí…, también la infidelidad con su alumna, como te conté.

Matteo se queda en silencio, pero sus ojos me piden que siga.

—Teo es un mal investigador y un vago; por eso me robó mi trabajo. Insistía en que mantuviera la investigación en secreto y luego comprendí la razón: la presentó como suya, y cuando lo descubrí, ya era demasiado tarde. Ya había conseguido todo lo que quería. Cuando llena de rabia fui a decirle todo lo que pensaba de él, lo encontré con esa chica…, celebrándolo, y… bueno, me marché de Roma con lo poco que me quedaba. Pero antes, lo denuncié todo, aunque al principio la universidad no quiso hacer nada para no empañar su nombre, no se lo podían creer y pensaban que era fruto del despecho por su infidelidad. Solo el profesor Rinaldi me apoyó, porque sabía cuanto había trabajado en ello. Lo hundí públicamente cuando revisaron las pruebas, y por eso su rencor hacia mí es profundo. Me odia. Y va a hacer todo lo posible por vengarse.

Matteo se pasa una mano por el cabello mientras, con las cejas fruncidas, asimila todo lo que le he contado. Su silencio me preocupa, pero sé que está procesando lo que ha oído. Finalmente, da un paso hacia mí, tan cerca que puedo sentir el calor que emana de su cuerpo y siento un nudo en el estómago.

—No va a hacerte daño. Te lo prometo —susurra, con una firmeza que me desconcierta.

Mis ojos se encuentran con los suyos y siento su mirada penetrante que me atraviesa hasta el corazón. El mundo exterior parece desvanecerse por unos segundos que quizá son minutos. Aquí, en esta villa, solo estamos él y yo. No hay denuncias, no hay traiciones, no está Teo. Solo existe este momento, tan cargado de emociones que me cuesta respirar.

Pero esa quietud dura poco.

Los pasos rápidos de Carlo nos interrumpen cuando entra con cara de preocupación.

—¿Está todo bien? —pregunta, mirándonos a ambos, quizá cortado al vernos.

Asiento, aunque la tensión en el aire aún persiste.

—Sí, estamos bien —responde Matteo, con una voz más controlada—. Laura me estaba contando lo que pasó con Teo Cipriani para entender el porqué de la denuncia. Debemos estar preparados para lo que sea. Teo no va a rendirse.

Carlo asiente y nos mira con seriedad.

—Tenemos que terminar el inventario lo antes posible y presentar el informe a las autoridades. Es nuestra mejor carta —nos apremia.

Matteo lo sabe tan bien como yo. Sin embargo, algo en su expresión me dice que no está solo preocupado por las pinturas, sino también por lo que Teo pueda hacerme a mí. Y eso, por alguna razón, me conmueve y me llena de ternura.

Los días siguientes transcurren en una rutina casi mecánica. Carlo y yo continuamos con el inventario, mientras Moretti y los empleados de la finca nos ayudan a sacar las cajas con cuidado de dentro de la pared. El trabajo es arduo, pero avanza. Las pinturas están en mejor estado de lo

que esperábamos, y cada una de ellas parece contar una historia propia. La buena noticia es que cada una lleva una especie de etiqueta en la que consta su procedencia, autor y organismo responsable. Toda la trazabilidad que necesitamos y que Carlo se encarga de registrar meticulosamente.

A pesar de la concentración que requiere el trabajo y de toda la energía mental que le dedico, parte de mis pensamientos se dirigen hacia Matteo. Cada vez que lo veo supervisar el proceso, cada vez que nuestras miradas se cruzan, siento algo que me inquieta y que va más allá de la tensión por lo que estamos viviendo.

Matteo es muy diferente a Teo en casi todo. Es honesto, directo, protector, educado y cauteloso. Y aunque intenta mantenerse en su papel de jefe, noto que hay algo más en sus ojos cuando me mira. Una luz especial que me hace pensar que él también siente lo mismo que yo.

Pero no puedo dejarme llevar. No ahora que me siento tan vulnerable.

No sé si es la presión del trabajo, la amenaza constante de Teo o la extraña conexión que estoy empezando a sentir con Matteo, pero cada día que pasa, me cuesta más mantenerme firme y eso lo noto sobre todo por las noches.

Como esta, que no puedo dormir. Los nervios se me agarran al pecho como si fueran cuerdas invisibles que me impiden descansar. La villa, normalmente tan acogedora y serena, esta noche me parece opresiva, como si el peso de todo lo que ha pasado con Teo y las pinturas, cuyo catálogo ya está casi terminado, estuviera aplastándome. Me levanto de la cama y me doy cuenta de que quedarme en la habitación es imposible. Me ahogo y necesito salir a pasear y ver otras cosas diferentes a estas cuatro paredes, antes de que se me caigan encima. Creo que caminar un poco por el exterior de la villa me ayudará a parar un poco estos pensamientos que empiezan a agotarme, pero no se van.

Cansada de dar vueltas al edificio y sin saber muy bien a dónde ir, me dirijo hacia la cocina. Encuentro una botella de vino sobre la mesa, que no llegamos a beber en la cena, y la tomo sin pensarlo demasiado. Necesito algo que me calme los nervios, algo que me ayude a despejar la cabeza y poder dormir. Con la botella y una copa en la mano, salgo al porche. El aire fresco de la noche me golpea en la cara, y por un momento, respiro profundamente, agradecida por la tranquilidad del exterior.

Me siento en uno de los escalones de piedra que dan al jardín y sirvo una copa de vino. Las estrellas brillan en el cielo, y la luna, alta y plateada, parece observarme con indiferencia. Todo es tan hermoso, tan pacífico, y tan diferente al torbellino que hay dentro de mí. Bebo un sorbo, sintiendo el sabor del vino recorrer mi garganta. Me concentro en esa sensación, tratando de no pensar en nada más. Pero es inútil.

Los pensamientos sobre Teo, sobre su traición, sobre el caos en el que se ha convertido todo, me invaden. Y entonces, inevitablemente, pienso en Matteo. En cómo ha estado a mi lado en todo momento, cómo me ha protegido, y cómo, sin darme cuenta, me estoy acercando a él más de lo que debería. Pero cuando todo esto termine, ¿qué será de mí? ¿Volveré a estar sola, sin trabajo y sin un lugar al que llamar hogar? ¿Qué futuro me espera por haber hecho lo correcto con Teo?

Bebo otro sorbo de vino y dejo que la melancolía me inunde.

El suave crujido de la puerta al abrirse me saca de mis pensamientos. Alzo la vista y lo veo: Matteo. No me ha visto aún; está mirando hacia la cocina, seguramente buscando algo. Lleva una camiseta gris oscura que resalta sus hombros anchos y unos pantalones de pijama a rayas grises y blancas. Su aspecto desenfadado hace que mi corazón dé un vuelco. Lo veo moverse con calma, pero hay algo en su paso que delata que tampoco está en paz.

Cuando sale al porche y nuestros ojos se encuentran, se detiene un segundo, sorprendido. Parece que no esperaba encontrarme aquí.

—¿No puedes dormir? —pregunta en voz baja, acercándose a mí.

Niego con la cabeza mientras le ofrezco una media sonrisa.

—No... Y, por lo que veo, intuyo que tú tampoco.

Matteo asiente, mirándome con curiosidad antes de fijar sus ojos en la botella que tengo a mi lado. Me observa con esa intensidad que siempre parece traspasarme, pero esta vez hay algo más en su mirada más suave, más cercano. Y una oleada de comprensión me recorre el cuerpo.

—¿Quieres un poco? —le ofrezco, levantando la botella de vino hacia él—. Al fin y al cabo, es tuyo —sonrío.

—¿Por qué no? —responde, sentándose a mi lado en los escalones, tan cerca que puedo sentir el calor que emana de su cuerpo y el aroma avainillado del gel de ducha. Sirvo un poco de vino en mi copa y se la paso, nuestras manos se rozan brevemente, y aunque es un contacto mínimo, la electricidad que me recorre es innegable.

Nos quedamos en silencio durante unos segundos, observando el jardín que se extiende frente a nosotros, sumergidos en la calma de la noche. La luna ilumina el paisaje con una luz suave, y el vino, lentamente, comienza a relajarme.

—Este lugar es increíble por la noche —murmura Matteo, rompiendo el silencio—. De niño me encantaba esta sensación de estar alejado de todo. Lo había olvidado.

—Es verdad. Aquí parece que el mundo se detiene por un rato —añado, observando las estrellas que brillan con fuerza sobre nosotros—. Debiste ser un niño muy afortunado.

Ambos miramos hacia arriba, hacia el cielo infinito, y por un momento, el mundo parece sencillo. No hay Teo, no hay amenazas, solo nosotros, la luna y el vino que compartimos.

—¿Sabes? —dice Matteo, bajando la mirada hacia mí—. Te admiro, Laura. Has pasado por tantas cosas, y aun así, sigues aquí, luchando. No sé si yo habría sido tan fuerte.

Su confesión me toma por sorpresa. Nunca me hubiera imaginado que diría algo así, pero noto que lo dice de corazón. Mi respiración se entrecorta, no por sus palabras, sino por lo que estoy sintiendo. Me atrevo a mirar directamente a sus ojos oscuros que están clavados en los míos, serios, profundos, y noto una calidez en ellos que provoca un ligero escalofrío por mi cuerpo.

—No sé si soy fuerte —le digo, con la voz apenas audible—. A veces siento que solo estoy sobreviviendo…, como puedo.

—Todos estamos sobreviviendo de alguna manera —murmura, acercándose un poco más.

El silencio que sigue es como un eco de nuestras respiraciones, cada vez más agitadas. Puedo sentir su proximidad como un campo magnético, su respiración tranquila, el roce accidental de su brazo contra el mío. Y entonces, en un movimiento casi imperceptible, Matteo gira ligeramente hacia mí, y nuestros ojos se encuentran de nuevo, esta vez con una intensidad que me quema.

—Matteo... —susurro, pero antes de que pueda decir algo más, siento el leve roce de su mano en mi mejilla, y luego sus labios, que se acercan con una lentitud casi tortuosa.

No sé si soy yo quien acorta la distancia, o si es él, pero cuando sus labios finalmente se posan sobre los míos, todo lo demás desaparece. La presión suave, el calor, la forma en que me besa, despacio, con ansia y delicadeza a la vez, me envuelve por completo.

El beso dura lo que parece una eternidad, pero también un instante. Mis manos se mueven por su nuca, y su brazo se desliza alrededor de mi cintura, acercándome aún más a él. El sabor del vino, el calor de su cuerpo, el aroma a noche que nos rodea, todo se mezcla en una sensación embriagadora.

Cuando nos separamos, ambos respiramos con agitación, nuestras frentes apoyadas una contra la otra, sin atrevernos a abrir los ojos. La realidad aún no ha vuelto, estamos suspendidos en ese momento, en ese beso que puede cambiarlo todo.

—No sé qué vamos a hacer con todo esto —murmura él, sin apartarse de mí.

—Yo tampoco... —susurro, aún con los ojos cerrados, intentando recuperar el aliento—. Pero no quiero que pares.

Miro sus labios con verdadero deseo. Él me coge la cabeza por debajo de las orejas y nos acercamos una vez más. Abro la boca para recibir la lengua con un jadeo que humedece mi sexo. Matteo sigue con ganas mi beso y me aprieta por la cintura hasta juntar nuestros cuerpos. Abandono la incomodidad de estar de lado sentándome sobre él sin dejar de embriagarme por su beso, que es mucho mejor de lo que imaginé. Saboreo sus labios, sus mejillas, su cuello sabor a vainilla mientras acaricia mis muslos, pasando la mano por debajo de mis pantalones cortos del pijama, hasta rozar mis ingles. Se para ahí, como temeroso, pero yo quiero que siga. Estará bien o estará mal seguir, pero mi único deseo en este instante lleva su nombre.

Le quito la camiseta y acarició su pecho desnudo volviendo a besar sus labios, a jugar con su lengua que me arranca otro jadeo. Siento el roce de su dedo sobre mis bragas y me muevo reclamándolo.

Todo mi cuerpo vibra de deseo y la paciencia hace tiempo que me abandonó. Me muevo sobre él y bajo la mano para descubrir que el pantalón de su pijama tiene una abertura sin botones y que debajo no hay nada más que su piel. El bulto que trata de salir es todo un regalo para mí, y le ayudo a liberarlo. Matteo me baja el pantalón con las bragas en un *pack* y yo me pongo de pie, con una pierna a cada lado de su cuerpo, para quitármelo y quedarme solo con la camiseta.

Lo que siento ahora no me lo esperaba. Matteo aprovecha mi postura para poner una mano en cada uno de mis glúteos y acerca la cara a mi sexo, que ha quedado a su altura por pura casualidad. Me da pequeños beso por el pubis, de fuera hacia dentro, hasta llegar al centro y

lamerme una y otra y otra vez. Mis piernas tiemblan de placer. Él me sostiene con una mano y la otra la lleva a mi abertura, introduce los dedos mientras sigue lamiendo. Quiero gritar. El placer es tan intenso que creo que voy a explotar. Me arqueo hacia atrás y me inclino hacia delante apoyándome en su cabeza.

—Te…, te quiero dentro —balbuceo como puedo antes de que me provoque el orgasmo más intenso que he tenido nunca. Mis piernas flaquean y me deshago sobre él como un flan.

—¡Guau! —me susurra—. Me encantas.

—¿Listo? —le digo sonriente, llena de deseo, rozando su polla que parece esperarme con ansia. Solo quiero sentirlo dentro de mí. La restriego por mi humedad y entonces él me para.

—Espera, no tengo condones aquí. ¿Subimos?

—Sigo tomando la píldora. Yo estoy sana. ¿Y tú?

—Si te digo el tiempo que llevo sin tener sexo, no te lo creerías.

Una carcajada brota de mí, liberando parte de la tensión de la noche, y lo beso con todo el fervor y las ganas que le tengo. Él me coge de la cintura para ayudarme a que su polla encuentre su lugar y me penetra de un golpe.

Él echa la cabeza al jadear y lo aprovecho para besar su hermoso cuello. Mete las manos por debajo de la camiseta y me masajea los senos mientras cabalgo. No deja de mirarme con esos ojos oscuros que ya no podré borrar de mi memoria.

La excitación nos une, el calor de la piel, los besos por todas partes, sus gruñidos de placer, mis gemidos ahogados, sus golpes contra mi cadera, la humedad cayendo por mis muslos, nuestros labios hinchados, la descarga eléctrica por todas mis terminaciones nerviosas, el pelo del que le tiro sin querer, y la explosión que le hace perderse en mi interior. Apoya la cabeza en mi hombro jadeando y la envuelvo entre mis brazos, dejando su boca a la altura de mi pecho.

—Laura —susurra—. Laura.

CAPÍTULO 16

Matteo

Despierto en la cama, y el primer pensamiento que atraviesa mi mente es el de la noche anterior. El calor de su cuerpo, la suavidad de su piel, la urgencia de nuestros besos… todo permanece vivo en mi memoria, como un eco que resuena en cada rincón de mi mente. La sensación de tener a Laura entre mis brazos, de perderme en ella, ha sido tan real que, por un instante, me niego a creer que terminará tan pronto. Aún no entiendo por qué no quiso quedarse en mi habitación y, quizá, repetir. Cierro los ojos un instante, reviviendo esos momentos que han quedado tatuados en mi memoria porque, de momento, es todo lo que voy a tener de ella. Al subir la noté… ¿arrepentida?, ¿cohibida? No lo estaba mientras disfrutábamos el uno del otro. ¿Cómo me recibirá esta mañana? ¿Hará como si no ha pasado nada? No tengo ni idea de cómo comportarme.

Me incorporo de golpe, con el corazón acelerado, y la duda carcomiendo mi cerebro. Paso las manos por mi rostro, tratando de despejarme. No puedo evitar que los recuerdos de anoche vuelvan en oleadas: la manera en que me besó, cómo me susurró mi nombre, y ese instante en el que nos olvidamos del mundo. Me siento reviviendo cada segundo, pero el vacío que siento ahora me deja con una sensación de pérdida que no consigo quitarme de encima.

Me levanto de la cama, con el cuerpo aún algo adormilado y la resaca en mi piel, para ir el baño. Me lavo la cara y me observo en el espejo. Mi reflejo parece tan confuso como lo que siento en mi interior. ¿Por qué no se quedó? ¿Qué ocurrió después de lo que compartimos? Pensaba que a las mujeres les gusta acurrucarse después del sexo, pero parece que ella no aunque yo deseara sentir su cercanía toda la noche. Lo que pasó anoche fue auténtico, deseado, lo sentí en cada caricia, en cada gemido. No quiero creer que todo haya sido un error.

Me ducho, me afeito y me visto con ropa cómoda de trabajo para ayudar a Carlo y a Laura. Hoy terminamos con la catalogación y, en cuanto esté el informe, hablaremos con el profesor Rinaldi. Esto está a punto de terminar y siento que el tiempo de estar con ella se me escapa como arena entre los dedos.

Al salir al pasillo, ya arreglado, veo que su habitación está abierta y todo recogido. Una idea que no me gusta me atraviesa el pecho. Con el corazón en un puño, bajo al piso inferior con la esperanza de encontrarla en la cocina o en la terraza, quizás disfrutando del café de la mañana como suele hacer. Pero la casa está en un silencio inquietante, como si su ausencia hubiera drenado toda la vida de la villa. No hay rastro de ella. Ni su voz, ni su risa, ni siquiera su aroma en el aire.

Me detengo en el salón, mirando alrededor, buscando cualquier señal de que no se haya ido

muy lejos. Pero lo único que encuentro es su ausencia, que pesa más que cualquier otra cosa en este lugar ahora. ¿Dónde está?

—Buenos días, señor Fontana —saluda la señora Moretti cuando entro a la cocina

—Buenos días —respondo, sin ocultar la inquietud en mi voz—. ¿Ha visto a Laura?

La señora Moretti frunce el ceño levemente, como si se hubiera dado cuenta de mi preocupación.

—Sí, señor. Salió temprano esta mañana. Dijo que iba a Roma.

Roma. La palabra retumba en mi cabeza. ¿Por qué se ha ido? ¿Por qué no me ha dicho nada? Una punzada de desconcierto me atraviesa. Trato de mantener la calma, pero es como si el suelo bajo mis pies se estuviera desmoronando.

—¿No le dijo nada más? ¿Para qué o si mencionó cuándo volvería? —Sé que mi tono es tenso, pero la preocupación me consume.

—No, solo que tenía algo que hacer en Roma. Se fue muy temprano, no la vi alterada, pero tampoco parecía completamente tranquila —añade la señora Moretti, con un gesto de duda.

Le doy las gracias y me retiro, intentando asimilar lo que acabo de escuchar. Roma. ¿Por qué? Todo mi cuerpo se tensa mientras busco respuestas en mi cabeza, pero ninguna parece tener sentido. Camino hacia mi despacho y cierro la puerta detrás de mí, intentando pensar con claridad. Saco el móvil y marco su número, pero tras varios tonos, salta el buzón de voz. Dejo un mensaje, con toda la calma que puedo, respirando profundo para no preocuparla.

«Laura, soy Matteo. Por favor, llámame cuando puedas. Quiero saber que estás bien».

Me quedo mirando la pantalla del móvil como si con solo desearlo, Laura fuera a contestar. Pero el silencio es mi única respuesta. Paso la mano por el cabello, frustrado. Algo no encaja. Si se ha ido a Roma, debía tener una razón de peso, pero ¿por qué no me lo ha dicho? ¿Qué está pasando por su cabeza?

Intento concentrarme en el trabajo, pero cada vez que miro el teléfono, mi inquietud crece. Reviso informes de la villa, mando algunos correos relacionados con la restauración, pero no puedo dejar de pensar en ella. Cada vez que reviso el móvil, espero ver su nombre en la pantalla, una llamada perdida, un mensaje. Nada. El reloj avanza, pero el tiempo parece estancado.

Después de una hora sin respuestas, decido llamar al profesor Rinaldi. Marco su número, esperando que él tenga alguna información que me pueda ayudar a comprender.

—Señor Fontana —contesta el profesor—. ¿Cómo va ese informe? ¿Algún problema? Estoy deseando verlo, de hecho pensaba si podría ir a visit…

—Profesor Rinaldi —le corto—, ¿sabe algo de Laura? Se ha ido a Roma esta mañana, pero no me ha dicho nada. Estoy intentando entender si hay algún motivo profesional, algo relacionado con la investigación —pregunto con rapidez.

—¿Aquí? No, no me ha dicho nada —responde el profesor, sorprendido—. Y hasta donde yo sé, todo está bajo control con respecto a la investigación. No tenemos ninguna reunión pendiente en la universidad, ni ningún asunto urgente con ella.

—De acuerdo… Gracias, profesor. Si sabe algo, por favor, avíseme —le pido antes de colgar.

El hecho de que Rinaldi tampoco sepa nada no ayuda. Mi mente comienza a recorrer todas las posibilidades. ¿Habrá ido a ver a alguien más? ¿Teo? La idea me provoca una punzada de celos y, sobre todo, de miedo. ¿Qué haría Laura en Roma sin decirme nada, si no es por trabajo?

El día avanza y, a medida que las horas pasan, la incertidumbre se vuelve insoportable. Miro por la ventana, observando el paisaje toscano que en otras ocasiones me ha traído calma, pero hoy no consigo encontrar consuelo en nada. Me siento atrapado entre mis emociones. No puedo evitar pensar en ella, en lo que pasó entre nosotros. ¿Se ha arrepentido? ¿Es ese el motivo de su huida?

De nuevo, intento llamarla, pero el teléfono sigue sin responder. Cada llamada no contestada es como un golpe que resuena en mi pecho. Quiero ir a Roma, quiero buscarla, pero al mismo tiempo sé que no puedo hacer nada hasta que ella decida hablar conmigo. ¿Dónde la busco? No sabría ni por donde empezar. Me quedo quieto junto a la ventana, mirando el horizonte, preguntándome qué estará pensando ella en este momento. ¿Se habrá dado cuenta de que algo está cambiando entre nosotros?

Mis pensamientos son interrumpidos cuando Carlo llama a la puerta de mi despacho.

—Matteo, ¿sabes si Laura va a tardar? Llevo toda la mañana esperando para acabar el catálogo y solo no sé si llegamos. Además, debe redactar el informe —pregunta mientras entra con una carpeta bajo el brazo.

Le miro sin verle, totalmente sumido en mis pensamientos. Carlo nota mi distracción, y se detiene un momento.

—¿Todo bien? Pareces... preocupado —comenta, mirándome con curiosidad.

—Es por Laura —le informo—. Se ha ido a Roma sin decirme nada, y no responde a mis llamadas. Pensé que a lo mejor tú sabías algo.

Carlo frunce el ceño, claramente sorprendido.

—¿Yo? No, ni idea. ¿A Roma? Qué raro.

—La señora Moretti la vio salir esta mañana, pero no dijo nada más. Y el profesor Rinaldi tampoco sabe nada.

Carlo se queda pensativo por un momento, y luego asiente.

—¿Te preocupa que esté relacionada con lo de Teo?

Su pregunta me golpea como una verdad incómoda que no quiero admitir. Claro que me preocupa. Desde que Teo apareció, las cosas se han vuelto más complicadas. Y aunque Laura me ha dicho que lo resolverá, sé que su influencia sobre ella aún es fuerte, como una sombra que no termina de desaparecer.

—No lo sé, Carlo. Es todo muy confuso… —respondo, pasándome una mano por la cara, intentando despejar mis pensamientos.

—Dale tiempo, Matteo. Quizá solo necesitaba aclarar algunas cosas por su cuenta. Laura es

una mujer fuerte, pero todos necesitamos nuestro espacio de vez en cuando. Pero… —noto que duda y eso me pone nervioso.

—¿Qué estás pensando?

—¿No estarán compinchados Teo y ella y todo esto solo es un engaño?

—¡Carlo! —le increpo—. ¿Cómo puedes pensar así?

—Vittorio sospechaba de ella. Quizá sabe demasiado y tiene algún plan para quedarse con las pinturas.

—No, no puede ser —murmuro con la cabeza entre mis manos.

—Solo es una idea. Todo este tiempo no me lo ha parecido, pero es que su marcha es extraña.

—Tiene que haber otra explicación, Carlo. Tiene que haberla.

—Ojalá sea así. Si necesita algo, estaré en la sala.

Asiento, agradecido por sus palabras, pero sigo sintiendo una opresión en el pecho. Si tan solo pudiera escuchar su voz, saber que está bien, entonces quizá esta sensación de vacío se disiparía.

Llamo a Vittorio para informarle de todo y ver si puede averiguar algo. Después, voy a ayudar a Carlo para terminar el trabajo. Ya solo queda el informe y le pido que se vaya a casa, con su familia. Camino por la villa como un fantasma, incapaz de concentrarme en nada más que en su ausencia. Cada rincón de este lugar me recuerda a ella: el jardín donde nos sentamos juntos, el porche donde compartimos nuestras confidencias bajo la luz de la luna, los pasillos por donde la he visto pasar cientos de veces, y el escalón del porche que ya solo me recordará a la noche de ayer en la que fuimos fuego y pasión. ¿Dónde estás? ¿Por qué te has ido?

Cuando la noche cae por completo, me siento de nuevo en mi despacho, con la vista fija en la pantalla del móvil, esperando una llamada que nunca llega. Afuera, el viento susurra entre los árboles, pero el sonido no consigue calmar la tormenta que hay dentro de mí.

Me recuesto en la silla y cierro los ojos, tratando de encontrar respuestas en la oscuridad de mis pensamientos. Pero lo único que veo es a Laura, su sonrisa, sus ojos cargados de preguntas, su risa y sus jadeos que aún resuenan en mis oídos.

CAPÍTULO 17

Laura

La carretera se extiende delante de mí como un río interminable, y mientras conduzco, mi mente no puede dejar de girar en torno a lo que ocurrió anoche. Mi corazón aún late con fuerza cada vez que pienso en Matteo, en cómo me miraba, en cómo nuestros cuerpos se fundieron en una conexión que nunca antes había sentido. Pero ahora, esa cercanía parece un sueño lejano, casi inalcanzable. Todo ha cambiado. Mi cuerpo huele al mismo gel de vainilla que usa él y que está en todos los baños de la villa y eso me lo hace más difícil.

Salí de la villa sin decir una palabra, dejándolo atrás, y seguro que cuando se dé cuenta se sentirá confuso. Me parte el alma imaginarlo. Odio haber tenido que hacerlo, pero no supe qué otra cosa hacer. Aún puedo sentir el frío del teléfono en mi mano cuando, a las cinco de la madrugada, lo revisé por impulso y vi esas fotos. Mis dedos se quedaron congelados al deslizar la pantalla: imágenes de Matteo y de mí, en el porche, envueltos en la intimidad de la noche, capturadas sin nuestro conocimiento. En cada fotografía, se podía ver cómo nos besábamos, cómo nos tocábamos, cómo nos entregábamos el uno al otro, sin pensar que alguien nos observaba. Mi estómago se retorció de terror cuando, inmediatamente después, apareció el mensaje de Teo: «Bonita escena, ¿verdad? Qué pena que otros lo vayan a ver también si no vienes y recupero lo que es mío. Te destruiré si no lo haces, cariño».

El miedo me hizo reaccionar antes de poder pensar con claridad. No podía permitir que esas imágenes salieran a la luz. No solo por mí, sino por Matteo. Su reputación, su vida, todo podría venirse abajo si esto se hacía público. Y Teo lo sabe. Esa amenaza, ese mensaje, ha sido su jugada maestra. Mi vida, de nuevo, está en sus manos.

Durante el trayecto a Roma, empiezo a sentirme asfixiada. El paisaje que se despliega a mi alrededor, esas colinas verdes y doradas que tanto me habían calmado antes, hoy se sienten opresivas, como si me empujaran a una decisión que no quiero tomar. Con cada kilómetro que avanzo, mi mente trata de encontrar una solución, algo que pueda detener a Teo antes de que haga más daño. Pero la verdad es que estoy aterrada y no se me ocurre nada.

Decido llamar a Claudia, mi amiga y abogada, tan pronto como me subo al coche, y pongo el manos libres. Necesito su ayuda, su consejo y su apoyo. Con ella puedo ser honesta, contarle todo lo que ha pasado y pedirle que me ayude a salir de esta situación. Mientras el coche avanza por la carretera, sus palabras resuenan en mi cabeza. «Laura, no puedes enfrentarte a esto sola. No hasta que sepamos exactamente qué tiene Teo entre manos».

El camino hacia Roma parece más largo de lo habitual. Acelero un poco más, con las manos firmes en el volante, y me esfuerzo por mantener la mente enfocada. Siento la opresión en el

pecho, como si el peso de todo lo que está sucediendo fuera a aplastarme en cualquier momento. Sé que dejar la villa así, sin explicaciones, fue una traición para Matteo, que no sabrá qué me ha pasado. ¿Dudará de lo de anoche? Estará confuso. Lo sé, y me duele. Pero, ¿cómo podría explicarle todo sin ponerlo en peligro? ¿Cómo contarle que Teo está dispuesto a destruirnos, y que yo soy el principal objetivo? Matteo debe entender que solo le traeré problemas si me quedo junto a él.

Llego a la ciudad y recojo a Claudia en su despacho. Al verla, la tensión en mi pecho se alivia un poco. Ella me sonríe, aunque su mirada revela preocupación.

—¿Estás bien? —me pregunta en cuanto sube al coche, lanzándome una mirada rápida mientras coloca su bolso en el asiento trasero.

—No —respondo sin rodeos, y siento cómo el peso de la situación vuelve a caer sobre mí—. No sé qué hacer, Claudia. Teo tiene fotos... Fotos de Matteo y de mí anoche, en la villa. Y me ha amenazado con hacerlas públicas si no voy a verlo, como te dije.

Claudia se queda en silencio, como sopesando algo, y luego, su mirada se endurece.

—No puedes dejar que te manipule de nuevo, Laura. Ese imbécil siempre ha sabido cómo controlarte. Pero esta vez no. Vamos a hacerle frente juntas.

Asiento, aunque sé que no será fácil. Claudia siempre ha sido más fuerte que yo en este tipo de situaciones y, como abogada, se ha enfrentado a situaciones poco amables, pero ahora mismo, me siento más vulnerable que nunca. Teo ha jugado su carta de manera perfecta, y estoy atrapada.

—¿Tienes claro lo que vamos a hacer? —me pregunta Claudia mientras nos acercamos al apartamento de Teo, que una vez fue de los dos. De hecho, fui yo la que lo alquiló y lo decoró.

—No, Claudia, no. Solo sé que necesito acabar con esto —respondo con firmeza, aunque mi voz tiembla un poco—. Quiero que me diga qué quiere, y que borre esas fotos.

Claudia asiente, y juntas caminamos por las calles de Roma, que hoy me parecen más frías y hostiles que nunca. El bullicio habitual de la ciudad no me reconforta, más bien parece aumentar mi ansiedad. Cada paso que doy hacia la puerta de Teo me pesa como si llevara cadenas atadas a los pies.

Cuando llegamos al edificio, me detengo frente a la puerta. Miro a Claudia, que me ofrece una sonrisa de apoyo.

—Estoy contigo —me dice, y esas palabras son suficientes para que me arme de valor y toque el timbre.

El tiempo que pasa hasta que la puerta se abre se me hace eterno. Mis pensamientos van y vienen, imaginando todas las posibilidades. Pero cuando la puerta se abre, y veo a Teo ahí, de pie, con esa sonrisa cínica en su rostro, toda mi determinación se tambalea.

—Laura, mi gatita... Sabía que vendrías —se recochinea, y su tono me da náuseas—. Debí decirte que vinieras sola, ¿qué hace esta aquí?

—¿Y a ti qué más te da? —le espeto.

Claudia y yo entramos sin decir una palabra más, y Teo cierra la puerta tras nosotras. Me lleva a su salón, donde todo está exactamente igual que la última vez que estuve aquí, antes de que mi vida se desmoronara por completo.

—¿Qué quieres, Teo? —pregunto, sintiendo que la rabia empieza a burbujear en mi interior.

—Solo quiero lo que es mío, Laura, ya te lo he dicho. Lo que siempre debió ser mío. Mi reputación, mi trabajo... y a ti —responde, acercándose a mí con pasos lentos, como un depredador acechando a su presa, y trata de tocar mi cara, pero me giro y acaricia al aire. Da un chasquido con la lengua claramente molesto.

Doy un paso atrás, y siento la mano de Claudia sobre mi brazo, dándome fuerzas para no caer en su juego.

—Eso no va a pasar —le respondo con la mayor firmeza que puedo reunir—. No puedes chantajearme con esas fotos, Teo. Lo que haces es ilegal, y lo sabes.

Teo sonríe, y esa sonrisa me hiela la sangre.

—¿Ilegal? Vamos, Laura. ¿Quién va a creerlo? Tienes una relación con tu jefe, en una villa llena de arte robado... Créeme, si esto sale a la luz, la que va a quedar peor eres tú.

Claudia da un paso adelante, con postura es firme, y voz cortante.

—Teo, esto es una advertencia. Si no borras esas fotos ahora mismo y nos entregas cualquier copia que tengas, te enfrentarás a cargos serios. Esto no es solo una cuestión moral, estás violando la privacidad de Laura, y tenemos las leyes de nuestro lado.

Teo la mira con desdén, pero sé que Claudia ha logrado desestabilizarlo. Saca su móvil del bolsillo y lo balancea frente a nosotras.

—Las fotos no se irán a ninguna parte... si haces lo que te pido —me dice con frialdad—. Quiero que desistas de la investigación en la villa. Quiero que dejes a Matteo y me ayudes a recuperar mi reputación y mi puesto en la universidad. Solo así borraré todo.

El asco y la rabia me recorren, pero me mantengo firme. Claudia aprieta mi brazo en señal de apoyo y doy un paso hacia Teo, mirándolo a los ojos con todo el odio que siento.

—No voy a permitir que vuelvas a manipularme —digo, sorprendida por la fuerza de mis palabras—. No tienes ningún poder sobre mí, Teo. Y si crees que puedes destruirme, estás muy equivocado.

El silencio que sigue es pesado, lleno de tensión. Teo me mira, desafiante, pero por primera vez en mucho tiempo, siento que tengo el control. No soy la misma mujer que él destrozó. No voy a dejar que vuelva a hacerlo.

—Nos vamos —dice Claudia con decisión, tomando mi mano y tirando de mí hacia la puerta —. Y te advierto, Teo, si haces públicas esas fotos, te enfrentarás a más problemas de los que puedes manejar.

Teo no dice nada mientras nos dirigimos a la puerta, pero puedo sentir su mirada sobre mí, oscura y llena de odio, y me extraña que no trate de detenernos. ¡Qué equivocada estoy! Intento abrir la puerta y está cerrada con llave.

—¿Teo? Ábrenos la puerta.

—De eso nada. De aquí no salís hasta que firmes esos papeles que hay en la mesa y hagas una declaración en video diciendo lo imbécil que fuiste al montar toda esta trama contra mí y que soy inocente como un corderito —se ríe.

Teo nos empuja a las dos hacia el sofá, donde caemos de golpe. Me derrumbo en el asiento, temblando.

—Ojalá hubieras venido sola —murmura—. Hubiera sido más fácil.

Lo siguiente que noto es un golpe en la cabeza y todos se vuelve negro.

CAPÍTULO 18

Matteo

El día ha pasado como una nube oscura, pesada, y cada minuto que Laura está fuera sin dar señales de vida me consume más. No puedo dejar de pensar en lo que pudo haber pasado. Su marcha a Roma sin decirme nada, la preocupación que la señora Moretti mencionó, y la manera en que me dejó después de todo lo que compartimos. ¿Qué le ha pasado? ¿Por qué se fue?

—Matteo, esto no tiene sentido —dice Vittorio, entrando en mi despacho con una expresión que no me gusta nada, recién llegado de Florencia—. No puedes negar que todo esto es muy extraño. Laura desaparece sin avisar, no contesta al teléfono, y ahora estamos aquí, sin saber nada. Quizá Carlo tenía razón. Quizá ella… —Hace una pausa, como si no quisiera decir lo que está pensando, pero lo veo claro en sus ojos.

—¡Basta, Vittorio! —le interrumpo, levantando la voz más de lo que pretendía—. No quiero oír ni una palabra más sobre eso. Laura no tiene nada que ver con Teo, y no voy a permitir que pongas en duda lo que está pasando.

Mi primo me observa, con una mezcla de escepticismo y preocupación. Sé que está intentando protegerme, pero no puedo soportar la idea de que él, o cualquiera, dude de Laura. Después de lo que compartimos anoche, no cabe en mi cabeza que ella esté aliada con alguien como Teo. No puede ser.

—Está bien, está bien… —Vittorio levanta las manos en señal de rendición—. Pero hay algo que no cuadra, Matteo. No puedes negar que su comportamiento es extraño. Te fuiste a dormir y ella salió de la villa antes del amanecer, como una fugitiva que huye o trata de esconder algo. ¿Por qué no te dijo nada?

La verdad es que ni yo mismo puedo entenderlo. ¿Por qué no me dijo nada? ¿Qué la llevó a marcharse de esa forma, después de lo que pasó entre nosotros? ¿Es posible que haya algo más que no me esté contando? Es imposible que lo de anoche no signifique nada, que solo haya sido un juego y en realidad esté involucrada en esta trama que no tiene ningún sentido. ¿Qué quiere Teo? ¿Las obras? ¿Y Laura?, recuerdo cuando uno de sus primeros días vi por casualidad un artículo sobre las pinturas, que supuestamente habían sido robadas, en su *tablet*. ¿Lo sabría todo y lo ha organizado con Teo?

Mientras esas preguntas resuenan en mi cabeza, el señor Moretti entra en la sala, con el rostro pálido y la preocupación pintada en cada arruga.

—Señor Fontana, hay algo más que creo que debería saber —dice, nervioso—. Esta mañana, cuando fui a revisar la sala de las pinturas, uno de los chicos que estaba ayudando con las obras

de la pared no se presentó a trabajar. Se trata de Paolo. He preguntado a todos y nadie sabe dónde está y tampoco ha avisado de su ausencia. Y su teléfono parece apagado.

Mis pensamientos se detienen en seco. Paolo es uno de los empleados más nuevos de la finca, pero hasta ahora ha sido muy eficiente. Siempre ha estado a tiempo, y faltar sin avisar no es propio de él. Miro a Vittorio, y sé que él también está pensando lo mismo.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste? —pregunta Vittorio, cruzando los brazos mientras observa al señor Moretti con atención.

—Ayer, al final del día, cuando recogieron los escombros, pero no dijo nada sobre que iba a faltar hoy —responde, frunciendo el ceño—. Y lo peor es que alguien ha dejado una de las ventanas del salón abierta. Lo descubrí esta mañana. No lo mencioné antes porque pensé que uno de los chicos la había olvidado así por error, pero ahora me preocupa.

El corazón me late con fuerza. Paolo no aparece, y una ventana abierta sin explicación… Algo no va bien.

—Cerrad esa sala inmediatamente con llave —digo con firmeza—. Y asegúrate de que nadie entra ni sale sin nuestro permiso.

—Llamaré a la agencia de vigilantes privados para que nos manden a una pareja de guardias a vigilar la villa hasta que esto se aclare —añade Vittorio, tomando su móvil con rapidez—. Carlo y Moretti se quedarán aquí para asegurarse de que todo sigue bajo control, mientras tú y yo vamos a Roma. No podemos correr más riesgos.

Mis pensamientos vuelven a Laura, y la sensación de que algo más oscuro está ocurriendo se apodera de mí. ¿Es posible que Paolo tenga algo que ver con su desaparición? ¿Y si Teo está moviendo los hilos desde las sombras, utilizando a Paolo y a Laura como parte de su plan? No puedo quitarme esa idea de la cabeza.

—Voy a llamar al profesor Rinaldi de nuevo —le digo a Vittorio—. Quiero asegurarme de que no ha habido ningún otro movimiento extraño en la universidad que pueda darnos alguna pista.

Tomo el teléfono con manos temblorosas y marco el número del profesor. Responde al segundo tono, con una voz que refleja su preocupación.

—Señor Fontana, ¿alguna novedad? —pregunta Rinaldi.

—Nada. Laura sigue sin dar señales de vida. Seguimos sin saber dónde está exactamente ni por qué. Imagino que usted tampoco sabe nada.

—No, les hubiera llamado enseguida.

—Quería hacerle otra pregunta, profesor. ¿Hay alguna posibilidad de que Teo esté involucrado? Necesito saber si tiene alguna pista y si puede ayudarnos a localizarlo.

El profesor Rinaldi guarda silencio unos segundos, y finalmente responde con voz tensa:

—Lo lamento, pero no tengo acceso a su dirección por las políticas de privacidad de la universidad. Lo siento mucho, de verdad. Estoy igual de preocupado que usted, pero no puedo saltarme las normas.

Cuelgo, frustrado, sintiendo que el tiempo se nos escapa entre las manos. Necesitamos actuar, y rápido.

—Voy a llamar a Fabrizio —anuncia Vittorio, decidido—. Si Rinaldi no puede darnos la dirección, la policía lo hará. No podemos esperar más.

Mientras Vittorio habla con su amigo en la policía, la inquietud me devora. Quiero ir a Roma ahora mismo, encontrar a Laura y asegurarme de que está bien. Fabrizio nos dice que irá de inmediato tras dar parte a sus compañeros de la capital, y nosotros nos preparamos para salir hacia Roma.

Antes de irnos, me aseguro de que todo en la villa está protegido. Carlo y Moretti se quedan vigilando, junto con los guardias de seguridad que Vittorio ha contratado. Cierro todas las salas, no solo la de las pinturas, con llave, sabiendo que no podemos permitir que algo le pase a esa colección. Pero, por encima de todo, no puedo permitir que algo le pase a Laura.

—Matteo, vámonos —me dice Vittorio desde la puerta.

Salimos rápidamente de la villa y nos dirigimos a Roma. El trayecto es un infierno. Mi mente no para de crear escenarios, de imaginar lo peor. Vittorio intenta tranquilizarme, pero yo solo quiero llegar. El coche parece avanzar con demasiada lentitud, y cada kilómetro que pasa, siento cómo el nudo en mi estómago crece.

Por fin, atravesamos la ciudad y llegamos al punto de encuentro con la policía, a la que seguimos hasta el edificio donde vive Teo. De lo primero que me doy cuenta es de que el coche de Laura está aparcado frente a la entrada. Mi corazón se acelera.

—Su coche está aquí —digo, señalando el vehículo—. Está dentro.

—Matteo, esto la implica, ¿lo sabes, verdad? —señala Vittorio y mi inquietud crece.

La policía nos acompaña hasta el apartamento de Teo. Todo parece normal desde fuera, pero cuando uno de los agentes llama a la puerta, no hay respuesta.

—No parece haber nadie —informa uno de los agentes.

—¡Tiren la puerta abajo si hace falta! —les grito, sin poder contener la angustia que siento.

Los policías no se hacen esperar y, con una fuerza brutal, derriban la puerta. El apartamento es un caos. Lo que encuentro me deja paralizado.

En el suelo, atadas una a la otra, están Laura y otra chica que no conozco. Parecen inconscientes y sus cuerpos están inertes. Me arrodillo junto a Laura, sintiendo que el mundo se derrumba a mi alrededor. La sangre en su frente es una visión que me corta el aliento.

—Laura, por favor, despierta… —susurro, desatando las cuerdas con manos temblorosas. Pero no hay respuesta.

La policía registra el apartamento, obligándonos a permanecer junto a la puerta. Teo no está. No sabemos si ha huido o se ha marchado por alguna otra razón. Los bolsos de las dos mujeres han sido vaciados en el suelo y sus móviles están abiertos y sin batería.

Los paramédicos, llamados por la policía, llegan rápidamente y se llevan a las dos mujeres.

No me despego de Laura, no puedo dejarla así. Mientras la suben a la camilla, noto cómo mi mano agarra la suya, pero sigue sin moverse.

Y mientras miro a Laura durante el trayecto al hospital, sé que no descansaré hasta encontrar a Teo.

CAPÍTULO 19

Laura

Cuando abro los ojos, lo primero que noto es el dolor punzante en mi cabeza, como si un tambor invisible estuviera resonando en mi interior. Parpadeo varias veces, tratando de enfocar mi vista, pero todo está borroso. Siento el cuerpo pesado, como si cada músculo se negara a moverse. Mi boca está seca, y el leve pitido de una máquina a mi lado me indica que no estoy en la villa.

Estoy en un hospital.

El aire estéril, el murmullo suave de las voces y el olor a desinfectante son inconfundibles. Giro la cabeza lentamente hacia un lado, y veo a Claudia, en la cama de al lado, todavía inconsciente. Mi corazón se acelera. Los recuerdos empiezan a aflorar, como fragmentos dispersos de una pesadilla. Teo. El apartamento. Las amenazas. Las fotos. Todo me viene en flashes, imágenes que me producen náuseas.

Intento moverme, pero el dolor en mi cabeza es tan fuerte que me deja paralizada por un segundo. Respiro hondo y miro al otro lado. Ahí, de pie, está Matteo, mirando su móvil. Lo primero que siento es alivio al verlo, pero también confusión. ¿Qué hace aquí? ¿Cómo he llegado a este lugar?

—Matteo… —murmuro, con la voz débil, mientras intento incorporarme.

Él se gira al oír mi voz, y la expresión de su rostro me desarma. Sus ojos, oscuros y llenos de preocupación, se clavan en mí como si hubieran estado esperando ese momento durante horas. Da un paso hacia la cama, me besa en la frente y se sienta en una silla a mi lado, tomando mi mano entre las suyas. El contacto es cálido, reconfortante, pero al mismo tiempo, siento el peso de lo que ha pasado entre nosotros.

—Laura, estás bien… —susurra, aliviado, mientras aprieta mi mano con suavidad y la acaricia—. Dios, no sabes lo preocupado que he estado.

Sus palabras, el tono de su voz y su ligera sonrisa me hacen sentir más segura, pero también más confusa. Intento recordar cómo he llegado aquí, qué ha pasado. Miro alrededor, y cuando mis ojos vuelven a encontrarse con los de Matteo, algo en su mirada me dice que él lo sabe todo.

—¿Qué… qué ha pasado? —pregunto, tratando de mantener la calma mientras las imágenes en mi cabeza empiezan a encajar.

Matteo suspira, como si no supiera por dónde empezar.

—Te encontramos en el apartamento de Teo… —empieza a decir, con voz tensa, aguantando

sus emociones—. Estabas inconsciente, atada a una silla junto a tu amiga Claudia. Teo no estaba allí cuando llegamos. Huyó. La policía está buscándolo.

Un escalofrío recorre mi cuerpo. Las imágenes de Teo, su sonrisa maliciosa, su voz venenosa, todo vuelve a mí con una claridad que me asusta.

—Las fotos… —murmuro, recordando la amenaza que me llevó a esa situación.

Matteo me mira, y puedo ver el dolor en sus ojos.

—Lo sé. Teo te estaba chantajeando. Lo supe cuando llegué al apartamento. Pero, Laura… —su voz se quiebra por un segundo—. ¿Por qué no me lo contaste? ¿Por qué te fuiste sin decirme nada?

La pregunta queda en el aire, cargada de incertidumbre. Sé que tiene razón, pero en ese momento, todo lo que pensé fue protegerlo. La culpa me invade, y bajo la mirada.

—No quería que te metiera a ti en esto… —respondo con un hilo de voz—. Teo amenazó con destruirte también si no iba a verlo y resarcía su honor. No quería que sufrieras por mi culpa y que te hundiera.

Matteo sacude la cabeza, frustrado, pero no me suelta la mano.

—Laura, no podías hacerle frente tu sola. Teo es peligroso, y lo que sea que esté planeando… no va a parar hasta conseguir lo que quiere. No puedes cargar con todo esto tú sola —dice, con una intensidad que me traspasa.

Sus palabras me conmueven, pero antes de poder responder, escucho un débil gemido desde la otra cama. Claudia se está despertando. Me vuelvo hacia ella, y veo cómo parpadea lentamente, tratando de orientarse.

—Claudia… —digo con un susurro, tratando de atraer su atención.

Ella abre los ojos y me mira, desconcertada al principio, pero poco a poco su expresión cambia. Los recuerdos empiezan a volverle también.

—Laura… —murmura, aún medio adormilada—. ¿Dónde estamos?

—En el hospital —respondo, mientras ella intenta incorporarse—. Nos encontró la policía… o mejor dicho, Matteo nos encontró. Ahora ya os conocéis —digo tratando de que una sonrisa se perfile en mis resecos labios.

Claudia cierra los ojos un segundo, como tratando de procesar todo lo que ha pasado. Luego se incorpora un poco con dificultad, acariciándose la cabeza.

—Teo… —empieza a decir, y veo cómo su cuerpo se tensa al recordar—. Lo escuché. Justo antes de perder el conocimiento, oí que decía algo sobre la villa… algo sobre las pinturas.

Matteo se endereza al oír sus palabras, y la tensión en la habitación se eleva al máximo.

—¿Cómo dices? ¿Puedes recordarlo? —pregunta, inclinándose hacia Claudia.

—Teo mencionó que iba a la villa… Creo que sabía que tú vendrías a buscar a Laura a Roma, y que él aprovecharía para regresar allí en tu ausencia. Escuché que le decía a alguien que era su

oportunidad para robar las pinturas. Que necesitaba recuperar algo antes de que llegaran las autoridades… —Claudia frunce el ceño, claramente afectada por el golpe y los recuerdos confusos, pero sus palabras son suficientes para encender todas las alarmas.

—¡Maldita sea! —gruñe Matteo, poniéndose de pie con furia—. Está en la villa.

Mi corazón se acelera de nuevo. Teo ha ido a la villa, sabiendo que Matteo y Vittorio estarían lejos, y probablemente está intentando robar las pinturas. El peligro se cierne sobre todo lo que hemos estado protegiendo.

—Debo avisar a Carlo y a Moretti —anuncia Matteo sacando el teléfono—. No podemos dejar que Teo se salga con la suya. Menos mal que Vittorio contrató a los vigilantes. Aun así, nadie es de confianza. Mira Paolo…

Se dirige hacia la puerta para hablar por teléfono mientras yo trato de ponerme de pie, pero el dolor en mi cabeza me lo impide. Aún me siento débil; sin embargo, no puedo quedarme aquí sin hacer nada. Las pinturas, la villa, todo está en peligro.

Escucho a Matteo hablar con Vittorio por el manos libres, y su voz suena tensa mientras le explica lo que acabamos de descubrir.

—Vittorio, Teo está en la villa. Claudia lo escuchó antes de que le hiciera efecto el somnífero que les administró. Tenemos que actuar ya. Llama a la policía y ve allí, yo me quedo en Roma de momento —le ordena, paseando de un lado a otro de la habitación mientras espera la respuesta.

—La villa está cerrada bajo llave. Los guardias están vigilando las obras, pero hace unos minutos recibimos una llamada de la universidad. Dicen que el profesor Rinaldi ha sido secuestrado —la voz de Vittorio suena tan impactada como la nuestra—. Y parece que Paolo está involucrado. Él fue el que os hizo las fotos por orden de Teo.

La revelación me deja sin aliento. Paolo, el trabajador que desapareció esta mañana, estaba trabajando para Teo desde el principio. Y ahora, con el profesor Rinaldi secuestrado, las cosas se complican aún más.

—Vamos a necesitar a la policía en la villa de inmediato —le dice Matteo a Vittorio—. Llama a Fabrizio y ponlo en marcha.

Mientras Matteo sigue hablando con Vittorio, me tumbo de nuevo, sintiendo que el mundo a mi alrededor se desmorona. Teo ha ido demasiado lejos esta vez. Pero por mucho miedo que me provoque, sé que no podemos dejar que gane. No después de todo lo que hemos pasado.

Cuando Matteo cuelga el teléfono, vuelve a mi lado, y sus ojos, aunque llenos de rabia y determinación, también muestran una preocupación profunda por mí. Me toma la mano de nuevo, y ese simple gesto me llena de una calidez que me ayuda a mantener la calma.

—No voy a dejar que te haga daño otra vez —me dice, susurrando, mientras acaricia mi mano con suavidad y me besa en la mejilla—. Te lo prometo.

No sé qué decirle. Todo lo que quiero hacer es hundirme en su abrazo, olvidarme de todo por un momento, pero sé que ahora no es el momento de dejarme llevar por las emociones. Tenemos que estar alerta.

—No me voy a separar de ti —añade, con voz firme—. Los demás se encargarán de todo. Pero no pienso dejarte sola.

El nudo en mi garganta se hace más grande al escuchar sus palabras. Me dejo caer contra la almohada, incapaz de contener la mezcla de alivio y miedo que me inunda.

—Matteo… gracias —murmuro, sintiendo que las palabras son insuficientes para expresar lo que bulle en mi interior—. Siento mucho lo que ha pasado y haberte metido en este problema. Yo.., no sabía nada. —Matteo besa mis labios para que no siga disculpándome.

—No es culpa tuya, Laura. Nada lo es.

—Me alegro de que estés conmigo.

Él me mira intensamente, con amor, y en ese instante, el mundo fuera del hospital parece desaparecer. Se inclina hacia mí y, en un movimiento suave, pero decidido, se acerca de nuevo y me besa. Sus labios son cálidos, reconfortantes, y el beso me dice más que todas las palabras que callamos. Dejo que ese momento me envuelva, que me arrastre lejos de todo el dolor y el caos. Me pierdo en él, en su protección, en su amor.

—Por mí no os cortéis —dice Claudia entre risas—. Si no me doliera tanto la cabeza, me daba la vuelta, o me buscaba un enfermero cachas para pasar la tarde…

Nos reímos sin dejar de mirarnos. Matteo apoya su frente contra la mía, y siento su respiración agitada. Me sostiene la mano con más fuerza, y en su mirada veo la promesa de que, pase lo que pase, no me va a dejar caer.

—Voy a quedarme contigo, Laura —repite, casi como un voto—. No te preocupes por nada más.

Mientras sus palabras me envuelven, pienso en todo lo que ha cambiado mi vida este mes, en la policía que debe estar ya en la villa y en todo lo que aún nos queda por resolver. Pienso en Teo, en el profesor Rinaldi, en las pinturas y en que, a pesar de todo, me siento segura, sabiendo que no estoy sola en este momento de mi vida.

EPÍLOGO

Matteo

El aroma a lavanda y tomillo se mezcla con el aire cálido de la Toscana, envolviendo la villa en una quietud que no habíamos experimentado en meses, con todo el revuelo causado por el descubrimiento de las pinturas ocultas. La brisa suave acaricia las cortinas que ondean desde las ventanas abiertas, y el sonido lejano de risas y conversaciones me llega como una melodía tranquila. Es el final perfecto para todo lo que hemos vivido.

Hace seis meses, no hubiera imaginado que mi vida pudiera dar un giro tan completo. Ahora, mientras observo el paisaje de colinas doradas y verdes desde la terraza de mi habitación, siento una gratitud inmensa por estar aquí, por haber llegado hasta este momento. Mis pensamientos se desvanecen cuando noto una presencia a mi lado.

Laura está junto a mí, envuelta en una bata ligera, con el pelo aún húmedo por la ducha. Me observa en silencio, con esa mirada que siempre parece ver más allá de lo evidente, esa mirada que me atraviesa desde que la conocí. Sus ojos, ahora llenos de tranquilidad, me dicen todo lo que necesito saber. Está bien. Estamos bien.

—Parece que hoy va a ser un gran día —vaticina con una sonrisa cálida, mientras se apoya en la barandilla de la terraza, mirando hacia el horizonte.

Asiento, devolviéndole la sonrisa. Hoy, la villa volverá a llenarse de vida, pero esta vez de una forma diferente, lejos de la tensión y el peligro que nos acechó hace meses y lejos también del barullo que ocasionó el anuncio del descubrimiento. Durante semanas estuvimos rodeados de gente entre periodistas, inspectores de cultura, estudiosos de arte, policías y curiosos.

—¿Estás nerviosa? —le pregunto, acercándome a ella y rodeándola con mis brazos desde atrás. Mi barbilla se apoya en su hombro, y siento su cuerpo relajarse contra el mío.

—Un poco… —confiesa, mientras desliza su mano por mis brazos, acariciándome suavemente—. Pero en el buen sentido. Hoy va a ser un día especial, ¿no crees?

—Sí, lo va a ser. Especial para todos nosotros —respondo, besando su mejilla con ternura—. Hoy cerramos un capítulo importante de nuestras vidas. Y abrimos uno nuevo, que espero que sea mucho mejor.

Laura gira ligeramente, lo suficiente para encontrar mis ojos. Su mirada está llena de amor, y en ese momento, siento que no hay otro lugar en el mundo en el que quisiera estar. La tomo de la mano y la guío hacia dentro de la habitación, aislados del bullicio por los preparativos de la celebración que comienza a llenar la villa.

—Vamos, Vittorio y Carlo nos está esperando para ultimar algunas cosas —le pido, sin dejar de mirarla.

Ella sonríe y asiente, pero antes de que pueda dar un paso, me detengo, tirando suavemente de su mano para acercarla más a mí.

—Espera un segundo… —le susurro.

Mis manos rodean su rostro, acariciando su piel suave, y sin pensarlo dos veces, inclino mi cabeza y busco sus labios. Comienzo un beso lento, lleno de todo lo que hemos vivido, de todo lo que hemos superado juntos. Un beso que nos conecta de una forma que nunca había sentido con nadie más.

—Te amo —le digo, sin apartarme de sus labios.

Laura sonríe contra mi boca, respondiendo con un susurro que me llena el pecho de una calidez indescriptible.

—Y yo a ti, Matteo. No sabes cuánto.

Escuchar mi nombre saliendo de su boca con ese tono es una caricia que solo hace que aumentar mi deseo por ella. Nuestras bocas se rozan de nuevo provocándome un cosquilleo dulce, llevo mis manos a su cintura y la aferro contra mi cuerpo sin querer separarme de ella jamás, como le prometí en el hospital. En el beso que sigue saboreo la boca de Laura, su aroma a vainilla, a chocolate, a esperanza, a hogar. Mi lengua caliente demanda la suya, que responde y me atrapa. Enseguida noto cómo sus manos se deshacen de mi camiseta y yo paso las mías por la abertura de la bata, dejando sus pechos expuestos a mi vista, a mis manos y a mi lengua que lame desde su cuello hasta sus pezones. Pellizco uno con los dedos y el otro con mis labios mientras mi lengua juguetea con su botón que se ha puesto rígido para mí. Laura jadea en mi cuello mientras me acaricia la espalda. Su gemido está lleno de erotismo, la curva de su cuello es una llamada a mi deseo y la erección que tengo ahora es una invitación al placer que los dos anhelamos. Laura me hace perder la cordura cuando abre las piernas y se vuelve a arquear al sentir el roce de mis manos cerca de sus ingles. Damos unos pasos erráticos hasta alcanzar la cama, por el camino se ha quedado su bata y mi camiseta. Ella se sienta y me baja los boxer, me sujeta la polla y la lame con devoción. Pero no quiero eso ahora, no hay tiempo y deseo meterme dentro de ella, que gocemos juntos antes de la celebración. La tomo de las axilas para que se tumbe y me subo a la cama encima de ella, que me rodea las caderas con las piernas. Nos besamos de nuevo y en su boca encuentro refugio, es como el aire que necesito para vivir Su mano se desliza entre nuestros cuerpos y acaricia mi polla ayudándola a encontrar su lugar, el único en el que me quedaría por siempre. La penetro suavemente, recorriendo todas sus paredes, acariciándola por dentro como sé que le gusta. Es un pequeño tormento con el que goza y sus gemidos son la prueba. Una sonrisa de satisfacción se dibuja en mi cara y la beso en los labios. Sus manos aprietan mis nalgas pidiéndome más y mi cuerpo reacciona al instante. Nuestras caderas friccionan mientras la embisto con todo el amor y el deseo en el que me he convertido. Porque ahora soy más que un cuerpo. El sexo con Laura tiene algo mágico que nos hace gozar como nunca antes. Es la gloria, el éxtasis con mayúsculas al que llego desplomándome sobre ella. Nuestros pechos suben y bajan jadeando al mismo ritmo. La beso en el cuello.

—Te quiero con locura —susurro a su oído.

Nos quedamos así, en ese instante suspendido en el tiempo, hasta que el sonido de unos golpes en la puerta nos trae de vuelta a la realidad.

—¡Pareja! ¡Dejad de acaramelaros! —la voz de Vittorio nos llega desde la distancia, cargada de su habitual tono burlón—. ¿Bajáis ya? Os estamos esperando.

—Saliendo de la ducha —grito—. Ya vamos.

—Ya, de la ducha… —Oigo decir mientras se aleja y nos hace reír.

—Vamos, antes de que Vittorio se meta aquí y nos arrastre a la fiesta por la fuerza —ríe Laura, mientras me toma de la mano al ponerse de pie y me guía hacia el cuarto de baño para darnos una ducha ligera y arreglarnos.

La villa está decorada con sencillez, pero con el toque tradicional de la Toscana que tanto amamos. Guirnaldas de luces se entrelazan entre las columnas de piedra, y mesas largas cubiertas con manteles de lino blanco se extienden por todo el jardín, donde platos típicos de la región esperan a los invitados. Los viñedos que rodean la villa se pierden en el horizonte, y el sol otoñal de la tarde baña todo con una luz cálida que da una tonalidad ámbar al paisaje.

Vittorio está supervisando los últimos detalles de la fiesta, mientras conversa animadamente con Claudia, que también está radiante hoy. Desde que empezaron a salir hace unos meses, han sido inseparables, y me hace feliz ver que mi primo, después de tantos años de soltería y sexo sin compromiso, ha encontrado a alguien que lo haga reír de esa manera. Se hacen felices el uno al otro y eso me hace feliz a mí.

—¡Vaya par de tortolitos! —exclama Claudia, guiñando un ojo mientras nos acercamos—. Si os miráis así durante la fiesta, más de uno va a pensar que esto es una boda secreta.

Laura y yo intercambiamos una mirada cómplice y nos reímos. La verdad es que estos meses han sido una montaña rusa de emociones, pero el hecho de que hayamos llegado hasta aquí juntos es lo único que importa.

—No os preocupéis, Claudia. Aún no hemos llegado a eso —responde Laura, sonrojándose levemente.

—Bueno, bueno, dejemos que el tiempo haga lo suyo —interviene Vittorio, con una sonrisa pícara—. Aunque yo ya estoy practicando el discurso de padrino.

Claudia le da un pequeño codazo y ambos se ríen, mientras nosotros seguimos caminando por el jardín.

La fiesta se va llenando poco a poco. Invitados de todas partes, incluidos los miembros del Ministerio de Cultura que hoy harán una conmemoración especial en honor a mi abuelo. Las pinturas que tanto esfuerzo nos costó proteger están a salvo, cada una en su lugar de origen, y el nombre de mi abuelo vuelve a estar limpio. Más que eso, se le han hecho honores de salvador del patrimonio nacional y ahora es venerado por su valentía y amor a su país. Hoy es un día para celebrar, no solo por lo que hemos recuperado, sino por todo lo que hemos ganado como personas.

Tras el arresto de Teo Cipriani en la villa y la liberación del profesor al que habían metido en el maletero del coche, se supo que urdió la trama tras escuchar una conversación en el despacho

de Rinaldi el día que fuimos a hablar con él. Extorsionó a la secretaria del profesor hasta saber dónde estaba Laura y descubrió el secreto de las pinturas. Encontrar a alguien como Paolo para que nos espiara a cambio de dinero fue bastante fácil. Según él, le pusimos la venganza en bandeja, pero le salió mal y ahora paga por ello en la cárcel de Roma.

—¿Estás listo para el discurso? —me pregunta Laura, sacándome de mis pensamientos, mientras nos detenemos junto a una de las mesas decoradas con flores silvestres.

—Listo no sé, pero al menos lo tengo todo escrito —bromeo, tratando de relajarme—. No soy muy fan de hablar en público, pero por mi abuelo lo haré.

Ella me sonríe con ternura, y me besa en la mejilla.

—Va a salir perfecto. Estoy segura.

Pasan unos minutos más, y cuando todos los invitados están reunidos en el jardín, me acerco al estrado improvisado que hemos montado junto a la fuente. Las luces del atardecer bañan el lugar con una belleza tranquila, y el sonido del agua corriendo añade un toque de serenidad al ambiente.

—Queridos amigos, familia, autoridades… —empiezo, con la mirada fija en el horizonte—. Hoy es un día especial, no solo para mí, sino para todos los que estamos aquí. Hace meses, nos enfrentamos a una situación difícil, a una amenaza que puso en peligro no solo nuestra historia familiar, sino también nuestro futuro y el de una colección de pinturas muy importante para la historia de nuestro país. Pero gracias a todos vosotros, y especialmente a Laura Rossi, una mujer muy especial que me acompañó en esta aventura, hemos superado esos obstáculos.

Miro a Laura, que me observa desde su lugar entre los invitados, y veo cómo sus ojos brillan con emoción.

—Hoy celebramos la memoria de mi abuelo, quien dedicó su vida a proteger este legado, estas pinturas que fueron salvadas del expolio alemán cuando Mussolini fue derrotado y el rey Victo Emmanuel III se unió a los aliados, provocando el enfrentamiento de dos partes de Italia. Hoy, su nombre ha sido reivindicado, y el Ministerio de Cultura lo ha reconocido como el héroe que siempre fue. Pero no es solo su historia la que quiero destacar, sino también la nuestra. La de todos nosotros, que hemos luchado para proteger lo que es importante, no solo en lo material, sino en lo emocional.

El aplauso que sigue me envuelve, y mientras me bajo del estrado, siento una satisfacción profunda, no solo por haber honrado a mi abuelo, sino por todo lo que hemos logrado.

Más tarde, la música comienza a sonar, y el jardín se llena de risas y alegría. Claudia y Vittorio bailan juntos bajo las luces, y por un momento, me quedo observando cómo la vida sigue su curso. Todo está en su lugar, todo está bien.

—¿Me concedes este baile? —le pregunto a Laura, tomándola de la mano.

Ella me mira con una sonrisa radiante y asiente, dejando que la guíe hacia el centro del jardín. Bailamos en silencio, dejándonos llevar por la música, pero también por la paz que nos envuelve. Siento su cuerpo relajarse contra el mío, y mientras la abrazo, sé que, pase lo que pase, siempre la tendré a mi lado.

La noche avanza sin tregua, pero para nosotros, el tiempo parece detenerse en este momento perfecto, en esta villa que ha sido testigo de nuestro amor, nuestras luchas y nuestras victorias.

❤💌❤💌❤💌❤💌❤💌❤💌❤💌❤💌

Si te ha gustado la historia de Laura y Mateo, no puedes perderte la novela navideña que transcurre en Los Alpes. Amelia odia la Navidad pero su hermana le da la noticia de que se casa justo el día 25 de diciembre, y además no en cualquier sitio. Solo a ella se le ocurre celebrarlo en unas cabañas de los Aples suizos y, claro, a Amelia le toca compartir cabaña con el otro soltero, Oliver, amigo del novio.

Aquí tienes el comienzo:

PASION EN LOS ALPES (NOVELA NAVIDEÑA)

Capítulo 1

¿En serio te casas en Navidad?

La primera nevada del año cae suavemente sobre Nueva York, cubriendo la ciudad con una capa blanca que silencia el bullicio habitual de la ciudad. Sentada junto a la ventana de mi apartamento en Brooklyn, observo con tristeza cómo las luces navideñas empiezan a encenderse en las calles. La ciudad tiene algo especial en esta época del año, una especie de magia que parece envolverlo todo y que a los neoyorquinos les encanta, excepto a mí.

Mis dedos tamborilean sobre el teclado del portátil, intentando concentrarme en el trabajo, pero no lo logro. La Navidad nunca ha sido mi época favorita desde que mis padres murieron. Cada diciembre, esa sensación de vacío se hace más fuerte, recordándome lo que he perdido, porque no es solo a ellos físicamente, sino lo que representaban para mí. Echo de menos los momentos que pasábamos juntos, la sensación de estar en familia, en un entorno cálido y entrañable donde el amor lo unía todo. Eran mi lugar seguro, mi hogar. Desde entonces, me refugio en el trabajo, en las campañas publicitarias que parecen menos festivas que nunca cuando la ciudad empieza a llenarse de villancicos y sonrisas forzadas.

Las luces parpadeantes, los adornos exagerados, las canciones que se repiten una y otra vez… todo me parece artificial, forzado, como si la felicidad fuera una obligación en estas fechas. Hace años que dejé de poner el árbol de Navidad en casa, de enviar postales, de intentar fingir que disfruto de estas fiestas que solo me provocan tristeza. Para mí, la Navidad es solo una temporada más que soportar, con sus días oscuros y sus noches interminables.

Suspirando, cierro el portátil y me recuesto en el sofá, cubriéndome con una manta mientras intento evitar las luces brillantes de la calle que se cuelan por la ventana. Enciendo la televisión, pero no encuentro nada que me atrape. Todo me recuerda que la Navidad está cerca, y con ella, esa soledad que se instala en mi pecho.

Una llamada interrumpe un anuncio de dulces navideños. Al ver el nombre de mi hermana Charlotte en la pantalla, mi corazón se aligera un poco. Su energía siempre ha sido un contraste refrescante con mi melancolía, y a pesar de la distancia que nos separa—ella vive en Londres y yo en Nueva York—, siempre logra sacarme una sonrisa.

—¡Charlotte! —contesto más animada de lo que me sentía hace unos segundos.

—¡Amelia! ¿Estás sentada? Porque lo que voy a decirte te va a hacer caer de la silla —responde con ese entusiasmo que siempre la ha caracterizado.

Me aseguro de estar bien sentada en el sofá, preparándome para lo que sea que esté a punto de soltar. Charlotte tiene un don para las sorpresas, y por el tono de su voz, sé que esta es grande.

—Dime, ¿qué ha pasado ahora? No será una estrategia para sacarme de aquí en Navidad, ¿verdad? Porque ya sabes cuál va a ser mi resp…

—¡Me caso! —exclama con una risa que llena de vida el espacio, antes de que termine la frase—. ¡En dos semanas, en los Alpes suizos, y durante la Navidad!

La noticia me golpea como una ráfaga de aire frío. Mi hermana, siempre tan libre, tan desenfadada, ahora se va a casar, y no en cualquier lugar, sino en los Alpes, y nada menos que en Navidad. Mi mente se inunda de preguntas, pero solo consigo articular tres.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Con quién?

Charlotte ríe de nuevo, con esa risa despreocupada que siempre he envidiado. Ella es la jovial y yo la reservada, ella la aventurera y yo la hogareña, ella la espontánea y yo la controladora, ella la optimista y yo la

que se encierra en un pasado triste.

—Con Thomas, por supuesto, ¿qué pensabas? Es todo un poco precipitado, lo sé, pero cuando sabes que es la persona indicada, ¿por qué esperar? Quiero que estés allí, Amelia. No acepto un no por respuesta.

Me quedo en silencio, procesando la noticia. La imagen de pasar la Navidad en los Alpes, rodeada de nieve y de gente, choca con mi plan de quedarme en Nueva York, trabajando hasta el último momento para evitar pensar en lo que significa realmente la Navidad para mí. Mi plan de hacerme un bicho bola en mi sofá durante la Nochebuena viendo *Love Actually*, seguida por *The Holiday*, con una botella de vino blanco para mí sola, acaba de saltar por los aires.

—Amelia, sé lo que estás pensando —interrumpe Charlotte, con un tono más apacible—. Pero esta vez es diferente. Es nuestra oportunidad de crear nuevos recuerdos, de hacer que la Navidad vuelva a significar algo especial para nosotras. Deja de vivir en el pasado, cariño.

El nudo en mi garganta se aprieta. Charlotte siempre ha sido más fuerte que yo en muchos aspectos, capaz de afrontar la vida con una sonrisa, mientras que yo me escondo tras mi trabajo. Pero sé que tiene razón. Mamá y papá habrían querido que estuviéramos juntas en un momento así.

—Está bien —respondo, consciente de que las palabras me salen con más esfuerzo del que pretendía—. Estaré allí. Pero si me pierdo en una tormenta de nieve, será por tu culpa.

—¡Sabía que dirías que sí! —exclama Charlotte, y puedo sentir su sonrisa a través del teléfono—. No te preocupes, Thomas y yo nos encargaremos de todo. Te recogeremos en el aeropuerto y te llevaremos a las cabañas donde nos alojaremos. Te va a encantar, Amelia. El pueblo es como un cuento de hadas.

La conversación continúa con Charlotte describiendo cada detalle de la boda y el viaje. A medida que habla, una pequeña chispa de ilusión empieza a encenderse en mi interior, aunque intento mantenerla bajo control. He aprendido a no esperar demasiado de la Navidad, pero esta

vez, quizá las cosas sean diferentes. Además, técnicamente, no es una celebración navideña, sino una boda. Darme cuenta de ese detalle me calma y me anima. No, Amelia nunca celebra la Navidad; una boda es otra cosa, aunque coincidan en el día.

Cuelgo el teléfono y me quedo absorta frente a la ventana, mirando la nieve que sigue cayendo fuera. ¿Podría esta Navidad ser diferente? ¿Podría realmente encontrar algo de la magia que he perdido en esos Alpes cubiertos de nieve?

Los días pasan rápidamente, y antes de darme cuenta, estoy en un avión rumbo a Suiza. El vuelo transcurre en una especie de neblina, tan borrosa como mi mente, que se debate entre la alegría y el temor. La idea de reencontrarme con mi hermana y de estar presente en su boda me llena de emoción, pero al mismo tiempo, me aterra la posibilidad de que me visiten todos esos recuerdos navideños que he evitado durante tanto tiempo y la nostalgia me deprima.

Cuando aterrizo en Suiza, el aire frío y limpio de los Alpes me recibe, despejando mi mente. Thomas me espera en el aeropuerto, y su sonrisa cálida es la primera señal de que estoy en buenas manos. Es la primera vez que lo veo en persona, y su amabilidad me desarma de inmediato.

—Amelia, por fin nos conocemos —dice mientras me ayuda con las maletas—. Charlotte no deja de hablar de ti y de lo que te echa de menos. Estamos felices por tenerte aquí.

Le devuelvo la sonrisa, aunque dentro de mí las emociones siguen siendo un torbellino. El viaje en coche hasta el pueblo donde se celebrará la boda es largo, pero el paisaje es tan impresionante que casi olvido mis preocupaciones. Los Alpes suizos son todo lo que Charlotte describió y más. Montañas cubiertas de nieve que se elevan majestuosas hacia el cielo, casas acogedoras con tejados de madera cubiertos de nieve, y luces navideñas que brillan en la distancia, todo parece sacado de un sueño.

El pueblo de Altenberg, nuestro destino, es pequeño y encantador, como si hubiera sido diseñado para protagonizar una postal navideña. Cada rincón está decorado con luces y guirnaldas, y las calles adoquinadas están

bordeadas por tiendas pintorescas que ofrecen desde artesanías locales hasta delicias de chocolate caliente. Los niños corren por las calles con abrigos abultados, y el aroma a canela y jengibre flota en el aire, añadiendo una capa extra de calidez al ambiente.

Por fin, llegamos a una zona donde hay varias cabañas de lujo en las que nos alojaremos. Entramos en una de ellas. Es una construcción de madera oscura, pequeña y acogedora, con tejados inclinados cubiertos de nieve y ventanales que dejan entrar la luz cálida del atardecer. Justo en el centro del salón, un gran árbol de Navidad está decorado con adornos coloridos y luces que parpadean suavemente. La chimenea, encendida, emite un calor reconfortante que se siente nada más entrar, y el crepitar del fuego parece dar la bienvenida a quienes cruzan el umbral.

Charlotte me recibe con un abrazo efusivo, tan cálido, que me hace olvidarme de las ausencias de la Navidad y centrarme en quién sí está, mi hermana. Necesitaba su calor y me arropo en él.

—¡Amelia! Bienvenida a nuestro pequeño paraíso invernal —dice Charlotte, con un brillo de emoción en la mirada—. Ven, te mostraré tu habitación. Quiero que te sientas como en casa.

Me guía por la cabaña, que es aún más impresionante por dentro. Los suelos de madera crujen bajo nuestros pies mientras subimos las escaleras, y la decoración es una mezcla perfecta entre lo rústico y lo elegante. Hay mantas de lana blanca sobre cada sillón, cestas con leña junto a la chimenea, y cuadros antiguos que adornan las paredes. Todo en este lugar parece diseñado para hacer que el invierno sea acogedor y cálido.

La habitación que me han asignado es perfecta. Tiene una gran cama cubierta con mantas de lana en tonos cálidos y cojines suaves. Desde la ventana, puedo ver las montañas cubiertas de nieve en la distancia, con los últimos rayos del sol tiñendo el cielo de un color ámbar. Un pequeño escritorio de madera está colocado junto a la ventana, y sobre él hay una lámpara antigua que proyecta una luz suave y clara. Todo en esta habitación me invita a relajarme y disfrutar del momento.

—¡Me encanta! —grito—. Es perfecto, Charlotte. Gracias —digo,

sonriendo mientras me dejo caer sobre la cama, sintiendo cómo el cansancio del viaje empieza a desvanecerse.

Charlotte se apoya en el marco de la puerta, con una sonrisa traviesa.

—Ah, y antes de que se me olvide, vas a compartir la cabaña con uno de los amigos de Thomas. Se llama Oliver. Es un encanto, pero no te preocupes, no te molestará. Estoy segura de que os llevaréis genial. Descansa que en una hora cenamos en nuestra cabaña.

El nombre resuena en mi mente, pero antes de que pueda preguntar más, Charlotte ya se ha ido, dejándome sola con mis pensamientos. Me quedo mirando el techo, preguntándome cómo será el tal Oliver, si será limpio y ordenado, o ruidoso y desastre. No deseo tener más sorpresas esta Navidad.

De momento, no me voy a preocupar, solo quiero descansar. Araño un poco más de tiempo sobre la cama antes de cambiarme y cierro los ojos, dejando que el sonido suave del viento afuera y el calor de la chimenea me envuelvan. La loca de mi hermana ha conseguido sacarme de mi cueva en la época que más odio y espero que merezca la pena.

CAPÍTULO 2

El primer encuentro huele a leña

La versión de Amelia

La cabaña huele a leña ardiendo, y el calor de la chimenea me rodea mientras bajo las escaleras. Charlotte me ha dicho que cenamos en su cabaña, pero me gustaría echar un vistazo antes de que todo el mundo llegue y ayudarla a preparar la cena. Este lugar tiene un aire acogedor que, a pesar de mi escepticismo, empieza a calarme hondo.

Bajo con cuidado, sintiendo el crujido suave de los escalones de madera bajo mis pies, cuando me encuentro con alguien en el salón. Un hombre está de pie junto a la chimenea, agachado, removiendo la leña con movimientos tranquilos. Viste una camisa de franela que se ve cómoda, y su cabello castaño está ligeramente revuelto, como si hubiera pasado demasiado tiempo al aire libre.

Levanta la vista al escucharme llegar, y nuestras miradas se cruzan. Debe ser Oliver, el famoso amigo de Thomas. Una pequeña sonrisa se dibuja en su rostro mientras se incorpora y deja el atizador a un lado.

—Hola —dice con naturalidad—. Tú debes de ser Amelia, ¿verdad?

—Sí —respondo, bajando el último escalón—. Y tú eres Oliver.

—Así es. —Extiende la mano hacia mí, y tras una ligera vacilación, se la estrecho—. Encantado de conocerte. Thomas y Charlotte me han hablado mucho de ti.

Su apretón de manos es firme, y su voz tiene un tono relajado que contrasta con la seriedad de la situación para mí. Estoy fuera de mi zona de confort, en medio de los Alpes, rodeada de desconocidos, y con una boda en ciernes. Él, en cambio, parece como si estuviera en su propia casa, relajado y cómodo.

—No sabía que íbamos a compartir cabaña —comento, más para llenar el silencio que porque realmente me importe, pero tendremos que hablar de algo, aunque sea del tiempo.

—Sí, me avisaron hace un par de días —responde con una sonrisa despreocupada, volviendo a mirar la chimenea—. Espero que no sea un problema. No suelo ser ruidoso, aunque quizá un poco desordenado.

—No es eso, es solo que... —Me detengo, sin saber muy bien cómo explicar mi reticencia sin sonar grosera—. Vivo sola y no estoy acostumbrada a compartir espacio.

Oliver asiente, sin dejar de sonreír.

—Entiendo. Pero no te preocupes, prefiero estar al aire libre. Quiero aprovechar que estoy aquí para desconectar de la ciudad. Tranquila que no pretendo invadir tu espacio.

—Perfecto —respondo con un suspiro de alivio, aunque no sé si realmente me convence su tono. Me resulta un tanto difícil leer a este hombre y no sé si lo que ha dicho era en serio o se burla de mí.

Oliver parece captar mi incomodidad, porque rápidamente cambia de tema.

—¿Te ha gustado Altenberg? —pregunta, tomando asiento en una butaca cerca del fuego, invitándome con un gesto a hacer lo mismo.

—Es... bonito. —Tomo asiento en el sofá, al otro lado de la chimenea, desde donde siento cómo el calor del fuego me envuelve—. Es muy diferente de Nueva York, eso seguro.

—Sí, imagino que debe ser un gran cambio —dice, con una sonrisa tranquila—. Yo paso mucho tiempo viajando por mi trabajo, y te puedo decir que este es uno de mis lugares favoritos. Por eso se lo sugerí a Thomas. Hay algo en este sitio, en el aire, que te invita a relajarte. ¿No te parece el lugar ideal para una boda como la que quieren ellos?

Lo miro de reojo, evaluando sus palabras. Me pregunto si realmente puede ser tan sencillo, dejar que el ambiente te relaje solo porque sí y si yo

me casaría en un sitio tan apartado y solitario. Él parece tan ajeno a todo, tan libre y despreocupado, que me intimida. Y yo, en cambio, siento que mi mente no puede desconectarse nunca del todo, como si siempre hubiera algo que resolver, algo que debo hacer, incluso cuando estoy de vacaciones. Me cuesta separar todas las áreas de mi vida. El estrés diario está instalado en mi ser y no tengo ni idea de como pararlo.

—¿Y tú? —pregunta entonces—. ¿Hay algo más que te atraiga de los Alpes además de la boda? ¿Por ejemplo, el esquí?

—No, no, yo no esquío. Charlotte me arrastró —bromeo, encogiéndome de hombros—. No soy muy fan de la Navidad, así que esta es una especie de tregua. Prometí hacer un esfuerzo por ella.

—¿No te gusta la Navidad? —parece realmente sorprendido—. Eso es poco habitual.

(...)

Sigue leyendo aquí:

GRACIAS

por leer mis novelas y sumergirte conmigo en mundos de pasión y amor.

Soy **Scarlett Simmons**, escritora de novela romántica contemporánea *spicy*, de origen europeo y alma ardiente. Escribo mis fantasías siempre que puedo, pero no me había planteado publicar hasta que una de mis amigas disfrutó tanto con la lectura de mis novelas que he decidido sacarlas a la luz, poco a poco, para que tú también las goces.

Te invito a sumergirte en mundos vibrantes de frenesí, delirio y fogosidad envueltas por toneladas de tensión y amor. Pero a nadie se lo regalan. Mis personajes se enamoran y luchan por el amor en distintas circunstancias.

Sígueme en mi cuenta de autora de **Amazon** y sé la primera en enterarte de las nuevas publicaciones.



Sígueme en Facebook





S.S.